

Dombey y la Expedición al Perú y Chile

por

ENRIQUE ALVAREZ LOPEZ

SUMARIO: I. Antecedentes biográficos de Dombey. II Las campañas en el Perú y Chile. III. Carácter y vicisitudes de Dombey. IV. Los problemas económicos y otras cuestiones. V. La partición. VI. El litigio sobre la publicación de los descubrimientos hechos. VII. Las relaciones de Dombey con sus compañeros de viaje y con Gómez Ortega. VIII. La intervención de L'Héritier y el comportamiento de otros personajes.

Cuando, en reciente trabajo (1), estudié la labor de Ruiz y Pavón, asocié al homenaje que se les tributaba, como era justo, el nombre de Dombey; esta conducta no halla paridad en la manera de tratar algunos autores franceses el tema de la Expedición al Perú y Chile.

Dejé a un lado entonces esta faceta de la cuestión por faltarme para juzgar sobre ella una pieza fundamental: la voluminosa monografía dedicada a Dombey por Hamy (2), no habiendo alcanzado éxito cuantas gestiones hice para conseguirla, hasta que, por fin, en reciente viaje a París, tuve, tras laboriosa búsqueda, la fortuna de encontrarla.

Tenía especial interés en comprobar a través de ella los fundamentos en que pudiera apoyarse el anónimo autor del *Precis de*

(1) E. ALVAREZ LÓPEZ, *Algunos aspectos de la obra de Ruiz y Pavón*. ANALES DEL I. BOT. A. J. CAVANILLES, de Madrid, t. XII, 1953, págs 5-110 + 1 lám.

(2) E. T. HAMY, *Joseph Dombey médecin, naturaliste, archeologue, explorateur du Perou, du Chili et du Brésil. Sa vie, son oeuvre, sa correspondance. Avec un choix de pièces relatives à sa Mission, une carte et cinq planches hors texte*. CVIII + 430 págs. E. Guilmoto Ed. Paris 1905.

l'histoire de la Botanique para expresarse en la forma en que lo hizo (3), y que no renuncio a reproducir para que el lector pueda darse cuenta, desde el principio, de la forma virulenta en que hallé planteada la cuestión y el porqué en mi respuesta tendré que ahondar y detenerme en detalles que de otra manera hubiera preferido omitir o pasar por alto. En su apología de Dombey (todos los autores que voy a citar sobre el tema hacen apologética y no crítica), después de volcar sobre él todos los encomios, afirma, sin más, que «sus dibujos» (4) y sus colecciones de vegetales retenidos por los españoles, han servido para la publicación de la célebre Flora del Perú y Chile (*Flora Peruviana et Chilensis*, por Hipólito Ruiz y Joseph Pavón...), cuyos autores se han mostrado tan injustos y tan poco agradecidos hacia aquél cuyas laboriosas notas utilizaban en su provecho. Ruiz no había sido más generoso publicando sólo su *Quinología*, Madrid, 1792, con Suplemento, Madrid, 1801. Dombey, esclavo de la palabra que le había arrancado el Gobierno español, no quiso publicar nada por sí mismo a pesar de las solicitudes de que fué objeto.» Dejó Dombey, prosigue, un herbario con cerca de 1.500 plantas, entre ellas sesenta géneros nuevos, «casi todos publicados por Ruiz y Pavón bajo nombres diferentes de aquellos que el verdadero descubridor les había dado».

Pero no paran aquí las acusaciones; Dombey, ciertamente infortunado, lo fué, según él, porque «son caractère ouvert, enjoué, aventureux, ne plut pas aux Espagnols»; durante su estancia en Cádiz, «on attenta à ses jours, et un homme, que l'on prit pour lui, fut assassiné à sa porte». Su carácter se modificó y el amable compañero que antes era devino sombrío y misántropo, vendió sus libros, quemó sus notas y rehusó el sillón de Guettard en la Academia (5)

(3) *Precis de l'histoire de la Botanique pour servir de complement a l'étude du Règne Végétal*, par L. G..., suivie d'un appendice de Geographie Bot. avec cartes par J. A. Barral. Paris, Abel Pilon et Cie. éditeurs, s. f.

El anonimato de L. G. ha sido al parecer lo suficientemente riguroso para conservarlo ante Mr. Ad. Davy de Virville, a cuya obra nos referiremos en seguida, el cual considera aquella otra con elogio, datándola, con probabilidad, como próximamente anterior a 1870.

(4) Por de pronto, y como botón de muestra, nos limitaremos a decir que no hubo nunca tales dibujos, como más adelante se verá.

(5) *Op. cit.*, págs. 232-234.

Se me dirá que es conceder mucha atención a un anónimo reproducir estos apasionados juicios, que van desde la ineptia hasta la calumnia, pero la obra donde se vierten tiene un cierto valor, aparte de estas desdichadas páginas consagradas a Dombey y en las cuales, y en una Historia de la Botánica, no se menciona a Ruiz y Pavón, sino para denóstarlos en la forma que hemos visto, y nada se dice de su obra clásica en los anales de la ciencia, y aún es más grave que esta postura se refleja —ello fué una nueva e increíble sorpresa para mí— en la reciente *Histoire de la Botanique en France*, dada a la estampa por Ad. Davy de Virville, con un grupo de colaboradores, con un carácter oficial diríamos, en representación de la ciencia botánica francesa actual, con motivo del VIII Congreso Internacional de Botánica, a cuyos miembros fué obsequiosamente repartida (6). Se repiten en esta publicación especies parecidas, esperamos que, más por el apresuramiento con que la obra parece haber sido hecha, que por el apasionamiento que se haya volcado en este pasaje, donde no se deja de reproducir la nota trágico-patética, pero inconcreta: «On allà même jusqu'à tenter de le tuer, et un homme qui lui ressemblait fut abattu à sa porte» (7). Para tranquilidad del lector, diremos que este incidente melodramático no ha sido recogido siquiera en la voluminosa monografía de Hamy, a pesar de no ser escasa en apasionamiento y parcialidad; en ninguna parte aparece en ella testimonio, declaración ni referencia a este atentado; por otra parte, sería una bizarra prueba de un atentado criminal contra Dombey el hecho de que un hombre que se supone parecido a él fuera asesinado a su puerta, y aun admitida como buena por los acusadores, denotaría no menos perspicacia en ellos averiguar por ese solo dato que hubiera sido la diosa Flora, y no Venus, la Fortuna o las Euménides, las que hubieran movido el arma homicida.

Perdone nuevamente el lector que haya de hablarle ocasionalmente en un estilo algo aparte del que suele usarse en un trabajo

(6) Ad. DAVY DE VIRVILLE, Directeur de Laborat. à la Sorbonne [y colaboradores], *Histoire de la Botanique en France*, publ. par le Comité Français du VIII^e Congrès International de Botanique, Paris-Nice 1954, 394 pags., «Sedes», Paris 1954.

(7) *Op. cit.*, pág. 114.

científico, pero no soy yo el que ha llevado las cosas a un terreno que, pretendiendo ser dramático, degenera con frecuencia, afortunadamente, en algunas manos, hacia lo pintoresco. Aclarar las cosas y los motivos de los hechos me llevará a ahondar en el carácter de Dombey más de lo que quisiera; procuraré hacerlo con todo el respeto que su vida dolorida y su indudable interés por la ciencia merecen, pero no podré esquivar hacerlo, como no lo he esquivado en otras ocasiones al hablar de Cavanilles, de Pavón y de Ruiz. Admiro al biógrafo que sabe incorporarse de tal modo a su personaje, que ve en él sólo al superhombre libre de defectos; recrimino a aquél otro que, situado con énfasis en un plano superior, lanza desde él rayos tonantes contra su biografiado; mi humilde postura de contemplador de la verdad parte del respeto a toda vida humana, a sus oscuros motivos, a la fuente oculta de sus inquietudes; lamento entrar en el pudor íntimo de las vidas ajenas; no quisiera hallar lunares que resten brillo a cualquier hombre de mérito, y, al hallarlos, procuro disimularlos y disculparlos, comparándolos con los de todos, con los míos en primer término, y en esta tarea necesaria, pero que me duele como me dolería practicar una vivisección en las entrañas de un ser querido, no buscaré más que restaurar, hasta donde me sea posible, la imagen de lo justo y de lo verdadero. En las páginas que siguen me he valido especialmente para enjuiciar los hechos, de la rica documentación reunida por Hamy; como en ella la mayor parte y la más valiosa la forman las cartas de Dombey mismo, sólo un análisis de su carácter y de sus motivaciones puede permitir valorar exactamente sus declaraciones y testimonios; por ello habré de detenerme más en pormenores, que de otra manera esquivaría.

Hamy ha incorporado además a su obra el fruto aportado por otros biógrafos anteriores: Deleuze, P. A. Cap., Gilibert, y ha compulsado los manuscritos de Dombey, fuentes todas que no tengo a mi alcance y conozco sólo a través de su minucioso estudio (8). Benemérito éste por la cantidad de materiales aportados, no ha sido afortunado en su estudio e interpretación (aunque, desde luego, es muy superior a la de aquellos otros que aquí hemos

(8) HAMY, *Op. cit.* Introd.

especialmente citado), como ya iremos viendo; es inconcebible hasta qué punto la pasión de los autores ha enturbiado este maltratado asunto; podía, ciertamente, esperarse más del tino y la capacidad interpretativa de un historiador y publicista como era Mr. Hamy (9).

Afortunadamente, no todo será enojoso en este estudio; él nos servirá para perfilar mejor muchos puntos referentes a la obra de la Expedición Peruano-Chilena; ya que no pueda ultimar aquí su estudio completo, alguien más dichoso (quizá yo mismo, si algún día tengo a mi alcance los medios que ahora me faltan) podrá hacerlo.

I.—ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS DE DOMBEY

Nacido en Macon en 22 de febrero de 1742, educado en los jesuitas, maestro en Artes en 1763, entre 1764 y 1767 estudió Medicina en Montpellier, donde se doctoró después de haber cursado con Barthez, Brussonet, Gouan, Cusson y otros profesores, siéndolo de Botánica los dos últimos. Entusiasmado por esta ciencia hizo excursiones por los Pirineos y los Alpes, se relacionó con los botánicos del Jardín du Roi, trabó gran amistad con Rousseau, que por entonces empezaba a inclinarse al conocimiento de las plantas, y al que parece haber iniciado en esta ciencia. Recomendado por él a Buffon, se relaciona con los maestros de la Historia Natural francesa: Bernardo de Jussieu, Le Monnier y Daubenton; estableciendo contacto con Thouin, del que más tarde fué discípulo, así como de A. L. de Jussieu y otros varios.

Joven, robusto, de buena salud, despreocupado del porvenir, en París «il se livre avec une même ardeur à l'étude et au plaisir» (10). Deleuze, que le conoció personalmente, dice: «Aimable et généreux, il se répandit dans la société et ne calculoit ni la perte de temps, ni la depense... L'hiver il ne paressoit occupé que des

(9) He aquí sus títulos al publicar la referida obra: Membre de l'Institut et de l'Académie de Médecine, Prof. au Museum d'Hist. Nat., Président de la Société des Americanistes de Paris, etc.

En el resumen de Davy de Virville se citan, con ésta, otras obras suyas acerca de Bonpland, Lamarck y Robin.

(10) HAMY, *Op. cit.*, pág. XIV.

amusements de la ville. mais sitôt que le printemps ramenoit la vegetation, il etoit appelé à la campagne par les fleurs.» Desde entonces hasta que caían las primeras nieves nadie volvía a saber de él (11). Entregado a esta vida, que parece más bien dedicada a un goce russoniano de la Naturaleza que a una actividad científica disciplinada, en 1775 se encontraba recorriendo el Jura.

Por entonces Turgot, hacía poco nombrado ministro de Luis XVI, albergaba el propósito de importar y naturalizar plantas de interés económico, pensando para ello designar un emisario que viajara por tierras exóticas, y habiendo expuesto tal designio a Condorcet, éste lo consultó con A. L. de Jussieu, dando éste el nombre de Dombey como el que creía más adecuado para la comisión proyectada.

Turgot cayó de su ministerio sin haber decidido nada definitivo acerca de tal exploración, en cuyo proyecto parecen haber sonado los nombres de Bourbon, Madagascar y Pondichèry, en cuyos lugares los intereses franceses podían justificarlo, cuando, por un cambio que no se explica, se decidió enviarle a Lima.

¿Fué ello una decisión espontánea, fué motivado por alguna relación con la corte española y sus propósitos, fué simple sugestión y designio de los poderosos Jussieu, deseosos de rescatar y continuar la obra de su hermano y tío José? Estas preguntas quedan por ahora incontestadas; lo cierto es que, según su biógrafo, se cambió la atención de Dombey, que iniciaba el estudio del herbario de Commerson, hacia el de José de Jussieu, «que el viejo Bernardo le confió» (12), indicándosele, a la vez, aprendiera castellano y dibujo.

Hubiérase frustrado el propósito con la caída de Turgot si Jussieu no hubiera interpuesto su influencia con el sucesor de aquél, Clugny; fué éste el que concedió los créditos necesarios e instó a Vergennes, ministro de Asuntos Extranjeros, para que recomendara a Dombey al embajador francés en Madrid, marqués de Osun. Cabe pensar que todo ello era con algún conocimiento o anuencia del Ministerio español, pues de otro modo tales actos resultarían inexplicables; nada se dice, sin embargo, acerca de

(11) Cito, según Hamy, pág. XV.

(12) HAMY, *Op. cit.*, pág. XVI.

este punto, y, como veremos después, su tramitación no fué, por la parte francesa, demasiado diplomática. Consta, de todos modos, como era natural suponer, que la expedición española ya estaba decidida antes de que Dombey viniera a nuestro país. Don Fernando Magallón, secretario de nuestra Embajada en París primero, y después consejero de Indias, y al que, como protector de la botánica, dedicaron un género Ruiz y Pavón, al parecer principal mediador en las gestiones hechas a favor del naturalista francés en Madrid, escribe desde esta villa: «El ministro de América, a quien he comunicado el contenido de vuestra carta, acaba de comunicarme que el señor Dombey puede venir a España; que hallará dispuestos los pasaportes necesarios y los españoles que deberán acompañarle en su viaje...» (13). En la misma se añade: «Veo que M. Dombey subscribe con satisfacción las condiciones que le han sido indicadas», lo que manifiesta, desde luego (aunque no las conociéramos podemos suponer serían sustancialmente las existentes en las *Instrucciones* que se dictaron después), que su venida y su misión no eran, como lógicamente era de esperar, incondicionadas.

Hamy afirma (sin fundar su afirmación en nada) que el hecho de integrar españoles en la expedición era el primer resultado de una campaña de Gómez Ortega; aunque así fuera (nos faltan noticias para saber la forma en que empezó la gestación de este negocio, pero lo antedicho no apoya la tesis de Hamy) nadie, y menos los españoles, podría echarle en cara su patriótico celo, fundado, por otra parte, en la valía de algunos de sus discípulos y en el nivel que ya por entonces alcanzaba la enseñanza de la botánica en nuestro país. El mismo Hamy no niega a Ortega los títulos de «buen profesor y escritor laborioso» (14). Sea de quien fuere la iniciativa, es lo cierto que la misión de Dombey en el primer proyecto de Turgot se encaminaba a países muy distintos, como antes hemos visto, y que ella aparece súbitamente encajada en una expedición a América meridional.

Dombey hizo el viaje a Madrid, donde llegó el 5 de noviembre

(13) Carta a Condorcet de 16 de septiembre de 1776 Vid. HAMY, *Correspondance*, pág. 309.

(14) *Op. cit.*, pág. XX.

de 1776, a pie, herborizando por el camino; contaba con la protección de Magallón, muy relacionado con los enciclopedistas, y con la recomendación de Izquierdo, a la sazón en París. Ortega le dispensó, al menos en apariencia, una calurosa acogida; Dombey, sin embargo, no llegó a simpatizar con él, ni con el nuevo medio en que se encontraba, mala disposición de ánimo para una empresa que requería larga convivencia y armonía entre sus copartícipes.

Acerca de cómo seguía tramitándose la organización de la expedición en nuestro país pueden verse noticias en los documentos publicados en los *Apéndices* del P. Barreiro a su edición de la *Relación del Viaje* de Ruiz (15). Un informe de Ortega dió lugar a la resolución de 25 de noviembre de 1776; a su propuesta fueron nombrados para la comisión los que la iban a desempeñar con tanto celo y gloria, Hipólito Ruiz y José Pavón; se les señalaban emolumentos, concesión de pasajes a ellos y a Dombey, de los libros e instrumentos necesarios, se acogía la propuesta del informante sobre agregación de dos dibujantes, así como la de ordenar al virrey del Perú tuviera a disposición, caso de instancia justificada de los expedicionarios, para urgencias o extraordinarios, tres mil pesos, y se les señalaba un plazo de cuatro años para la realización de sus trabajos (16).

Quedaba la cuestión de encomendar la dirección y responsabilidad de la comisión a alguno de los participantes en ella; Magallón, a través de hábiles distingos, parece inclinarse a favor de Dombey. Existe una carta suya, de 9 de marzo de 1777, hablando de la impaciencia de los designados por partir: «Sé que tiene Vmd. despachado su expediente y sólo faltan algunas cosillas ligeras...», y entre ellas apunta: «1.º Si a Mr. Dombey se le ha de expedir un nombramiento formal y a parte como a los Españoles; Este Francés quisiera ir lo más autorizado que le fuese posible; pero aunque por su habilidad y ciencia botánica merece ser Gefe de la expedición, no sé si convendrá el que se le declare tal; Vd. sabe lo que es el genio francés, y se acordará de lo que hay prevenido en

(15) RUIZ, H., *Relacion del Viaje hecho a los Réynos del Perú y Chile*, ed. por el R. P. A. J. Barreiro, O. S. A., Madrid 1931.

(16) RUIZ, H., *Op. cit.*, Apéndice, pág. 379.

algunos de los artículos de las instrucciones. Por otra parte sería bueno hubiese uno que fuese el principal y como la cabeza para dirigir los trabajos de la expedición y á los jóvenes que no tienen la experiencia ni la instrucción de Dombey» (17).

La resolución de 20 de marzo de 1777 responde categóricamente sobre estos puntos, fuera o no redactada como respuesta directa a la anterior consulta: «que a Dombey se ha de expedir nombramiento en calidad de acompañado [agregado]» y que «informe Ortega, qual de los Españoles deve ir de Principal, Gefe de los nuestros» (18); la decisión es, pues, anterior a la propuesta de Ortega, y salva discretamente la posición de Dombey en la comisión.

Ortega contesta a éste y otros puntos que se le encomendaban en aquella resolución (redacción de instrucciones para los dibujantes y acopio del material preciso para la expedición) en abril de 1777, haciendo presente «que atendida la edad, el genio naturalmente ajuiciado, y el mayor aprovechamiento en la Botánica de Don Hypólito Ruiz, se podría declarar a este sujeto por primer Botánico» (19).

Con ello va cambiando la inclinación de Dombey hacia Ortega, a pesar de que éste, según Hamy mismo, le sienta a su mesa, le colma de elogios, le muestra sus colecciones y recibe gracias del marqués de Ossun por estas deferencias hacia el enviado francés (20). Poco antes, Dombey ha expresado su reconocimiento hacia el profesor español: «me fait esperar que j'aurai mon passage gratis, cette clause est très esentielle» (21), como fué, en efecto, concedido; le hace nombrar «correspondant de l'Académie de Médecine de Madrid» (22), como una doble deferencia hacia él y hacia Thouin, su protector científico.

No deja, sin embargo, de reconocer en él méritos que después le van a regatear o negar él y los suyos: «Le nombre de ses disciples est peu nombreux; c'est dommage, parce que ce professeur est rempli de mérite. Lorsque le nouveau jardin auquel on travail-

(17) Ibidem, pág. 334.

(18) Ibidem, pág. 333.

(19) Ibidem, pág. 378. El P. Barreiro no ha ordenado, ni relacionado cronológicamente estos documentos.

(20) HAMY, *Op. cit.*, pág. XXII.

(21) Carta a Thouin, de Madrid y 11 de noviembre de 1776. *Corresp.*, pág. 7.

(22) Ibidem de 31 de marzo de 1777. *Corresp.*, pág. 13.

le au Prado sera fini, la proximité du lieu luy attirera peut-être plus d'ecoliers» (23).

En otra posterior añade nuevos detalles mezclados con suspicacias y desconfianzas: Ortega ha regresado de analizar las aguas de Trillo, el rey ha aumentado sus emolumentos para indemnizarle de los gastos hechos en sus viajes por Francia, Inglaterra y Holanda. «Je m'en suis rejoui par ce que c'est un homme de grand mérite; ses confrères et rivaux n'ont pas bien cependant de se louer de luy. J'ai succédé à le *bonne amitié* qu'il a témoigné à Monsieur Ysquierdo à Paris, et sans entrer dans des details, je n'ai pas à me louer de luy, quoique il m'embrasse journellement. Je le remercie cependant tous les jours de ses bonnes intentions à mon egard, parce que le bien de mon voyage l'exige. Sans cette jalousie. qui est condamnable dans les personnes qui courent la même carrière, M. Ortega seroit un homme très estimable. Son application et la considération dont il jouit dans ce pays et qu'il mérite par ses travaux luy suffiroient. Il vaudroit beaucoup mieux par sa gloire qu'il abandonnât les détours de machiavélisme qu'il a pris à Bologne et qui dégradent les grands hommes» (24).

¿Estaría justificada por algo esta acusación de maquiavelismo? Sin pretender aquí trazar sobre esta figura un juicio definitivo, debo declarar que lo que de él sé en general, y lo que aquí iremos viendo no la autoriza. Pienso más bien en un carácter excesivamente suave y acogedor en sus maneras, cuya cortesía y afán de agradar le llevaban a prometer en algunas ocasiones más de lo que la reflexión permitía luego conceder; por un lado, su deseo de agasajar a un extranjero; por otro, su firme propósito de que no se desnaturalizara una empresa nacional pudieron llevarle, tal vez, a algún error de conducta, interpretable como una duplicidad más aparente que real.

Dombey contaba con partir de Madrid para embarcar en La Coruña, rumbo a Buenos Aires, y seguir desde allí hasta Lima por tierra: «Cette route promet des richesses immenses» (25). Gáñez le había advertido de que la partida de la expedición estaba

(23) Ibídem de 6 de junio de 1777. *Corresp.*, pág. 20.

(24) Ibídem de 20 de agosto de 1777. *Corresp.*, pág. 27.

(25) Ibídem de 31 de marzo de 1777. *Corresp.*, pág. 16.

señalada para el 15 de junio de 1777; este primer proyecto no se llevó a efecto, y es quizá éste uno de los retrasos que después atribuirá a Ortega.

Estudiando los documentos publicados por el P. Barreiro, se descubre que la variación de este primer propósito había sido aconsejada por Andaz: «También falta que aclarar si estos hombres han de ir por el correo marítimo de Buenos Ayres, que en este caso hallarán muchas dificultades a su arribo a Montevideo, si los pasos están cerrados, si las cordilleras no están transitables, y en su dilatado viage a Lima sin poder trabajar, ni adelantar nada en él, de su profesión.» Por ello y por otras dificultades en los envíos y acopios de material sería, con mucho, más conveniente el embarque en Cádiz, en la forma en que luego se hizo y con el itinerario seguido entonces. La prudencia de esta determinación fué, sin embargo, más tarde reconocida por Dombey mismo: «Ce fut le Dieu de la Botanique qui inspira au ministre un contre-ordre sans lequel nous n'existerions plus.» La caravana correspondiente, a la que se hubiera incorporado de seguirse el primer proyecto, fué, según cuenta, degollada por los «Indios Bravos», salvándose solo la persona que llevó a Lima la trágica noticia (27).

Antes de esta carta, desde Cádiz, comunica a Thouin los preparativos hechos para la partida en unión de sus «compagnons... jeunes et disposés à bien faire» (28). En la siguiente, escrita a bordo del navío *El Peruano*, su viraje contra Ortega aparece ya plenamente declarado: «Je dois vous avouer que malgré la bonne volonté du Roy et de ses ministres, j'ai été contrarié par celui qui après avoir reçu un accueil distingué en France auroit dû être mon protecteur à Madrid» (29).

(26) P. BARREIRO, Apéndice, *loc. cit.*, pág. 682.

(27) Carta a Thouin, de Lima y 19 de abril de 1778, *Corresp.*, pág. 37. El original de Hamy dice 1777; se trata de un error o errata, fácil de comprender.

(28) Idem de Cádiz y 16 de octubre de 1777. *Corresp.*, pág. 30.

(29) A bordo del «Peruano», 28 de octubre de 1777. *Corresp.*, pág. 33. Como de costumbre, Dombey lanza sus quejas o acusaciones sin concretarlas; se limita a decir que Ortega, que tenía carta blanca para organizar la expedición, lo había hecho de tal modo, que los libros de los españoles aún no habían llegado la víspera de la partida, y que ha llevado, a espaldas de Dombey, las cosas de tal modo, que se vió obligado a pedir al embajador (de Francia) un certifica-

II.—LAS CAMPAÑAS EN EL PERÚ Y CHILE

Conviene ahora que recordemos algunos detalles sobre la forma en que la Expedición realizó sus trabajos, para que podamos darnos idea de la parte tomada en ellos por cada uno de sus miembros y seguir, merced a ello, algunos puntos de la discusión posterior. En ciertos casos, operaron los tres juntos y con los dibujantes; en la mayor parte de ellos se dividieron en misiones separadas durante más o menos tiempo. En el *Suplemento* a sus *Instrucciones* aconsejaba Ortega que al principio herborizaran juntos y que después podrían alternar los españoles en acompañar a Dombey, «bien q.^o siempre ha de ser en término, que al cabo de pocos días vuelvan a unirse y conferenciar sobre sus descubrimientos» (30). En general, el compañero de éste fué Pavón, más dúctil y de carácter más conciliador, pues Dombey y Ruiz no estaban hechos para congeniar; por otra parte, Dombey, como iremos recordando, desempeñó varias comisiones especiales, ajenas a la bo-

do de buena conducta. De porqué motivos hubo de pedir tal documento nada nos dice; después vemos a Dombey pedir esta clase de certificaciones a todas las autoridades por cuya jurisdicción pasa; ¿a efectos de qué?

En cuanto el asunto de los libros, según los documentos del P. Barreiro, aparece su remisión, con la de los libros, instrumentos y otro material, hecha directamente por Ortega al Presidente de la Contratación en Cádiz para embarcar en el citado navío, hecha en 20 de septiembre de 1777, en la que figuran las obras de Linneo, Jacquin, Tournefort, Loeffling, Piso, P. Feuillée, Ulloa y Jorge Juan. También se incluye la de Plumier, lamentando sólo no haber podido hallar ningún ejemplar de la obra de Hernández, que se seguía buscando, a la que tanta importancia concedían en su tiempo Linneo y Loeffling, y de la que decía Seguíer en sus instrucciones y consejos a Dombey: «C'est un ouvrage qui vous seroit for utile si vous pouviez vous la procurer, mais il est rare et difficile à acquerir.»

Consta igualmente en la *Relacion del Viaje...*, de Ruiz, que dicho material fué embarcado bajo la dirección de los botánicos españoles y del segundo dibujante el 18 de octubre de 1777 (RUÍZ, *Op. cit.*, pág. 7 de la ed. Barreiro y página 388 y sigs.; las *Instrucciones* de Seguíer a Dombey, de donde procede el elogio copiado a la obra de Hernández, pueden verse en HAMY, *Op. cit.*, página 317 y sigs.).

(30) *Apéndice al Viaje*, de Ruiz, ed. Barreiro, págs 374-375.

tánica, pero que en algún caso armonizaban bien con su deseo de coleccionar minerales notables.

En el primer período, conforme a la prudente indicación de Ortega, se exploraron y estudiaron los alrededores de Lima y provincias próximas. En esta que podemos llamar primera campaña, parecen haber colaborado estrechamente los expedicionarios entre mayo de 1778 a marzo de 1779, y se descompone en varias excursiones parciales; la primera por la provincia de Cercado, donde Lima se hallaba enclavada, empezó el 4 de mayo de 1778; la de la provincia de Chancay, entre el 22 de julio, fecha de la partida de Lima, y el 22 de octubre, en que desde Huaura se inició el retorno a la capital; el 5 de diciembre del mismo año se pasó a Lurin, y de allí a Surco, de donde se volvió «a Lima a coordinar los trabajos acopiados hasta este tiempo y remitirlos a España como lo verificamos en el navío *El Buen Consejo*, que salió en el mes de Abril (1779) del P.^o del Callao para el de Cádiz» (31). El principal interés de este envío, desde el punto de vista botánico, correspondía a esqueletos (plantas secas) de 300 especies diferentes y 242 dibujos. Dombey, por su parte, había dedicado también su tiempo a hacer excavaciones en las tumbas peruanas en busca de antigüedades, y en su remesa personal figuraban varios objetos de tal procedencia.

El botánico francés habla de haber hecho dibujar e iluminar 300 plantas, como si él fuera el único miembro de la expedición, o, por lo menos, el jefe de estos trabajos, para quejarse incongruentemente de que los españoles le hayan negado copia de los dibujos (32). Por otra parte, si en esta fecha (11 de diciembre de 1778) se hallaba en Lima, no parece haber tomado parte en la excursión a Lurin y Surco o, al menos, estar incorporado a los exploradores durante toda su duración, que fué desde 5 de diciembre de dicho año hasta 6 de marzo del siguiente (33).

(31) RUIZ, *Relacion del Viaje*, ed. Barreiro, pág. 42.

(32) Carta a Thouin, de Lima y 11 de diciembre de 1778. *Corresp.*, páginas 43-44.

(33) Parece confirmarlo el hecho de estar datadas también en Lima el 20 y 21 de diciembre del mismo año otras dos cartas, dirigidas, respectivamente, a Angeviller y a A. L. de Jussieu; parece que por este tiempo está muy ocupado

En su segunda campaña operan, en parte, separados; Ruiz, según su *Relación*, sale con los demás expedicionarios españoles el 12 de mayo de 1779 de Lima para Tarma (34). Dombey había partido para Cheuchin, encargado por el virrey Guirior del estudio de sus aguas minerales; en este viaje dice haber encontrado géneros nuevos, que dedicó a Malesherbes, Daubenton y Rosiers (35); la orden para esta comisión la había recibido el botánico francés, según consigna en la misma carta, el 16 de febrero del año citado, fecha en que sus compañeros seguían herborizando en Surco. Sobre tal viaje se hallan detalles en la *Relación* editada por Jaramillo-Arango, donde dice Ruiz haber salido Dombey para Cheuchin el 11 de marzo, «y por este motivo fió a mi cuidado el embarque de siete caxones que por su parte había acopiado de esqueletos de plantas, *huaqueros* o búcaros y otras curiosidades del Reyno mineral» (36). En la descripción de la provincia de Chancay, y con referencia a los baños de Cheuchin, se expresa de este modo: «Nuestro compañero Mr. Dombey, que pasó con una Sr.^a Oydora de Lima, la qual se hallaba baldada y regresó a esta capital en el mismo estado que antes, emprendió el análisis de dichas aguas, pero no le concluyó, ni dió razón de lo que contenían. En sus inmediaciones acopió Dombey varias plantas nuevas, de las cuales recogimos n.^{tro}s unas al mismo tiempo que Dombey en Cheuchin, en la Provincia de Tarma, donde las describimos y di-

con sus gestiones arqueológicas y con aquellas otras de carácter privado, que A. L. de Jussieu le encomendara, referentes a los asuntos de su tío José.

Según una nota del diario ms. de Dombey, se hallaba en Pachacamac en enero de 1779 (HAMY, *Op. cit.*, pág. 52, n. 1).

En su *Viaje*, Ruiz (ed. Barreiro, pág. 28) dice simplemente: «El 5 de Diz.^o salimos juntos de Lima a Lurín...»; en la ed. de Jaramillo-Arango, concreta: «salimos los cinco individuos de la Expedición juntos» (*loc. cit.*, vol. I, pág. 48) para Lurín, pero acaso hablaba puramente de memoria o Dombey debió regresar de seguida a Lima, a juzgar por sus cartas; es posible prefiriera en lo posible demorarse en la capital, a diferencia de sus compañeros, a los que en algún lugar inculpa de viajar mucho por percibir sus viáticos, en tanto él, por razones de economía o por otros motivos, parece optar por lo contrario.

(34) Ruiz, *Viaje*, ed. Barreiro, pág. 43.

(35) Carta a Thouin, de Lima y 20 de abril de 1780. *Corresp.*, pág. 56.

(36) *Op. cit.*, vol. I, pág. 61.

mos a dibuxar» (37). Como se ve, aparte del comentario, no bien intencionado, sobre las aguas, se recaba paridad en algunos descubrimientos. Habían partido ellos, por separado, para Tarma, el 12 de mayo de 1779, exploraron la provincia de Huarocherí, llegaron el 21 a Tarma y prepararon los viajes que hubieron de continuar «hasta el 24 de abril de 1780 por las Abras, Quebradas y Cerros de Tarma y por las Montañas de Huassahuassi y Palca», donde estudiaron varias plantas, «mucho de ellas de conocidos usos y virtudes» (38).

Durante esta campaña, al regreso de Jauja, se les incorporó Dombey, a «fines de Septiembre que llegó Mr. Dombey a Tarma, de su viaje hecho a Cheuchin».

El 2 de octubre de 1779 pasaron Dombey y Ruiz con Gálvez a Hussahuassi; Pavón, en tanto, estaba en Fuerte de Palca con Brunete. El 12 pasó Ruiz a cobrar a Jauja, y el 31 del mismo mes se dirigió con Dombey y Gálvez a los montes de Churupallana. «El 24 fuí con Dombey al territorio de Lauco, distante legua y media de Huassahuassi a observar las plantas Orchideas, de las cuales está cubierto todo aquel sitio ameno y delicioso.» En 5 de diciembre regresaron ambos y Gálvez a Tarma, y siete días después se les unieron Pavón y Brunete, «que se habían quedado á concluir y perfeccionar algunos de los dibuxos que trabajaron en Palca, por las mismas plantas vivas que hallaron en Huassahuassi» (39).

El 13 de enero de 1780, terminada esta campaña, partieron para Lima Dombey, Pavón y Brunete, y, aunque con algunos contratiempos, entraron sin novedad en su salud en la capital. El 19 salió Ruiz con Gálvez desde Tarma, llegando a Lima el 23, después de un viaje accidentado. El tiempo de estancia en Lima lo dedicó Ruiz, a poner en limpio las descripciones trabajadas por él en Tarma y a redactar otras de nuevas plantas recogidas en los alrededores de la capital, donde permanecieron nuestros botánicos hasta el 23 de abril de 1780; es indudable que sus otros compañeros harían en este tiempo otro tanto con sus trabajos.

(37) *Ibidem*, pág. 45.

(38) Ed. del P. Barreiro, pág. 57.

(39) Ed. Jaramillo-Arango, vol. I, págs. 113, 115 y 116. -

Al día siguiente se inicia la más larga y difícil de las campañas emprendidas en el Perú durante este primer período (esto es, durante el de la permanencia de Dombey) con el primero de los viajes a Huánuco; parten los primeros Ruiz y Gálvez. «En este mismo día salieron de Lima por el mismo camino el Botánico Pavón y el Dibujante Brunete; dirigiéndose Dombey por el camino de Canta, en atención a que sus arrieros eran de esa Provincia, y los demás de Tarma y Huarocheri» (40).

Dombey dice haber llegado a Huánuco el primero, a principios de mayo y tras grandes peripecias, habiendo descrito tres géneros, que dedica a Tremblay, Lamarck y Cusson (41). Se encuentra con ello en la región de las supuestas fuentes del Marañón, donde ya hubiera querido llegar en la campaña anterior y de la que se promete inagotables tesoros botánicos; apenas sosiega en su deseo de «entrer dans les forêts de quinquina et de coca que j'ai grande envie de connoître». Ruiz será, sin embargo, como veremos en seguida, el primero de los expedicionarios en encontrar la quina.

Según Dombey, la estancia en Huánuco fué ingrata para todos; sufrieron grandes diarreas, y Ruiz una fiebre maligna que estuvo a punto de costarle la vida (42), y éste declara, en efecto: «A los cuatro días de haberme levantado de la cama hice los preparativos para el viaje a Cuchero» (43). De este suspirado viaje «dans les forêts de Cochero près d'une des sources du Marañón» y de sus grandezas y miserias da Dombey un acabado cuadro en una de sus cartas (44): «La diversidad de plantas nuevas no me permitió prestar atención a la dificultad de los caminos.» El estudio de cada planta requería derribar un árbol con el hacha. «El calor y la falta de circulación de aire, unidos al trabajo penoso de cor-

(40) *Ibidem*, pág. 121; en la ed. Barreiro se dan noticias menos detalladas

(41) No coinciden bien sus datos con los de la *Relacion*, pues en la carta a Thouin de 20 de mayo habla de que espera esta semana la llegada a Huánuco de sus compañeros (*Corresp.*, pág. 67), y Ruiz dice que ésta se había efectuado el 15 para él y el 14 para los demás compañeros (ed. Barreiro, págs. 95-96; lo mismo dice la ed. Jaramillo-Arango).

(42) Carta a Thouin de 20 de junio de 1780. *Corresp.*, pág. 68.

(43) *Viaje*, ed. Barreiro, pág. 98.

(44) Carta a Thouin de Huánuco de Leon (*sic*) y 20 de septiembre de 1780.

tar árboles excedían mis fuerzas, que no podía reparar falta de alimentos.»

«La humedad pudrió toda la carne salada que llevábamos y nos vimos reducidos a no comer sino galleta manchada por una especie de insecto muy abundante (*Blatta occidentalis* L.). La miseria en que nos hallábamos era muy grande; sin embargo, soportábamos con placer nuestras penas a causa de los hermosos descubrimientos que hacíamos. La jornada se nos hacía más corta que un minuto; reinaba entre nosotros los botánicos y nuestros dibujantes una emulación que fué ventajosa para nuestra obra, y sacamos más de cien dibujos iluminados de Cochero.»

Albergaban el propósito de permanecer allí todo el mes de septiembre, cuando el terror ante un supuesto ataque de los indios chunchos (ello resultó luego una falsa alarma, maquinación de un peón cascarillero), determinó una rápida y fatigosa huida de Dombey y Pavón, convencidos de la imposibilidad de hacerles frente. Ello parece haber puesto fin a la labor botánica de Dombey en la región de Huánuco y haberla disminuído, si no anulado también durante el resto del tiempo que permaneció en el Perú. En efecto, según Hamy declara, el *Diario* de Dombey dedicado al Perú, queda interrumpido bruscamente con motivo de la aventura de Cúchero (45).

Agotado física y pecuniariamente, «este viaje —dice— ha sido muy costoso», enfermo con las fatigas de la huida nocturna, permanece en Huánuco el tiempo necesario para restablecerse y vuelve a Lima a procurarse recursos, obteniéndolos, como más adelante veremos, en una forma misteriosa o pintoresca.

Después de la retirada de Dombey y Pavón a Huánuco, Ruiz y los dibujantes que no se dejaron impresionar por el supuesto riesgo, pasaron a continuar su obra «en el pueblo de Chinchao, continuando los descubrimientos y demás trabajos por otro mes más» (46). A continuación da una larga lista de plantas halladas durante este tiempo. El 1 de septiembre regresó Gálvez a Huánuco, y el 3 le siguieron Ruiz y Brunete, entrando en aquella ciudad el

(45) «Le journal de Dombey s'arrête brusquement à l'aventure de Cuchero»; HAMY, *Op. cit.*, pág. LXIII, n. 5.

(46) RUIZ, *Relacion del Viaje*, ed. de Jaramillo-Arango, vol. I, pág. 163.

5. El resto de este mes y el de octubre los dedicó Ruiz a herborizar en los alrededores de Huánuco (47). Después, «arreglados los Esqueletos de plantas de mis colecciones y puestos n.^{ros} genéricos y tribiales a cada especie, determiné pasar con el dibuxante Gálvez a la Provincia de los Huamalíes» (48).

Volvamos al hilo de las actividades de Dombey durante este tiempo, no muy claramente seguido por sus biógrafos. Según Hamy (49), estuvo Dombey en Huánuco «pour réparer ses pertes» hasta el final de agosto y emprendió luego el viaje a la capital del Perú, donde llegó en noviembre «en un assez triste equipage», para allegar recursos con destino a costear su parte en el nuevo proyecto de viaje al Para, por Pampa-Hermosa.

Deleuze refiere que en diecinueve días se proporcionó los fondos necesarios y encajonó las colecciones, decidiendo volver a Huánuco con sus compañeros, y llegando allí «à la fin d' août de 1780» (50). Hamy no parece haber advertido la disparidad existente entre este relato y el suyo; por otra parte, de la *Relación* de Ruiz se desprende que Dombey estaba en Huánuco en septiembre de dicho año (51).

Ahora bien, la carta de Dombey a Thouin de 20 de septiembre de 1780 está fechada en Huánuco, y en ella reproduce la noticia del ataque supuesto de los chunchos y su propósito de regresar a Lima (lo que es congruente con lo manifestado por Ruiz), siendo incomprensible que con este testimonio haya podido incurrir Hamy en su error; siguen a ésta la de Lima de 20 de octubre de 1780 y la de 2 de noviembre del mismo año y lugar (erróneamente se escribe en Hamy 1781, aunque ello ha pasado inadvertido también, es fácil de subsanar), en donde habla del motivo de su viaje en busca de 24.000 libras, para financiar la expedición por Pampa-Hermosa; por último, en una carta a Necker, también desde Lima, de 16 de noviembre de 1780, que tampoco parece haberse tenido en cuenta, y que es congruente con las anteriores, escribe:

(47) Idem, ed. Barreiro, pág. 118.

(48) Ibidem, pág. 121.

(49) *Op. cit.*, pág. LXII.

(50) Cito según los párrafos reproducidos por Hamy, págs. LXV y LXVI.

(51) Ed. Barreiro, pág. 119.

«He sido obligado a abandonar las orillas del Marañón, donde trabajaba hace casi un año, para procurarme en Lima los auxilios de dinero que empezaba a necesitar.» En la misma añade su decisión inmediata, tras una estancia de diecinueve días en Lima, de volver a repasar la Cordillera para reunirse con sus compañeros. Es fácil de todo esto reconstruir que el viaje a Lima, desde Huánuco, se hizo después del 20 de septiembre, que en el mes siguiente, y por lo menos hasta el 16 de noviembre, Dombey permaneció en la capital del Perú y debió por fin regresar a Huánuco hacia mediados del último mes del año. Pero nuevamente la estancia en esta comarca no iba a serle propicia, encontrándola en conmoción, con motivo del levantamiento de Tupac-Amaru, cuyo verdadero nombre era Gabriel Condorcanqui, pretendiente al trono del Perú (52). Ante las dificultades que encuentra (y que verosímelmente exagera, siguiendo la que, como iremos viendo, era su natural tendencia), ofrece, con alguna oficiosidad y, según él, con la intención de servir al Rey y levantar los ánimos, el 11 de enero de 1781 «dix charges de Bled, dix de fèves et mille piastres fortes en argent effectif» para el mantenimiento de la tropa (53). La oferta fué agradecida, pero declinada, y Dombey entregó parte de los recursos en especie que había reunido, para los pobres (54).

En tanto, Ruiz no permanecía ocioso y, fuere cual fuere el estado del país, continuaba sus excursiones. La hecha a la provincia de los Huamalíes, en compañía del dibujante Gálvez, duró desde el 25 de octubre hasta el 2 de noviembre de 1780, siendo su itinerario Chavinillo, Calmac, Ovas, Chupán, Quivilla y Obrage de Gergas, en cuya quebrada herborizó hasta que, por hallar pocas plantas, retornó con su compañero a Huánuco el 3 del último de los meses citados. Siguiéron después herborizaciones en la comarca de Huánuco hasta 22 de marzo de 1781, que consigna brevemente

(52) Consta así, en efecto, no ya de sus relatos, sino de los documentos insertos en su abono; es extraño que Ruiz, que habla del levantamiento de los indios en la parte correspondiente de su *Relacion*, no les dé este significado, sino uno meramente local, y sólo se refiera, y muy de pasada, al levantamiento de Tupac-Amaru más adelante.

(53) HAMY, *Op. cit.*, *Certificats*, pág. 402.

(54) HAMY, *ibidem*, pág. 401.

te de este modo: «continuamos trabajando por los cerros, quebradas y valles de Huánuco», en cuyo tiempo, añade, concluyó varias descripciones y desecó diversas plantas (55).

En la fecha anteriormente referida se da por terminada esta campaña, emprendiendo Ruiz la marcha hacia Lima, siguiendo el 23 los dibujantes y el 24 Dombey y Pavón. Los últimos llegaron por la quebrada de Canta a la capital el 15 del mes siguiente; los dibujantes lo habían hecho el 8, y Ruiz el 2 (56).

Desde el 16 de abril hasta julio de 1781 los expedicionarios se dedicaron en Lima a labores complementarias, desecando y preparando el material recogido. «Concluí sus descripciones, las arreglé por clases en paquetes y recogí varias plantas por los cerros y valles de Lima a fin de reponer los esqueletos enviados en el navío el *Buen Consejo...*» (57), y con este fin mismo se preparó una nueva expedición a la provincia de Chancay, para la que salieron el 5 de julio del año dicho los botánicos españoles, con los dibujantes.

Dombey no tomó tampoco parte en esta nueva campaña, por haber sido designado para la comisión encargada del estudio de las mareas, cuya finalidad era recoger los datos requeridos para su estudio por el académico francés La Lande. Después del incidente de Cúchero y durante todo este período de más de un año, la actividad botánica de Dombey, limitada por diferentes causas, ha debido ser muy escasa y ello ha debido reflejarse en la ya dicha interrupción de su Diario durante el resto de su estancia en el Perú. Ruiz y sus compañeros recorrieron en tanto los cerros, lomas y valles de Chancay, Pasamayo, Jeguan, Retes y Laral, «en los que descubrimos varias plantas nuevas», teniendo por base la Hacienda de Torreblanca; de allí pasaron a Huaura, donde su estancia duró hasta el 3 de septiembre, en que siguieron a Sayan, para regresar a Lima el 9, permaneciendo en la capital peruana

(55) *Relacion del Viaje*, ed. Barreiro, pág. 132: a continuación figura una lista de plantas recogidas.

(56) Ruiz, *ibidem*, págs. 135-138.

(57) Ruiz, *ibidem*, pág. 143.

hasta el 13 de diciembre, entregados a la labor de secar y describir plantas (58).

En tanto se terminaban estos trabajos, se planeaba el paso de la Expedición a Chile. Los primitivos proyectos eran diferentes, como de varios lugares se desprende; poco antes del viaje a Huánuco escribía Dombey a Thouin: «Recibo una carta de M. Ortega en la cual me dice ha recibido órdenes para que se nos traslade a Santa Fé por Quito. De Santa Fé iremos a Cartagena para embarcarnos rumbo a Europa.» De Lima a Guayaquil irían por mar, de Guayaquil seguirían a Quito y de Quito a Santa Fe por tierra (59). En otra semejante de la misma fecha a A. L. de Jussieu dice que Ortega le comunica se le van a expedir órdenes para que se trasladen a Quito para «reunirnos a un médico-botánico para examinar juntos la quinquina [quina] de Loxa, la canela de Quixos, trasladarnos en seguida a Santa Fé y de allí ir a terminar nuestras caminatas a Cartagena...» (60).

Ruiz es muy parco en detalles sobre el origen de este nuevo plan: «resolvimos embarcarnos para el Reyno de Chile, así por las noticias que adquirimos de la fertilidad y abundancia de los vegetales y demás Productos Naturales de aquel Paraíso terrenal, como por no poder internarnos en las Montañas del Perú con motivo de hallarse entonces sublevadas varias de sus provincias y empeñado en coronarse en aquel Reyno Gabriel Tupac-Amaro o su her-

(58) La lista de las halladas en esta campaña puede verse en la reiterada *Relacion*, págs. 145-149 y 156-158, de la ed. Barreiro, con otras noticias botánicas.

(59) Carta a Thouin, de Lima y 20 de abril de 1780. *Corresp.*, págs. 61-62.

(60) *Corresp.*, pág. 256. Una alusión al desistimiento definitivo de este proyecto existe en la comunicación de 1 de marzo de 1784, en la que se propone la prórroga de la expedición por un año, «después del cual habrán de embarcar en derecho a Europa sin empeñarse en nuevos viajes por tierra como se había pensado antes de proyectarse la Expedición de Don Joseph Celestino Mutis». (*Relacion del Viaje*, ed. Barreiro, *Apéndices*, pág. 406.)

Aunque este documento sea en más de dos años posterior a la variación introducida en los planes antes preparados para la expedición peruana, parece dar la clave de aquélla; en gestación la labor oficial de la nueva expedición, denominada de América septentrional, pasaban a su demarcación aquellos trabajos bajo la dirección de Mutis.

mano Diego, lo que tal vez hubieran conseguido si la actividad, diligencia y zelo del S.^{or} Visitador Areche, no hubiese cortado las cabezas de estos levantados pasando para ello al Cuzco» (61). Literalmente, la organización de esta campaña parece de la libre decisión de los expedicionarios, con la anuencia de sus superiores, pero no se ve porqué sustituyó al renunciado paso a Quito, de no ser por albergar ya Ruiz el propósito de retornar al Perú tras este intermedio a completar su labor. Por otra parte, la pacificación del país debía encontrarse ya por entonces muy adelantada, puesto que el rebelde Condorcanqui y los suyos habían caído en poder de Areche antes del 2 de mayo de 1781 y la rebeldía se iba apagando, «quedando pocos pueblos que siguieran la revuelta» (62).

Las noticias sobre la campaña de Chile tienen menos interés para las cuestiones que tratamos de dilucidar aquí, por lo que no nos detendremos en detallarlas; llegados nuestros expedicionarios a Talcahuano por mar a fines de enero de 1782, hasta diciembre del mismo año trabajan en torno a Concepción, con excursiones a Arauco, Culenco y otros puntos. En el citado mes parten todos con dirección al Fuerte del Nacimiento, al pie de la Cordillera, donde de real orden se estaba haciendo la corta de los pinos chilenos para arboladuras y obras interiores de navíos (63). Ruiz, con Gálvez, prefirió quedar en Huilguelemu, donde, según las noticias recogidas, había plantas interesantes, estudiándolas en tanto los demás comisionados seguían el viaje a Nacimiento, desde donde, según él, regresaron al quinto día por no haber hallado vegetales de interés, conforme les había advertido el corregidor de la provincia de Rere; sólo Pavón, en compañía del oficial de Marina encargado del corte de pinos (araucarias), pasó «desde el Nacimiento a la Cordillera a sacar ramos de dichos pinos» (64). Ruiz, tras una permanencia de un mes en Rere, tornó a Concepción en enero de 1783; durante este tiempo Dombey había prestado generosa-

(61) RUIZ, *Relacion del Viaje*, ed. Barreiro, págs. 157-158.

(62) HAMY, *Op. cit.*, carta de Areche al ministro Gálvez de 2 de mayo de 1781, pág. 406.

(63) RUIZ, *Relacion del Viaje*, ed. Barreiro, pág. 199.

(64) RUIZ, *ibidem*, pág. 200.

mente sus servicios como médico a los enfermos en la ciudad chilena.

El 19 de marzo de 1783 salieron de Concepción para Santiago Ruiz, Gálvez y Brunetè; Dombey y Pavón lo hicieron el 31 del mismo mes. En abril atravesaron las provincias de Chillan e Itata, entrando el 15 en Santiago. Allí enfermó Ruiz de chavalongo, y Dombey pasó a Coquimbo en mayo en comisión encomendada por el Regente de la Audiencia, Acevedo, para estudiar los minerales de mercurio de aquellos yacimientos. El 5 de octubre de 1783 salieron juntos los expedicionarios desde Santiago y por las provincias de Aconcagua y Quillota llegaron el 9 a Valparaíso, para salir de allí, rumbo al Callao, donde arribaron el 3 de noviembre de 1783. El primer período de la Expedición había terminado con ello; Dombey, desde Lima retornó al Callao de nuevo para embarcar en el navío *El Peruano*, que se dió a la vela desde su puerto el 14 de abril de 1784, en demanda de Cádiz.

III.—CARÁCTER Y VICISITUDES DE DOMBEY

Ha llegado el momento de volver, para comprender la gestación y los testimonios acumulados en este negocio, sobre algo tan íntimo, vidrioso y delicado, como es lo referente al carácter de Dombey. No está en nuestro ánimo regatear en un ápice su mérito y desconocer muchas y buenas cualidades de que debía estar adornado, liberalidad lindante con el despilfarro, caridad para con los humildes, celo y entusiasmo en la labor científica; pero todo ello va unido a las posturas más contradictorias y a los juicios más apasionados y más discordantes. Sería inútil frente a estas disparidades invocar que algunas de sus declaraciones figuran en cartas cuyo contenido temía fuera indiscretamente conocido, en tanto se expresaba en otra forma en aquellas que pensaba quedarían reservadas. La actitud lógica y normal hubiera sido, en el primer caso, guardar silencio sobre personas y cuestiones que nada le obligaba en ellas a enjuiciar; en lugar de hacerlo encomiásticamente, con afirmaciones que, en conciencia, y de no corresponder a sus convicciones reales, habían de repugnarle; un espíritu elevado no se doblega a esa *politesse* que elogia Hamy como un aprendizaje per-

tecto de formas cortesananas, no utiliza aquellas mismas armas que desprecia al suponerlas esgrimidas por el enemigo ; se calla, pero no finge adulaciones innecesarias ; no hace suya esa doblez que supone y rechaza en los demás. Por fortuna, he de descargar a Dombey, en parte al menos, de las inculpaciones que sobre estos puntos habría de hacerle, fueren cualesquiera las supuestas persecuciones sufridas por él (pronto iremos viendo en lo que quedan), puesto que he condicionado estas reacciones como censurables para un carácter normal y Dombey no es sino un genio desigual, de alternativas bruscas y cambiantes, que pasa de la exaltación a la depresión, que se irrita con violencia ante las contrariedades y al que los años pasados entre los riesgos, los trabajos y las dificultades, han convertido en un enfermo ; no es tanto a él a quien hay que culpar de los juicios injustos, de las fobias y de las acusaciones infundadas, como a aquéllos que no han sabido valorar, medir e interpretar el alcance de sus frases y de sus testimonios.

Hemos visto ya su comportamiento, no censurable, pero extraño, en la juventud ; aquellas alternativas entre el trabajo y el placer ; trabajo, por otra parte, nada metódico, al que sus amigos tratan de buscar una orientación definida, aquella su bohemia científica, aquel vagar en donde ni sus íntimos tienen noticia de su paradero ; despreocupado del porvenir, gastaba sus recursos a manos llenas y, no parando en ello, contraía deudas ; Deleuze, su panegirista, no puede, a pesar de todo, impedir que de su pluma se deslice esta palabra que pinta bien el carácter dombeyano: *inconséquence* (65).

No hurtaremos las otras pinceladas que favorecen su retrato : según Hamy, en su juventud era «d'une santé robuste, agile et vigoureux, son esprit était gai, sa figure fort agréable...» (66) ; según el repetido Deleuze, «il étoit d'un commerce doux et facile et il joignoit à cette douceur de la fermeté, de la bravoure et une sorte de fierté convenable à l'homme qui se respecte lui-même» (67). Añadamos gustosos los elogios del visitador Areche, como testi-

(65) Cito según Hamy, pág. XV.

(66) HAMY, *Op. cit.*, p. XIV.

(67) *Loc. cit.* en la n. 65.

monio de calidad, que le reconocen talento, instrucción, probidad, y un carácter «liant et tranquille» (68). Reconocidas todas estas virtudes con la mejor voluntad, queda el defecto cardinal: *incon-séquence*.

Le pintan como dulce y amable, y seguramente lo es (o lo era, antes de estar enfermo), pero él mismo reconoce que tiene un genio muy vivo, «on connoit mon caractère vif» (69); «suplico, y eso de veras que Vmd. y mis Compañeros me perdonen mis faltas, mi genio vivo, pero que no es malo, ni rencoroso...» (70); probablemente este autorretrato es fidedigno y corresponde también, en parte, al carácter de Ruiz; se comprende que en estas condiciones la armonía entre ambos no resultara demasiado fácil.

Aquel orgullo que pone Deleuze entre sus prendas, unido quizá a inclinaciones políticas que se adivinan en sus palabras y a una postura inicial y general de incomprensión y recelo dificultan su adaptación al medio en que tiene que vivir durante unos años: «Sin el entusiasmo que tengo por ver las Cordilleras, me sentiría muy mortificado por tener que pedir a extranjeros, favores a cada momento» (71). No se percata de que un comisionado en un país extranjero debe abstraerse de toda preocupación ajena al desempeño de la labor que tiene encomendada, y en su temperamento apasionado se van reflejando, según los momentos, los juicios más diversos y contradictorios: llegados al Perú se queja de que no son estimados, «Sans carosse, sans valets, nous sommes de pauvres gents!» (72). «Le peuple et partout peuple; celui d'Espagne croit être le meilleur chrétien. Les ouvrages françois, enfants de la légereté et de l'enjouement, ont perdu notre nation de réputation en Espagne; ce qui m'oblige à être beaucoup meilleur chretien à Lima qu'à Paris. Et cependant dans l'esprit du peuple je ne suis qu'un hérétique. Si l'Inquisition avoit quelque pouvoir

(68) Cito según la trad. de Hamy, pág. 407, por no conocer el documento original.

(69) Carta a Thouin de 27 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 163.

(70) Carta a Ruiz, en español, desde Cádiz, de 13 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 281.

(71) Carta a Thouin, de Madrid y 11 de noviembre de 1786. *Corresp.*, pág. 7.

(72) Al mismo, desde Lima, de 11 de diciembre de 1778. *Corresp.*, pág. 48.

sur envoyé d'un Doy je ne vivrais pas un instant en Espagne» (73). Visita gratis a los enfermos, los socorre, mas a pesar de todo «je ne suis pas plus vertueux aux yeux du peuple. Les gens instruites me rendent pus de justice et m'honorent de leur amitié, celà me suffit!» (74). Y, sin embargo, Dombey es un amigo del pueblo, que llega al extremo de afirmar que ni ciencias ni descubrimientos tienen valor si no mejoran la situación de los humildes.

Desde Santiago escribe a Thouin: «Je quitterai ce continent avec peine, j'ai reçu soit en Espagne, soit au Pérou toutes sortes de satisfaction. Je ne cesserai jamais de me louer de toute la nation en général et principalement de la generosité des grands que j'ai eu l'honneur de traiter» (75). En contraste con estas palabras basta una supuesta mala voluntad de Ortega, que, según él, arranca a Gálvez órdenes que le enojan «ce qui ne luy [a Gálvez] fait honneur» para que amenace: «et lorsque l'Europe saura ma manière de me comporter et le traitement que je reçois, elle n'osera le croire» (76). Con posterioridad, nuevos elogios: «Il faut vous avouer que le Roy d'Espagne est un bon prince et très généreux; les grands en général et la nation son magnanimes...» (77), y esto se dice a poco de una anterior, donde clama: «Mais en Espagne ma conduite a été irréprochable, à moins que ce ne soit un crime dans ce pays d'être vertueux» (78). Se le acusa en Madrid de judío y de hereje, se lamenta, por manejos de Ortega (¿cómo lo sabe?), y le achaca otros iguales respecto a Izquierdo. «C'est un grand crime en Espagne que d'être juif et hérétique... Au milieu de Paris, de telles niaiseries ne sont rien, mais elles son beaucoup ici» (79). Y el límite de sus prevenciones se alcanza cuando dice: «Vous ne connaissez pas, mon cher ami, ce pais; ce n'est pas un mal icy

(73) Al mismo, desde Lima, de 20 de abril de 1780. *Corresp.*, pág. 63.

(74) *Ibidem*.

(75) Al mismo, desde Concepción, de 24 de diciembre de 1782. *Corresp.*, pág. 96.

(76) Al mismo, sin fecha, pero con posterioridad a su llegada a Cádiz y escrita desde esta ciudad. *Corresp.*, pág. 133.

(77) Al mismo, desde Cádiz, a 27 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 167.

(78) Al mismo, desde Cádiz, a 24 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 166.

(79) Al mismo, desde Cádiz, a 14 de mayo de 1785. *Corresp.*, pág. 174.

que de nuire à un Français.» «Je ne serai cependant véritablement content que quand je serai hors d'Espagne, j'ai pris ce pays en horreur» (80). ¿Motivos declarados de estos cambios? La participación a que luego nos referiremos (aun cuando ella ya estaba acordada antes de aquella otra carta en donde se hablaba de la magnanimidad del rey y de la nación) y la promesa de que se hablará después.

Pero son las alternativas de la enfermedad, son las deudas y las contrariedades económicas las principales causas determinantes de estas violentas reacciones de su carácter y de su comportamiento posterior.

Por mucho que fuera su entusiasmo y grande su salud, su temperamento o su constitución no sufren las fatigas, los trabajos y las adversidades con el estoicismo que saben afrontar los sus colegas, los expedicionarios españoles, quizá favorecidos por la raza y la juventud. Ya en 20 de abril de 1780, en carta dirigida a A. L. de Jussieu, se lamenta: «Los calores de la zona tórrida, el paso súbito del calor al frío, el aire sofocante que se respira en los lugares muy altos, han determinado un cambio considerable en mi constitución. El gran vigor que gozaba en Europa no es aquí el mismo» (81). Y en una, poco posterior, a Nécker: «Si juzgáseis conveniente enviarme algunos dibujantes prolongaría voluntariamente mi estancia en América meridional, donde siento, sin embargo, que mi salud se debilita» (82).

La huida y el pánico, provocados por la falsa alarma ante el mentido ataque de los indios chunchos en Cúchero, le causó una enfermedad. Ya en Chile su salud sufre nuevos quebrantos, y su deseo es regresar a Europa tan pronto como la paz con los ingleses deje libre los mares; teme, en otro caso, enfermar y correr la suerte de José de Jussieu, con pérdida total de su labor, si por deseo de perfeccionarla se detiene en América más tiempo: «Cuando llegué al Perú era fuerte, vigoroso, vivo. El calor de los trópicos ha debilitado mis fuerzas y, principalmente, mi vista, siento

(80) Al mismo, desde Cádiz, a 19 de julio de 1785. *Corresp.*, págs. 194-195.

(81) Desde Lima. *Corresp.*, pág. 257.

(82) Desde Lima, a 20 de agosto de 1780. *Corresp.*, pág. 258.

que es preciso pensar en mi retirada, a fin de tener tiempo para publicar mi flora antes de que las enfermedades lo obstaculicen» (83). «Me siento incapaz de toda especie de trabajo (application). Mi sangre está afectada por el escorbuto, sangro mucho por los dientes, como muy poco; mi espíritu, sin embargo, se conserva vivo aunque las fuerzas sean cortas» (84). Del viaje a Coquimbo volvió casi sordo, se queja de nuevo de la debilitación de sus fuerzas y su actividad; ya la mente no resiste, pues le abandonan, con aquéllas, «toute ambition et désir de fortune» (85); se ve cómo la depresión y la melancolía le han arrastrado a su más oscuro abismo. Empeora gravemente: «Los grandes viajes de Chile me ocasionaron el escorbuto, y a fines de enero fui atacado por una enfermedad disentérica, que al principio no me fatigó mucho.» Pero aumentó hasta tomar la forma, extremadamente grave, conocida como *mal del bicho*, reputada, según él mismo, por mortal; a pesar de lo cual aún seguía trabajando para embarcar su colección (86). Tales eran sus estados de ánimo y de salud cuando se preparaba para regresar a Europa.

IV.—LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS Y OTRAS CUESTIONES

Parejas con estas lamentaciones acerca de la salud van las económicas; constantemente se queja de la limitación de sus asignaciones, de la magnitud de los gastos, de la carestía de la vida en el Perú. Y, sin embargo, los cubileteos que hace con las cifras, los desembolsos y los resultados a que llega después resultan tan extraños, si son exactos, que no pueden ser pasados por alto.

Hemos visto cómo el joven Dombey gastaba alegremente sus recursos, contrayendo deudas hasta el punto de que, llamado por Thouin para encomendarle la misión proyectada por Turgot, le

(83) Carta a Thouin, desde Concepción, de 24 de diciembre de 1782. *Corresp.*, pág. 94.

Como ya vimos, el anónimo y los que le siguen cargarán todos estos cambios debidos a la enfermedad, a las supuestas persecuciones posteriores.

(84) *Ibidem. Corresp.*, pág. 96.

(85) Al mismo, desde Santiago de Chile, a 20 de agosto de 1783.

(86) Al mismo, desde Lima, a 8 de febrero de 1784. *Corresp.*, pág. 100.

contesta manifestándole la imposibilidad de ponerse en camino, por el hecho de encontrarse detenido por deudas en la prisión de Fort Levéque (87). Hubo de ser el propio Thouin el que apaciguó a su deudor. Su conducta posterior en la liberal recurrencia al crédito no varió por ello en nada, y sus cuentas resultan (al menos para mí, que no soy hacendista) una complicada maraña. Paralelas a ellas, van sus quejas, comparaciones y lamentaciones acerca de la inferioridad de los recursos de que está dotado respecto a aquéllos otorgados a sus compañeros.

Comienzan sus cuitas con lo mucho que le cuesta su estancia en Madrid, y reiterando la advertencia hecha por Gálvez al embajador francés de que con mil escudos no tendrá suficiente para vivir en el Perú (88). Antes del embarque se le conceden seis mil libras anuales por su Corte, ordenando Gálvez se le adelanten por las cajas reales del Perú, habiendo de reintegrarse más tarde de este anticipo la Hacienda española por la de Francia. Una nueva concesión de su soberano amplía estos recursos en otras tres mil libras, para ponerle en paridad con sus colegas españoles, respecto de los cuales se consideraba preterido (89); éstos, según expone, recibirían 10.000 libras de sueldo anual, y se les concedieron 15.000 más, por una vez, para gastos extraordinarios.

En el balance de sus desembolsos durante este período reconoce que si durante su permanencia en Madrid ha gastado más de las 6.000 libras que se le asignaron, en cambio su viaje gratis en un navío del rey de España representa para él una economía de 1.000 piastras (90); sin duda, es ello lo que le permite poner a la disposición de A. L. de Jussieu 3.000 libras, con el ruego de que las destine a enjugar una parte de sus deudas en París, «dando preferencia a los que me han hecho anticipos para mi viaje, como creo es justo» (91). Desde Lima reclama a Nécker en 16 de abril de

(87) Al mismo, desde Fort Levéque, a 26 de septiembre de 1785. *Corresp.*, pág. 5.

(88) A A. L. de Juss., desde Madrid, a 2 de enero de 1777. *Corresp.*, página 217.

(89) Carta a Necker, desde Madrid, a 21 de julio de 1777. *Corresp.*, pág. 229

(90) Carta a Du Fresne, desde Madrid, a 28 de agosto de 1777. *Corresp.*, pág. 233.

(91) Desde Madrid, a 25 de agosto de 1777. *Corresp.*, pág. 231.

1778 se le haga efectivo el prometido extraordinario de 3.000 libras, para gastos de viaje, que aún no había tocado, cumpliendo órdenes de este dignatario francés (92).

Pero su ánimo está bien dispuesto a afrontar, por sus recursos habituales, la escasez de medios. Como escribe recién llegado a Lima a A. L. de Jussieu, su cualidad de enviado y comisionado le conceden crédito en la ciudad para procurarse durante cierto tiempo, y aun durante todo el viaje, los fondos necesarios para seguir a sus compañeros. Piensa en la dificultad que tendrá para reembolsarlos antes de su retorno a Europa, pero: «La prudencia que quisiera que yo no contraiga ninguna deuda sin estar seguro de reembolsarla, no será escuchada cuando se trata de recorrer las tierras» (93).

Sus asignaciones, escribirá más tarde, no le bastan; los viajes son caros, ha renunciado a nuevas peticiones «no tomaré nunca más de 100 pesos por mes del real tesoro», pedirá prestado lo que le falte, y si el viaje dura mucho, al final se verá bien comprometido, pero aquí vuelve al tono jeremiaco: «Acaso los grandes sufrimientos me sacarán de preocupaciones» (94).

El 20 de septiembre siguiente, en otra misiva a Thouin, prosigue con parecidas querellas; sus compañeros, con 10.000 libras anuales, no tienen bastante para sus gastos, júzguese, dice, cuál será mi situación con 4.000 libras menos; por otro lado, asegura, sin embargo, haber prestado a la Expedición 3.150 libras, que sin duda ha debido levantar a crédito a su vez, ¿de dónde?

Una referencia concreta a estos préstamos aparece en una carta a Nécker, lamentando que la insuficiencia de sus asignaciones, inferiores en 800 piastras fuertes por año a las de sus compañeros, le han obligado, después de una estancia en el Perú, a tomar un préstamo de 2.400 piastras en casa del Conde de S. Javier (95).

Estas u otras peticiones movieron, sin duda, a Nécker, a concederle un suplemento extraordinario de 2.000 pesos para casos

(92) *Corresp.*, pág. 238.

(93) Desde Lima, a 16 de abril de 1788. *Corresp.*, pág. 240.

(94) Carta a Thouin, desde Lima, a 20 de abril de 1780. *Corresp.*, pág. 62.

(95) Carta a Necker, desde Lima, a 20 de agosto de 1780. *Corresp.*, página 259.

de necesidad y adquisiciones de objetos; él se apresura a invertir una parte de esta suma en comprar 100 libras de platino y diversos minerales (96); nada se dice de haber enjugado deudas anteriores.

Sus compañeros, a su vez, le son deudores por entonces de 4.400 libras; sus gastos van en aumento: «En los primeros años yo gastaba menos, aunque siempre más de mis emolumentos. Agotándose mis fuerzas cada día, he tomado un criado, después otro» (97). Adviértase que del primero de estos domésticos decía en misiva anterior: «estaría yo bien contento si, a mi retorno a Europa, gozase de los mismos ingresos que le doy como gajes en el Perú» (98); su indio, dirá en otro lugar, le cuesta más de lo que gana... ¿qué proporciones irían, de este modo, alcanzando las deudas dombeyanas? ¿Cómo es posible que pretendiera enjugarlas en 1781 con que se le concediera una simple elevación de sus asignaciones al nivel de las de sus compañeros, abonándole las diferencias devenidas a partir de su embarque en Cádiz?

La bola rueda y aumenta, y en las comunicaciones hechas a su regreso, desde Cádiz, las cifras alcanzan magnitudes extraordinarias: «hace ocho años que estoy acostumbrado a gastos de cerca de cien mil libras por año» (99). «He llegado a puerto tras muchas penas y gastos que no bajan de un millón en nuestra moneda» (100). «He tenido 6.000 libras [de asignación anual], he gastado la misma cantidad por mes en el Perú» (101).

Pero a su lado van otras afirmaciones extrañas: «Sabed —escribe a Thouin— que mis deudas del Perú y Chile están saldadas; no comienzo a deber sino desde que estoy en Cádiz» (102). Estas últimas deudas alcanzaban ya 12.400 libras por entonces, sin su forzosa detención en Río de Janeiro y su enfermedad hubiera regresado en condiciones de saldar las que le quedaban en Francia

(96) Carta a Thouin, desde Lima, a 24 de noviembre de 1781. *Corresp.*, página 82.

(97) *Ibidem*, pág. 83.

(98) Al mismo, desde Lima, a 20 de abril de 1780. *Corresp.*, pág. 61.

(99) Al mismo, desde Cádiz, sin fecha. *Corresp.*, pág. 182.

(100) Al mismo, desde Cádiz, a 18 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 140.

(101) Al mismo, desde Cádiz, a 27 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 165 (entre corchetes, añadido).

(102) Al mismo, desde Cádiz, a 8 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 147.

—según él, no eran nada—, las que en otra parte cifra en 15.000 libras en 1783 (103).

Un estado de anticipos y préstamos en el Perú, remitido por Gálvez a Vergennes, importante 39.500 libras, supone (reiterando que allí nadie le reclama nada) que, con 1.200 libras más recibidas de su banquero el conde de S. Javier Casalaredo, «corresponden exactamente a las cantidades que he cobrado en Lima, a razón de 500 libras por mes, más 2.600 pesos como extraordinario [los remitidos o puestos a su disposición por Nécker], que hacen 13.000 libras: he tenido cuidado de no deber nunca nada a las cajas reales, ni sobrepasar lo concedido por el Rey» (104).

Desde comienzo de 1784, asegura a A. L. de Jussieu en otra carta, ha viajado a sus expensas propias (105), pero lo mismo debía ocurrir mucho antes, de ser cierta otra afirmación suya, a saber, que la malhadada expedición al Amazonas le costó 12.000 libras, lo correspondiente a sus dos anualidades en Chile, donde nada recibió, sin duda por haberlo hecho antes como anticipo (106).

Es cierto que, aparte del que podemos llamar su banquero oficial, el conde de S. Javier, ha habido otros generosos y acaudalados particulares que le han prestado: «Hace dos años podía procurarme en un minuto diez y veinte mil pesos. M. de Bordenave, al cual tuvisteis la bondad, Señor, de recomendarme, es uno de los que han querido ayudarme mucho con su bolsa. Durante mi estancia en el Perú me ha prestado 60.000 libras, acabo de entregar a su señor hermano las 5.000 que me quedaban por reembolsarle» (107). Aunque estos generosos préstamos y anticipos le hayan servido de mucho, es lo cierto que no por ello dejaba de ser menester reintegrarlos y que, según sus afirmaciones, reintegrados quedaban.

(103) Al mismo, desde Cádiz, a 4 de julio de 1785. *Corresp.*, pág. 191

(104) Al mismo, desde Cádiz, a 8 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 148 (entre corchetes, añadido).

(105) Carta a A. L. de Jussieu, desde Cádiz, de 31 de mayo de 1785. *Corresp.*, pág. 290.

(106) Carta a Thouin, desde Cádiz, a 8 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 148

(107) Carta citada en la n. 105. *Corresp.*, págs. 181-192.

En otro lugar añade a Bordenave, entre las personas que le han prestado sumas considerables, a D. Esteban de Urrutia (*idem*, pág. 261).

¿Cómo pudo cancelar Dombey deudas tan crecidas? ¿De qué fuentes misteriosas extrajo los necesarios recursos para ello? Aun suponiendo exageración, si la hubo, en sus cálculos —lo cual no haría excesivo honor a su veracidad sobre materia tan delicada—, es indudable que ellos excedieron en una cantidad enorme a sus legítimos ingresos durante el tiempo de su permanencia en Perú y Chile, donde todos sus devengos oficiales —y únicos confesados— no han alcanzado más allá de 60 a 70.000 libras por lo mucho, para el que asegura haber gastado, y no deber, un millón; aun rebajada esta cifra a la mitad, si se quiere, ¿de dónde salieron las diferencias?

No se puede pensar en un ingreso profesional, que sería fabuloso, además de insistir él con reiteración no haber admitido jamás nada por el ejercicio de la medicina; ni en ninguna clase de comercio legal, por estar cualquiera severamente prohibido a los miembros de la expedición científica. Ocasionalmente, su biógrafo Deleuze apunta hacia fuentes de ingresos que resultan excesivamente ridículos y pintorescos, y que en nada favorecen el retrato de su biografiado: las mujeres del Perú, muy agradables, tenían por principal distracción el juego, sin dar valor al dinero; Dombey juega con ellas desinteresadamente, por divertir las, pero como es menos frívolo y presta mayor atención a las bazas, es afortunado y gana; de este modo se convierte para él la distracción en recurso, «y es bastante singular que un placer con tanto frecuencia ruinoso y casi siempre opuesto al estudio, le haya sido útil, e incluso le haya permitido hacer adquisiciones de objetos de historia natural» (108). En efecto, es bien singular, en ello es en lo único que convengo con Deleuze, pero aun transportándonos al ambiente equívoco en estos aspectos, del XVIII, ni me satisface este procedimiento para adquirir objetos de historia natural, ni creo que de las arcas de las damas peruanas, cuya sociedad frecuentaba Dombey (éste, como señalaremos luego, restringía a un círculo especial, no claramente definido tampoco, como veremos sus relaciones), sea de donde hayan fluido a sus bolsillos el medio o el entero millón precisos. Por otro lado, si —siempre según la responsabilidad de Dombey— el juego era para estas da-

(108) Cito según Hamy, págs. LXIV-LXV.

mas su «principal ocupación», no podía serlo para Dombey, ni si «jouoit les jeux de commerce d'une manière noble et desinteresée», sus ganancias podrían ir muy lejos.

El enigma queda, pues, sin resolver, pero los rasgos y datos apuntados pueden contribuir a dibujar posturas y aclarar el valor de quejas y reclamaciones ulteriores.

Pero acabar de perfilar estos datos requiere completar el cuadro, sobre lo ya dicho, acerca de sus relaciones particulares en tanto duró su estancia ultramarina. De lo apuntado en lugares anteriores se desprende que Dombey se encuentra a sí mismo desplazado, en ciertos aspectos, en el medio civil colonial; respira divergencias políticas y religiosas que simplemente, para un extranjero, encargado de una misión oficial, y aparte de cualquier ideología, debieran inspirarle una sencilla actitud de apartamiento y reserva.

Dombey, por el contrario, por cima de una elemental discreción, formula en su correspondencia, y ello da alguna medida de lo que haría verbalmente, juicios apasionados y a menudo infundados y extemporáneos, acerca del estado de un país del que es huésped privilegiado, y lejos de abstenerse del comercio de una sociedad que le desplace, frecuenta determinados sectores de ella. Insistentemente se aparta de aquellos círculos frecuentados por sus compañeros: «evitaba sólo encontrarse en las mismas casas que sus compañeros de viaje». El Gobernador (sic) era desconfiado, el pueblo entregado a la indolencia y a la superstición, pero él hallaba «la sociedad de hombres de alma elevada y generosa, inflamados por todo lo que lleva el carácter de lo que es grande y para los que no importan nada los sacrificios» (109). En estos medios no había, sin duda, la antes lamentada «prevención desfavorable» contra Dombey, ni «todo francés pasaba por hereje». Si un sector eran, acaso, las damas agradables, sin instrucción y amigas del juego (si la pintura es poco amable, el pincel es de Deleuze), frente a las cuales Dombey se distinguía por «prestarse a sus diversiones» «con una galantería respetuosa», no es aventurado asignar a otro de ellos a personajes como el canónigo de

(109) *Ibidem*.

Lima, Bordenave, francés de origen, y el más visible de sus acreedores declarados, amigo de Jussieu y, al parecer, más de las nuevas ideas que «de la rutina heredada de los antiguos españoles» (110).

El contacto ocasional con Le Blond (naturalista viajero) sigue pintando algún otro sector de este círculo: «Le he conocido en Lima. Sus amigos estaban inquietos por su causa y le vimos partir con placer, por que temíamos las consecuencias enojosas que pudieran atraerles sus discursos» (111). Si por todo esto no vamos a reputar a Dombey como un conspirador *de facto*, ni tomar en serio su declaración potencial, hija a la vez de su ilusión y su pasión, no debemos omitir nota de ella, en la misma carta desahoga su irritación de este modo: «con quince años menos de edad, yo buscaría vengarme de M. Gálvez retornando al Perú o Chile para ocasionar esta revolución. Incluso no buscaría apoyo de nadie en Europa». Es evidente que cualquier Gobierno del mundo hubiera tachado a un extranjero de esta manera de ser, de iluso peligroso, por lo menos. Por otra parte, estas afirmaciones no son un desahogo imprudente de malhumor ocasional; en carta fechada en Lyon a 3 de enero de 1788, dirigida también a Thouin, se reiteran sus juicios sobre la supuesta debilidad de España y se afirma: «C'est la connoissance que j'avois de cette faiblesse et du soulèvement du Pérou, qui avoit obligé M. de Galvès a avoir l'oeil sur moi» (112).

¿Puede ahora extrañarnos el curso de algún incidente, que pudo haber sido grave, como el que se adivina entre unas líneas dombeyanas, que aunque no creo puedan, ni mucho menos, tomarse al pie de la letra, indican algún acontecimiento o situación anormal? He aquí las palabras en que Dombey alude al caso: «Trois d'entr'eux s'avancerent pour Saint-Jacques et je le suivois

(110) Como no queremos exagerar ninguna nota, advertiremos que, al deslizar esta frase, Bordenave se refiere a la que, según él, se seguía en el beneficio de los minerales de plata y de oro, en los que llega al absurdo de pensar que los primitivos de los indios aventajaban a los colonizadores. (Carta a A. L. de Jussieu, de Lima y 20 de abril de 1778. *Corresp.*, pág. 336). Para él no existía Alonso Barba.

(111) Carta a Thouin, desde Tullins, a 29 de junio de 1786. *Corresp.*, páginas 200-201.

(112) *Corresp.*, pág. 212.

a cinq journées de distance avec un professeur qui m'a toujours été attaché. Ils eurent la bassesse de dire au corregidor de Talca que j'étois un espion et que j'entretenois une correspondance criminelle avec les Anglois» (113). No creo ni en la veracidad de la imputación, ni en que nadie, y menos sus compañeros, la hicieran en tal forma; denuncia tan grave hubiera dado lugar, de seguro, a un procedimiento del que no hay siquiera indicios de haber sido seguido, pero el fondo de ello sí puede sugerir la existencia de algún estado de desconfianza acerca de las actividades de Dombey en otra dirección, que pudieran justificarse con algunas de esas sus relaciones en el país con las que se creía capaz poco después, si su edad fuera más corta y más decidido su deseo, de levantar un pueblo del que había sido huésped, simplemente con los auxilios locales.

Es posible que algunas de estas circunstancias se reflejaran en los motivos de la violenta entrevista que narra, a su regreso a Lima, con el visitador general Escovedo, que le «recibió mal, le trató con desprecio y altanería y le insultó delante de sus compañeros» (114).

Que por uno u otro camino sus relaciones en el país le sacaron de apuros económicos, parece patente; pero cómo pudo reintegrar a sus amigos lo prestado, resulta más difícil de comprender. Decíamos antes que no cabía pensar en ningún comercio, por estarles expresamente prohibido a los expedicionarios, y así lo confirma él en alguna carta: «Cuando M. Ortega salió de París pasó por Montpellier, donde M. M. Gouan y otras personas le dieron cartas para remitírmelas cuando yo llegara a Madrid. Estas cartas estaban llenas de buenos consejos, de prevenciones sanitarias; todos, recomendándome desempeñar mis obligaciones, me aconse-

(113) Carta a Thouin, desde Cádiz, de 1 de marzo de 1785. *Corresp.*, página 120. Se refiere, según ya anota Hamy, a Ruiz y los dibujantes; en tanto, Pavón era, como de costumbre, su acompañante. Es evidente que nunca hubo tal denuncia y que según el mismo Dombey confiesa, a él sólo le llegó la noticia por un conducto privado, pero sí pudo haber algún juicio o comentario desfavorable para Dombey, aunque no tan grave ni en el sentido que éste indica probablemente.

(114) Narra este incidente en la misma carta anterior, pero calla acerca de sus motivos y de la forma y términos de su desarrollo (*Corresp.*, pág. 122.)

jaban también pensar en el porvenir y acometer «un petit commerce». Como España no permite el comercio a los extranjeros, las cartas de Thouin, Mad. Dugage y las de Gouan «fueron abiertas y presentadas al Ministro, envenenadas por M. Ortega que me había tomado envidia no sé porqué; pronto fui un hombre sospechoso» (115). Por mi parte, acaso preferiría que hubiera sido un comercio, aun ilegítimo, el que hubiera proporcionado a Dombey los recursos necesarios para atender a los exorbitantes gastos que él mismo se atribuye y que quedan sin explicación racional posible; examinando lo que sigue y se verá, me parece, sin embargo, que la explicación más razonable estriba en que, a pesar de sus protestas de no deber nada, las deudas debían de seguir en pie.

V.—LA PARTICIÓN

Llegamos al punto donde culminan las reclamaciones y querellas de los apasionados escritores franceses: la división de las colecciones aportadas por Dombey al regresar a Cádiz en 1785. Los biógrafos aludidos suelen presentar estos hechos como una expoliación y un atropello; examinemos, como siempre, con toda imparcialidad, los antecedentes y los hechos. Se suelen pintar éstos como si Dombey, exento de toda obligación, hubiera sido despojado al llegar a la ciudad andaluza, contra todo derecho, de la mitad de sus adquisiciones. La colección de documentos publicados por Hamy prueba, por sí sola, cómo las cosas pasaron de muy distinto modo, y allí puede leerse ya el apartado 6.º de la *Instrucción* comunicada a los expedicionarios, donde se señala: «Lo que acaba de decirse no se opone en nada a la obligación en que se

(115) En la misma carta, pág. 116; sin aceptar, sin más, las acusaciones contra Ortega, al que Dombey achaca siempre sus contrariedades reales o imaginarias, ha de reconocerse la ligereza de los amigos de Dombey, por bien intencionados que fueran sus deseos. La *Instrucción* a los expedicionarios en su apartado o artículo 18 prohíbe a todos ellos (y no sólo a Dombey como extranjero) la intervención directa o indirecta en asuntos de comercio, advirtiendo que «si fuera menester se les hará venir a España en partida de registro y se les castigará severamente» (Apéndices de la *Relacion del Viaje* en la ed. de Barreiro, pág. 372).

ha convenido Mr. Dombey de presentar a su vuelta a Europa dos ejemplares de las Observaciones, y Herbarios, que hubiese echo para que los cotejen a su presencia, y la de sus Compañeros los Profesores de nuestro R.¹ Jardín Botánico y se deje uno de ellos en España...» (116).

Que la obligación era no sólo firme, sino reconocida por los ministros franceses, lo prueba una carta de D'Angiviller a Vergennes, redactada con mucha anterioridad al embarque de Dombey en el Perú, para que (como ministro de Asuntos Exteriores) interesara de Gálvez (ministro español de Indias) diera las órdenes oportunas para que Dombey fuera admitido con carácter preferente en el primer barco de registro que saliera del Callao «con los cajones que ha reunido en América tanto para S. M. Católica como para el Rey de Francia» (117); está bien claro aquí el doble destino a que desde el principio estaban encaminadas las colecciones dombeyanas.

Con posterioridad a esta carta debieron hacer gestiones Dombey o alguno de sus amigos para cancelar esta obligación, pues Floridablanca escribe a su colega el ministro francés del Exterior «en asunto a los caxones de Historia natural que ha de traer de América meridional el Médico Mr. Dombey», que habiendo pedido informe, por no ser asunto de su departamento, a los ministros de Hacienda e Indias «de él resulta, que cuando se concedió permiso a dicho Profesor para ir al Perú... se obligó expresamente á entregar á su vuelta para el Rey una colección igual á la que tragese para S. M. Chrma.» «Congetura el Ministro de Indias que V. E. no sabrá, o no habrá tenido presente la obligación de Mr. Dombey...» (118).

Acaso Dombey había ideado descargarse de esas obligaciones con los ejemplares que durante las campañas intercambiara con sus compañeros españoles, pero precisamente el citado apartado 6.º

(116) HAMY, *Op. cit.*, pág. 25. Es la misma que publicó el P. Barreiro en el *Apéndice* reiteradamente citado, sólo que allí figura en el apartado 5.º por haberse omitido en ella el primero. Hamy señala que, con anterioridad, parte de esta *Instrucción* había sido ya dada a conocer por González Hidalgo.

(117) Datada en Versailles a 28 de julio de 1783. *Corresp.*, pág. 342.

(118) A Vergennes, desde S. Ildefonso, a 13 de septiembre de 1784. *Corresp.*, pág. 344.

estatuía que tal obligación era independiente de aquellos intercambios (119), o bien se hizo la ilusión de que de llegar salvo el cargamento del navío *S. Pedro de Alcántara*, los españoles, satisfechos por la posesión de una colección doble de la suya (pues, como dice en otro lugar, cada uno de aquellos botánicos hacía la suya por separado, con lo que resultaba duplicada), iba a ser dispensado totalmente de sus compromisos.

Lógicamente, al intercambio deben referirse las declaraciones de Dombey de que él ha entregado ya ejemplares a los botánicos españoles; lo que omite es que, sin duda, ha debido a su vez recibirlos de ellos también, pues aun después de la separación escribe a Ruiz una carta muy amistosa, lamentando «mi separación de un compañero de los talentos, y circunstancias de Vmd.», y añade: «Vmd. puede disminuir mi pesadumbre dándome en París a menudo sus noticias, ... y yo agradeceré infinito si Vmd., se digna conservarme un Exemplantar de cada planta con su descripción.» A cambio ofrece mandarle libros botánicos nuevos (120). No parece puedan referirse a otra cosa sus pretendidas entregas, obrando el recibo de éstas, según él, en poder del encargado de Negocios francés Bourgoing, pues por ninguna parte aparece este documento ni otro semejante entre los publicados por Hamy, ni reclamación alguna basada en ellos en las comunicaciones y cartas publicadas.

Aun el propio A. L. de Jussieu, que en este negocio se ha movido con un apasionamiento impropio de un sabio, habla de que Dombey, en su peligrosa navegación, ha tenido la suerte de conservar toda su colección, en tanto la de sus compañeros españoles ha sido tragada por las aguas; no esgrime el argumento, ni lo apunta siquiera, de que con esas colecciones perdidas vinieran las entregas a que Dombey estaba comprometido para el monarca es-

(119) El apartado 4.º de la *Instrucción* habla de este intercambio de ejemplares y noticias, y precisamente por eso el 5.º insiste, como ya se ha visto, «en que ello no se opone en nada a la obligación de presentar a su vuelta a Europa dos ejemplares», etc.

Dombey que insinúa, sin hacer en ello mucho hincapié, en su carta a Thouin desde Cádiz, a 24 de abril de 1785, aquel pretendido descargo, no ha insistido en él, ni sus protectores y gestores parecen haberlo tomado en consideración.

(120) Carta datada en Cádiz a 13 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 279.

pañol, ni en ninguna pieza autorizada aparece indicación de ello; es la colección «de ses compagnons espagnols» la que «a été engloutie» (121), y esto se dice en fecha en que todos los puntos tocantes a la cuestión estaban, para los actuantes en este asunto, bien claros.

Parece, por el contrario, que Dombey se había mostrado desde el principio muy parco en cumplir estas obligaciones, según se desprende en otros lugares con motivo del envío de 1779 en el navío el *Buen Consejo*; el ministro de Indias se quejó al virrey del Perú de que el herbario enviado para España era mucho menos completo que el remitido a Francia, y que en lo sucesivo corrigiera Dombey estas diferencias. Este botánico no encontró argumento de descargo más adecuado que contestar al virrey —según él mismo cuenta— que si él había recibido una copia de los dibujos y otros materiales de los españoles. Comedida y cortésmente contestó el virrey, haciéndole ver que tal obligación no existía en ninguna parte, y en términos que, de ser ciertos, hubieran constituido en la forma una insolencia y en el fondo un olvido de lo convenido: «Et qu'est-ce que je dois à l'Espagne? lui répondis je, le Roi me donne-t-il des appointements? ce que j'ai donné jusqu'à présent est un effet de ma bonne volonté: vous pouvez répondre, monseigneur, que dorénavant je n'enverrai plus rien» (122). Aun descartando lo que haya de *boutade*, la paciencia del virrey don Agustín de Jáuregui, «qui d'ailleurs étoit un seigneur fort doux», debió ser puesta a prueba por el «carácter vivo» que a sí mismo se atribuye Dombey. Sin incriminarle por éste ni por otros defectos (si sus panegiristas quieren otra cosa estoy dispuesto a admitirlos por virtudes), pido únicamente se las tome en cuenta al juzgar el valor de los testimonios y alegatos dombeyanos.

Detrás de él, el coro de sus amigos y partidarios, apasionados por el rescate y recepción de sus objetos científicos, pero ajenos por lo visto a toda idea de las relaciones internacionales y de los derechos de soberanía ajenos, conmueven al Ministerio francés con

(121) Carta a Vergennes, de 11 de junio de 1785. *Corresp.*, pág. 361 y sigs.

(122) Carta a Thouin, desde Cádiz, a 1 de marzo de 1785. *Corresp.*, página 118.

toda clase de peticiones y exigencias, frecuentemente en tono peyoratorio y casi imperativo. En ciertos aspectos, y por cuanto al prestigio oficial y social de la ciencia se refiere, casi me felicito de que sabio tan ilustre y admirado por mí como A. L. de Jussieu parezca no pedir o rogar a los ministros y dignatarios de una Monarquía absoluta, sino darles órdenes, órdenes que, a la vez y a tenor de sus peticiones, deben proyectar su imperio más allá de los Pirineos (verdad es que en la lejana Lima el canónigo Bordenave espera su protección para ascender en su carrera), según la forma en que se produce (123).

En junio de 1784 se pide por Duchesne (Intendant de la maison de Madame) a Vergennes, en nombre de los miembros de la Academia de Ciencias, gestione toda clase de exenciones para las colecciones transportadas por Dombey; en julio siguiente, D'Angiviller se dirige a Vergennes sobre el mismo tema, para que los 50 ó 60 cajones que trae Dombey consigo «de los que parte son para S. M. Católica y parte dirigidos a mí para el Rey» (nótese cómo, aun después de la partida de Dombey del Perú se sigue insistiendo en que una parte de los cajones, cuyo número es aquí, por cierto, inferior al que traía Dombey consigo, y aleja toda suposición de que pudiera venir parte de la expedición dombeyana en el *S. Pedro de Alcántara*, destinada al rey de España) no sean abiertos en Cádiz, «sino sólo si es necesario en Madrid» (124). Vergennes se limita a contestar que Bourgoing queda encargado de hacer las gestiones oportunas.

Estas peticiones se estrellan contra la cortés actitud de Floridablanca; en la misma carta antes mencionada dice este ministro

(123) Para que se vea no exageramos, nos limitaremos a copiar dos frases de su carta de 11 de junio de 1785 a Vergennes: «Un mot pressant de votre part, adressé a M. l'Ambassadeur de France à Madrid, éclaireroit le Ministre dont M. Dombey a toujours eu à se louer, lorsqu'il a eu avec lui des relations directes. Il le décideroit à voir l'affaire par lui-même et très probablement tous les obstacles seroient bientôt levés.» «Oserai je vous prier, Monseigneur, de vous occuper promptement d'un objet qui ne permet pas de retards, et d'accorder aux sciences, et à ceux qui les cultivent une protection que leur est très nécessaire, dans un pays surtout ou elles ne jouissent pas d'un faveur aussi déclarée qu'en France.» *Corresp.*, pág. 363.

(124) *Corresp.*, pág. 343.

cómo, por la obligación de compartir, «es consecuente se abran en Cádiz, siendo verosímil venga en ellos la colección que ha de quedar en España»; para evitar riesgos no se detendrán en la Aduana, se llevarán a la Casa de Contratación «y abriéndolos allí se separará todo lo que trayga para S. M. en consecuencia de la obligación que hizo» (125). El encargado de Negocios Bourgoing comunica lo mismo «Gálvez n'a voulu prometre qu'une chose, c'est que «dans tous les cas, les caissons attendus seroient portés au Bureau de la Contractation, que cette visite se feroit avec tout le soin que nous pouvions desirer» (126). He aquí el asunto del cargamento que Dombey trae consigo convertido en cuestión de estado, más en ninguna parte aparece insinuación siquiera que tome en cuenta la pretensión de Dombey de estar exento de su compromiso por prestaciones anteriores, y de ser otra cosa cierta, lo que me parece del todo improbable, habría de reconocerse que sus abogados llevaron muy mal su pleito.

Lo único que con las gestiones a su favor se pretende obtener por ellos a toda costa, es una exención del reconocimiento aduanero de su cargamento, frente a cuya petición Floridablanca se limita a dar una diplomática excusa, en tanto Gálvez mantiene una firme actitud de soberanía: «Puisque cette formalité paroît inévitable...», reconoce Bourgoing.

En esta situación las cosas, Angiviller y Vergennes dan al asunto un curioso giro diplomático: en una forma equívoca dicen que

(125) *Corresp.*, pág. 344.

(126) Carta de Vergennes a Bourgoing, desde Versailles, a 18 de marzo de 1785. Hay una anterior de D'Angiviller a Vergennes, del 16 del mismo mes, bastante confusa, en la que por primera vez se pretende «que todo aquello que había sido destinado para S. M. C. por el señor Dombey había sido arrojado al mar en las circunstancias del peligro que el barco había corrido al doblar el Cabo de Hornos»; como se refiere al barco en que venía Dombey y no vemos que nadie, ni Dombey mismo, hable de tal cosa, no parece haber fundamento ninguno para tal referencia, en la que funda, sin embargo, la oferta como una decisión espontánea: «J'ai pensé que dans cette circonstance, quand même le ministère espagnol n'aurait pas annoncé ses intentions de partager dans ce qui étoit envoyé pour le roi de France, il convenoit d'en faire l'offre et la proposition.» Le pide transmita estas intenciones regias al ministerio español y él, por su parte, remite las oportunas instrucciones a Dombey. (Véase *Corresp.*, págs. 345-346.)

habiendo sido arrojada al mar la colección destinada al Rey de España y habiendo llegado a Cádiz la hecha por el señor Dombey, «S. M. me charge de dire à M. le comte de Floride Blanche qu'elle se fera un véritable plaisir de partager la sienne avec S. M. C.». La obligación queda así convertida en obsequio, el asunto zanjado sin mella para ambas soberanías, y cualquier aspereza que esta misma pulida interpretación pudiera llevar consigo, suavizada con la íntima y superior relación del real parentesco (127).

Parece que esta solución debería satisfacer a todos, y especialmente a los franceses, pues, sea cualquiera su fundamento legal y real, ella les quita totalmente la base para cualquier reclamación posterior. Desde su punto de vista, es decir, desde el de su Gobierno en aquella fecha, lo contencioso se ha convertido en gracioso, la obligación en regalo familiar.

¿Quién puede, desde el lado francés, objetar nada a esto en presente ni en futuro? Cualquier queja o reclamación han de dirigirla contra sus gobernantes. Queda un descontento, mejor dicho, un grupo de descontentos, Dombey y sus amigos, más o menos desinteresados o interesados.

Digamos, como es justo, sus quejas y el fundamento de ellas, aunque en derecho ahora, y quíerose o no, sólo pueden dirigirse contra el Estado francés y sus representantes, que le ordenan, como súbdito suyo y enviado de su rey, se dividan sus aportaciones entre los dos soberanos parientes.

Dombey ve las cosas de otra manera; no solamente el Estado español no tiene ningún derecho sobre su impedimenta, el francés no parece más afortunado; habla siempre de «mes caisons», no son del rey de Francia, ni de la corte francesa, ni aun por vía de fórmula, de derecho «c'est... ma collection», y no hay en esto la mera expresión de la adhesión del hombre a lo que es obra suya, sino la seguridad del que ostenta una posesión jurídica.

Si las particiones se hacen con consentimiento de la corte de Francia, «parece justo que la corte de España me indemnice de mis anticipos, porque no creo que nadie se imagine que mi

asignación haya bastado para sostenerme, y, con mayor razón, para mi colección» (128). «Es bien cierto que la corte de Francia debería prestar alguna atención a mi situación antes de conceder una colección de donde dependen los medios para pagar mis deudas» (129).

Sus gastos en Cádiz los califica de cuantiosos; la partición, la demora en su viaje le van a obligar a desembolsos considerables. Nuevamente insiste sobre sus débitos: «Je vais frustrer quelques créanciers de leur espoir» (130). Los 10.300 pesos que ha recibido en el Perú han sido invertidos en construir las cajas, en transportarlas desde las tierras del interior a Lima, en embarcarlas y en mil otros gastos (advírtase que su transporte por mar no costó nada, pues el comandante de *El Peruano*, don José de Córdoba, rehusó toda remuneración) (131). Sus dos criados le han costado, un año con otro, 7.000 libras.

Estas declaraciones riman mal con las antes hechas, cuando aseguraba no gravitaban sobre él sino las pequeñas deudas pendientes en París y las contraídas en su retorno y permanencia en Cádiz, no difíciles de liquidar; ¿quedaban por pagar otras, y ésta puede ser una explicación normal de aquella enorme diferencia, antes señalada, en el balance entre sus ingresos y sus gastos? De todos modos, el conjunto de sus alegatos acerca de este punto es tan confuso, que es muy difícil en cada momento opinar sobre su exactitud.

Para defender sus intereses, que no dudamos justos en cierta medida, acumula una serie de argumentos y cifras conducentes a un verdadero embrollo; tan pronto le vemos libre como endeudado.

Parece bien clara, a juzgar por diferentes pasajes, su intención de contentar a la corte de Francia, con una parte de su colección; el resto sería para él y sus amigos; contaría, sin duda, con él para

(128) Carta a Thouin, de Cádiz, de 15 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 137

(129) Al mismo, desde Cádiz, a 6 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 144. Es evidente que aquí se refiere a las grandes deudas, no a las pequeñas, que en otros lugares ha asegurado tener enjugadas.

(130) Al mismo, desde Cádiz, en 27 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 164.

(131) Carta a Vergennes, desde Río de Janeiro, a 14 de agosto de 1784.

saldar sus deudas, ahora transparentadas de nuevo entre sus líneas, y para asegurarse un bienestar futuro: «Yo no pretendo, sin embargo, decir que mi colección valga los gastos que he hecho, porque mi manutención y la de mis domésticos no añaden nada al valor de un marco de plata ni de una libra de platino; estas cosas no son materia de comercio. Pero el comerciante que viene de China debe recuperar los gastos de su viaje, de sus marineros, de sus navíos, etc.» Son estos metales y minerales preciosos su reiterada preocupación en muchas cartas: su coste, los peligros de las aduanas, los riesgos de la prohibición sobre el transporte del platino, la posibilidad de que se le exijan los altos derechos que pueden gravar tales productos, lo que le obsesiona: «Tengo una caja que contiene 160 libras de platino y 200 libras de mina de Huantafaya, cuyo marco me ha costado 40 libras. Se sabe que el platino contiene una onza de oro por cada libra; la prohibición lo hace vender so capa Hay un espacio inmenso de Choco, donde se le encuentra, a Lima. Los gastos de transporte y los peligros inherentes a los que los venden deben encarecer el metal» (132).

Es este platino, sobre todo, el que agita y preocupa a sus amigos cuando mueven a D'Angiviller: «La introducción del platino que Dombey transporta, necesita permiso; los naturalistas y los químicos cuentan con mucho interés con este metal para sus trabajos» (133). Aunque parte de su cargamento ha satisfecho los derechos oportunos «si sobre el platino, sobre las muestras de menas pobres que no han sido declaradas y mil otras bagatelas se exigen derechos, serán otros tantos inconvenientes. Será preciso hacer una tarifa para el platino, porque no creo que exista sobre un metal enteramente prohibido». Pronto ve Dombey desvanecerse éste y otros temores, los de que pudieran introducirse en los cajones que trae consigo objetos o escritos comprometedores, sin él saberlo (¿qué motivos justificaron este recelo que parece mera fantasía? ¿con qué fin se anticipan estos descargos? ¿es acaso para recargar las tintas oscuras de las dificultades, o ello corres-

(132) Carta cit. en la n. 130. *Corresp.*, pág. 165.

(133) Carta de D'Angiviller a Vergennes, de 6 de julio de 1784. *Corresp.*, pág. 167.

ponde a un estado de ánimo que realmente se alarma por todo y ve peligro en todas partes?).

Aún queda la cuestión principal: al despojarle de una parte de la colección se le arruina, de no indemnizarle debidamente por ello. Vuelve entonces los ojos a la posibilidad de una ayuda por la parte española; si no ha pedido nunca nada es porque esperaba sacar partido de su colección libre de cargas; las perspectivas con el inevitable reparto han cambiado ahora: «el rey de España es un buen príncipe y muy generoso; los grandes en general y la nación son magnánimos; esto no impedirá la partición, pero me hará sacar partido de la situación en que me encuentro, que es la única cosa a la que sería preciso agarrarse, si yo no fuera víctima de los manejos de Ortega» (134). Una recomendación del duque de Vauguyon (nuevo embajador de Francia en España) le sería muy útil. «En ese caso tendría motivo para creer no sólo que podría pagar mis deudas, sino incluso volver a París con algún honor. Esta última expresión es para conformarme con el lenguaje ordinario de los hombres que hacen consistir el honor en las riquezas» (135).

Las instrucciones sobre la partición llegan por fin: se dividirá todo el herbario y se copiarán las descripciones, se enviará a Madrid una descripción de los minerales, «a fin de no conservar sino aquellos que no se encuentren en el Gabinete de Historia Natural de Su Majestad Católica. Los que se conserven serán pagados» (136).

De Madrid se envió como delegado para asistir al reparto a un botánico distinguido, Cuéllar, digno ciertamente de ser tratado con más consideración de la que lo hace Hamy, «un certain Juan Cuéllar», aunque lo atenúe añadiendo «que se hizo conocer más tarde por un viaje botánico a Manila» (137). Ninguna queja formula Dombey contra el proceder de este emisario, ni es fácil diera motivo a ella según lo que sabemos del carácter y condición de este sabio, cuyo futuro no había de ser mucho más feliz que el de

(134) Ibidem.

(135) Ibidem.

(136) Carta a Thouin, de Cádiz, a 3 de junio de 1785. *Corresp.*, pág. 178

(137) HAMY. *Op. cit.*, Prol., pág. LXXXIII.

Dombey mismo. Este último, enfermo y contrariado, agudizadas las características de su temperamento, sigue acumulando las más diversas y contradictorias impresiones, entre las que sobresalen las quejas: «Mes embarras sont grands, et les peines m'accablent de tous côtés! Sans le désir que j'ai de vous complaire, de vous faire tenir ce malheureux restant, sans l'espoir incertain de payer mes dettes, j'aurois déjà secoué cet ouvrage, avec d'autant plus de raison que ce que l'on me donnera, si l'on me le donne, ne sera jamais l'intérêt, de ce que j'ai fait.» «La división del herbario será la más penosa, por que aparte de la división igual de las especies, es preciso que el facultativo tome copia de las descripciones. Muchas plantas no tienen sino su nombre genérico y específico. Si se me pide mi diario, he aquí un nuevo tropiezo; el Sr. Conde de Vergennes lo tiene en su poder, me alegro por mi parte de no tener que entregarlo yo mismo» (138). Continuando con la notificación de las gestiones del reparto, se añade: «Se me ha leído un artículo de las instrucciones de las que el comisionado es portador. Este artículo dice: «se preguntará a M. Dombey el precio de las piedras a fin de reembolsarle de su importe.» «Je fus embarrassé, mon cher ami, pour donner ma réponse. Je sçais ce que j'ai dépensé à Paris, à Madrid, au Pérou et au Chili. Je puis dire aussi combien me coûte mon séjour à Cadix, voilà ce que me coûtent les choses que je delivre» (139). Está claro que Dombey quiere totalizar sus gastos y recibir el importe en que los cifra como valor de su colección; la corte de Francia, añade, nada le ha dicho de cuentas, «quisiera ser autorizado a dar en dos líneas mis gastos generales». Pretende recibir o todo o nada. Thouin le da consejos más razonables: «Haced un estado lo más circunstanciado que po-

(138) Carta a Thouin, desde Cádiz, a 8 de junio de 1785. *Corresp.*, páginas 182-183.

En cuanto a la remisión de su diario, cuenta anteriormente haber creído, de acuerdo con el vicecónsul de Francia, que «debía poner mis papeles en seguridad». En consecuencia, los remitió a M. de Castebelle, capitán de la fragata «La Bellone», procedente de Pondicheri y arribada a Cádiz para reparaciones, para que éste los entregara en París a Vergennes. (Carta a Thouin, de Cádiz y 24 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 158.)

(139) Carta a Thouin, de Cádiz y 21 de junio de 1785. *Corresp.*, páginas 185-186.

dáis [de los gastos de viaje], después haced un inventario de todos los objetos que componen vuestra colección y ponedles precio a cada uno en razón: 1.º, de su mérito propio; 2.º, de su rareza; 3.º, del trabajo que os han costado, y 4.º, de su utilidad...» (140).

Una consulta hecha por el viajero botánico al embajador francés ha merecido esta respuesta: «En cuanto a la proposición que os han hecho relativa a los gastos de vuestras búsquedas, creo, Señor, que debéis transmitirla al Sr. Conde de Vergennes y responder de conformidad con las órdenes que recibáis» (141). Esta respuesta no le satisface. «M. l'Ambassadeur à qui je donnai part de ma réponse me renvoye à M. le C.^{te} de Vergennes. Je m'excuse d'écrire à ce Seigneur pour un objet qui me concerne uniquement» (142). Para recibir poco decidirá no tomar nada. En tanto ha consultado a D'Angiviller (143), no a Vergennes, pero sea con motivo de esta consulta o con el de alguna otra hecha por el embajador, la respuesta de Vergennes a La Vauguyon es terminante: «Este botánico [Dombey] acaba de comunicar, Señor, que se ha ofrecido pagarle la parte de la colección que se retire por cuenta del Rey de España. Os ruego hagáis observar al Sr. de Florida-Blanca o al Sr. Gálvez que los objetos reunidos por el señor Dombey no le pertenecen a él, sino a Su Majestad; que, por consiguiente, no ha lugar a valorar lo que sea separado para S. M. C. El Rey se considera muy dichoso con poder hacer, en esta ocasión, algo que sea agradable al Rey su tío» (144).

La cuestión de propiedad e indemnización quedaba con ello zanjada con la orden y la declaración del ministro francés acerca de a quién correspondía la propiedad de la colección; ¿por qué los aludidos escritores franceses no dirigen sus reclamaciones contra el proceder de este ministro, si tienen dudas acerca de la justicia de su decisión?

(140) A Dombey, desde París, a 15 de julio de 1785.

(141) Carta del duque de La Vauguyon a Dombey, desde Aranjuez, a 28 de junio de 1785. *Corresp.*, pág. 189 nota.

(142) Carta a Thouin, de Cádiz y 4 de julio de 1785. *Corresp.*, pág. 190.

(143) Antes de escribir la carta citada en la nota anterior, puesto que la consulta va con la fecha de 21 de junio de 1785.

(144) De Vergennes a La Vauguyon, a 1 de julio de 1785. *Corresp.*, página 351.

Vuelto a Francia Dombey, fué recompensado con una indemnización de 60.000 libras y con la prórroga de su pensión de 6.000 hasta la completa publicación del catálogo de los objetos reunidos por él. ¿Satisfizo esta concesión las aspiraciones del botánico galo? Si tomamos a la letra su carta de 2 de noviembre de 1785 y sus expresiones de gratitud a Vergennes, esta satisfacción parece completa; si aceptamos sus repetidas declaraciones anteriores, resultaría que se le había pagado con 60.000 libras lo que por lo menos valía, o había costado, 600.000. ¿Se le abonó, al menos, aquella suma del todo? No hemos podido averiguar, sino que tres meses después de la concesión seguía instando parte de lo concedido para pagar a sus acreedores.

En cualquier caso, compromiso legal adquirido antes de su partida, sobre cuyo valor expreso no cabe duda, o cesión a otro monarca sobre propiedades del de Francia, es lo cierto que en la partición no hubo despojo, y que si Dombey no fué indemnizado debidamente y en consonancia con sus méritos y desembolsos, lo que no podemos decidir, la culpa habría sido de los ministros de su país y de sus informantes y consejeros.

VI.—EL LITIGIO SOBRE LA PUBLICACIÓN DE LOS DESCUBRIMIENTOS HECHOS

Pasemos al segundo tema, motivo de querellas y dicitos: la prohibición de que nada se publicara antes del regreso a Europa de los botánicos españoles.

Fué, sin duda, este acuerdo, o mejor la ratificación del que se desprende, según el propio Hamy, del convenio general, «Aux yeux des diplomates, la promesse demandée à Dombey se justifie d'ailleurs, comme étant une conséquence indirecte de l'Instruction déjà citée de 1777», promovido a instancias de Ruiz, fuera o no Ortega el que velara por su cumplimiento (145), con un fin que pa-

(145) Pueden verse los recelos de Ruiz, y sus peticiones en demanda de que otro no se anticipe a la publicación de su obra, en su carta al ministro Gálvez, datada en Lima a 10 de abril de 1784. Verosíblemente ella debió intervenir como principal determinante de las prevenciones adoptadas, si ellas no estaban ya acordadas con anterioridad. (Vid. la *Relación del Viaje*, de Ruiz, ed. Barreiro, *Apéndices*, pág. 430.)

rece en principio de indudable legitimidad, sin presumir de seguro la tempestad de protestas, no muy razonables al parecer, pero terribles, que iban a levantar los sabios franceses, para obtener como único resultado un compromiso que nadie pensó en cumplir (dejando a salvo la buena fe del ministro Vergennes y del embajador, duque de la Vauguyon).

En la práctica, los hechos mostraron que no hubiera sido necesario pedir su cumplimiento, lo que sólo sirvió, y aún sirve, para disgustos, ya que la realidad demostró después que no había nada que temer, pues aunque cierto número de los hallazgos hechos por la expedición fueron episódicamente dados a conocer, nadie pudo anticiparse a la publicación de una obra como la realizada por Ruiz y Pavón, aun habiendo quedado ésta incompleta, y no ciertamente porque los demás difirieran la suya por respeto a lo pactado, sino por causas que dejamos al lector enjuiciar tras de exponer los hechos para el conocimiento del que pudiera ignorarlos.

En este caso, como en otros, hay un sucesivo cambio de actitudes que ha de examinarse con cuidado y ha de juzgarse sin apasionamiento.

Si la prohibición de publicar por separado antes del regreso a Europa de los demás expedicionarios hubiera pretendido ser absoluta y eficaz, como ya se habían hecho con anterioridad envíos de semillas, de plantas secas y de diferentes noticias sobre ellas a París, sus efectos hubieran resultado incompletos; por otro lado, como nunca se pensó en retener las colecciones transportadas por Dombey mismo, ni los manuscritos que este había remitido clandestinamente por medio del comandante de *La Bellone*, no quedaba otra garantía que la fidelidad a la palabra empeñada, y para ésta siempre podría encontrarse, como se encontró, alguna casuística de excepción.

Si es cierto lo que Dombey asegura de que el presidente de la Casa de Contratación le exigió aquel compromiso de «*ne point publier son ouvrage jusqu'à ce que M. M. les professeurs espagnols qui son restés au Pérou, fussent arrivés, pour le publier conjointement*», advirtiéndolo cómo hasta que hubiese «*donnée cette*

promesse solennelle il ne m'étoit pas libre de sortir de Cadiz» (146), ello fué un nuevo error simplemente, pues estamos seguros no pensaría retener con él sus colecciones, y una vez remitidas éstas y los manuscritos era inútil diferir su partida. Prueba de que, si algo de esto se dijo alguna vez, no se tenía propósito de mantenerlo, está bien clara en el hecho de que al confesar Dombey haberse desprendido de sus manuscritos y no poder, por tanto, dar copia de ellos, nadie pensó tomar contra él providencia alguna.

Hemos, pues, de lamentar solamente en esta gestión ineficaz los sobresaltos o disgustos que pudiera producir a Dombey para alejar un peligro que luego resultó inexistente. No hubo, pues, «une espèce de prison» (147), puesto que Dombey no estuvo detenido en España por ésta causa, sino simplemente demoró en ella por la asistencia a la partición, para la que había sido designado como delegado por sus superiores.

La inanidad de la prohibición era aún más completa con la autorización, hecha para complacer a Vergennes, de que el expedicionario quedaría facultado para dar cuenta de su viaje al rey de Francia y a la Academia de Ciencias de París; pensamos que, aun desde un punto de vista legal, esos hechos podían llegar fácilmente a constituir una publicación.

Es de advertir que al principio Dombey no albergaba propósito de publicar por su cuenta, ni por la de cualquier institución francesa, obra alguna, como puede verse categóricamente expresado en su carta a A. L. de Jussieu, desde Lima, a 20 de abril de 1779: «Je crois que l'ouvrage, qui résultera de notre voyage et que le Roy d'Espagne donnera au public (puisqu'il va être le possesseur des desseins), je crois, dis-je, que cet ouvrage ne sera jamais bien exact, si auparavant nous ne confrontons les plantes cuillies au Pérou, avec celles renfermées dans les herbiers des sçavants de l'Europe» (148). Este párrafo es de la mayor importancia: por una parte, establece la propiedad jurídica de la obra, aunque sea desde un punto de vista editorial; por otro, señala el

(146) Carta a Thouin, de Cádiz y 24 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 157.

(147) Con su habitual exageración se expresa así Dombey en carta a Vergennes escrita al día siguiente de la que habemos citado en la nota anterior. *Corresp.*, pág. 287.

(148) *Corresp.*, pág. 254.

aspecto práctico de la cuestión (no se podrá publicar sin los dibujos); en tercer lugar, apunta que la obra no quedará acabada y perfeccionada sólo con la labor de los expedicionarios, sino que requerirá trabajos ulteriores. En ella y en la primera parte de la labor: exploración, recolección, primeros apuntes y estudios *in situ*, Dombey y sus compañeros tienen asignado su papel; el segundo período es evidente que podría requerir intervenciones y colaboraciones aún no determinadas por entonces.

Sólo más tarde vemos cambiar a Dombey de idea y pensar en una publicación por cuenta propia. Así, cuando escribe al mismo Jussieu solicitando se equiparen sus emolumentos a los de sus compañeros, mejor pagados por el Gobierno español de lo que él lo está por el suyo, asegura que con la diferencia entre este aumento pedido y lo hasta la fecha devengado, tendría bastante para enjugar sus deudas, «y con el resto ayudarme para pasar cierto tiempo en París para publicar mi obra» (149); algún tiempo después insiste en la misma intención: «Una residencia demasiado larga en el Perú hizo perder al público las observaciones de M. Joseph de Jussieu, y debilitó considerablemente su espíritu. Ello me obliga, Señor, a pensar en mi retorno para publicar mi Flora...» (150). Podemos pensar, acaso, que sin esta preocupación y la de su estado de salud, hubiera optado por gestionar, más tarde, la continuación con sus compañeros. «Tengo el propósito —escribe a Thouin— de agregarme en París una persona sabia en botánica, a la cual daría mil escudos por ayudarme a poner en limpio mis descripciones, corregir mis errores y publicar la *Flora Peruviana et Chilensis*» (151).

Cuando esperaba recibir una suma, como indemnización o premio, otorgada por el rey de España por la colección entregada para él (lo que, como sabemos, le prohibió después Vergennes aceptar), piensa con parte de ella «entrar en Francia sin deber nada a nadie» y «con tranquilidad publicar mi obra y algunas memorias interesantes sobre diversos objetos de la historia natural.

(149) Carta desde Lima, a 2 de noviembre de 1781. *Corresp.*, pág. 260.

(150) Al conde de Angeviller desde Concepción, a 24 de octubre de 1782. *Corresp.*, pág. 265.

(151) Desde Concepción, a 24 de diciembre de 1782. *Corresp.*, pág. 96.

Con vuestros consejos publicaré igualmente mi *Flora Peruana et Chilensis*, que puede ser interesante, tanto más que puedo hacer dibujar sobre lo seco [esto es, copiando de plantas secas], dirigiendo y ayudando a los dibujos» (152).

Tales propósitos parecen haberse desvanecido de un soplo a su retorno a París; vuelto allí el 13 de octubre de 1785 sufre, según sus biógrafos, una grave recaída en sus enfermedades. A primeros del año siguiente Jussieu le ofrece una vacante en la Academia, pero, según Michal, no acepta, y en un acceso de melancolía desaparece de la capital. Según Hamy, «corre primero a Gex, después a Lyon, luego a Tullins, no se encuentra bien en ninguna parte; sus visiones dolorosas le persiguen y le atormentan» (153). En tan breve espacio, desde su recepción triunfal en París y la oferta del sillón vacante por fallecimiento de Guettard, en 6 de enero de 1786, no han llegado a transcurrir tres meses, y en el interregno, a pesar de todas las satisfacciones de los suyos, «L' infortuné souffre à la fois du corps et de l'esprit. En même temps que la dysentérie l'accable, la maladie noire... prend d'inquiétants développements». De hierro debía de ser la constitución de Dombey para sufrir a la vez todos estos asaltos, físicos y morales, y tener fuerzas suficientes para correr de París a Gex, de Gex a Lyon, de Lyon a Tullins... Sus biógrafos cargan aquel acceso de melancolía, ¡cómo no!, a la cuenta de Ortega (menos mal que no le inculpan también por la disentería y el vómito negro), bien ajeno seguramente a esta triste peregrinación de Dombey, pero sin invocar siquiera indicio para tal inculpación.

¿No sería más natural pensar que tales actos, tan ostensiblemente exagerados por sus narradores, u obedecen al comportamiento de un cerebro perturbado, o bien, de tener algún motivo, han debido hallarlo en aquel lugar que con tan airada precipitación se abandona? Porque es lo notable que el incidente que parece indicarse como determinante es muy posterior, aparte de ser de importancia en sí mismo escasa. En el *Journal Général de France*, del 14 de enero de 1786, apareció una comunicación sobre el viaje

(152) Carta a Thouin, de Cádiz y 8 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 149 (entre corchetes, añadido).

(153) HAMY, *Op. cit.*, pág. LXXXVIII.

de Dombey. Meses después, conocida esta publicación en Madrid, fué vista con el natural desagrado, expuesto en un comentario de su *Gaceta*, de 11 de julio del mismo año, lamentando que el periodista francés no dijera que el viaje había sido hecho con permiso del rey de España y advirtiéndole que, a pesar de sus compromisos y promesas, se comenzaban a publicar en Francia los descubrimientos hechos, como se veía en el artículo citado, sin decir una palabra de la expedición dispuesta por S. M. y enviada a sus expensas, ni de los trabajos de los botánicos españoles. Aunque Dombey se haya retirado a su provincia, continuaba el articulista, por motivos de salud, se anuncia en el mismo periódico y en otros papeles que L'Heritier está encargado de redactar los descubrimientos de este botánico y sacar los dibujos necesarios de las plantas secas. El comentarista veía en ello no sólo una violación de los convenios y una usurpación de la gloria de los botánicos españoles, sino una falta de respeto al público, que adquiriría de este modo una obra incompleta en sus descripciones e imperfecta en sus dibujos.

Es de notar que en ninguna parte aparece que el Ministerio español hiciera oficialmente reclamación alguna sobre estos hechos. El embajador francés duque de La Vauguyon se limita, por cuenta propia, a comunicar a su ministro Vergennes que le envía adjuntas las últimas páginas de la *Gaceta de Madrid*, en la cual hay un artículo referido a Dombey «qui pourra vous causer quelque surprise, et que j'y lû avec peine». Nada ha podido reclamar sobre este asunto, por recordar él mismo «l'engagement formel» de M. Dombey (154).

El disgusto de Vergennes es mayor, y se dirige en seguida a Calonne con el mismo ejemplar de la *Gaceta*: «Je vous prie de vouloir bien me dire en vertu de quelle autorité ce Botaniste [Dombey] s'est permis de publier une relation de son voyage dans l'Amérique Espagnole et un détail de la collection des plants qu'il en a rapportées, tandis qu'il avoit pris l'engagement formel et par écrit de ne rien publier de ses opérations, jusqu'au retour en Espagne des Botanistes Espagnols...» (155). Calonne contestó con

(154) Carta desde Madrid, a 20 de julio de 1786. *Corresp.*, pág. 353.

(155) *Corresp.*, pág. 353.

los descargos de Dombey que eran, sin duda, efectivos, pero personales, y Vergennes los transmitió al embajador para que los hiciese presentes al Gobierno español con todas las seguridades para lo futuro. Luego volveremos sobre este punto, pero ahora examinemos los efectos que, según sus biógrafos, estos hechos tuvieron sobre Dombey.

En primer lugar, vemos que es absurdo y ridículo atribuir el éxodo de Dombey a un incidente ocurrido medio año después, y habrá que buscar las causas de aquél en otra dirección (156). Pasemos en segundo lugar las consecuencias del incidente: vivía Dombey en Tullins cuidado por Michal: «Il estoit d'une tristesse... d'une mélancholie que rien ne pouvoit dissiper. Chaque jour il se mettoit en fureur contre Don Galvez et Ortega, qu'il regardoit comme ses ennemis et la cause de tous ses malheurs». Si esto no son fantasías literarias, como es muy posible, muy turbada debía estar la razón de Dombey, pues nada había pasado desde su regreso a Francia que justificara estos extremos. Después del incidente: «Ce fut bien pis encore...», al recibir una carta de Calonne

(156) En una carta a Mutis del ya citado naturalista Le Blond se dice sin más comentario: «Mr. Dombey, despues de remitidas las cosas que ha trahido, se ha retirado en su provincia cansado, y á lo que parece casi olvidado del mundo savio, pues no ha querido leer aun un memorial siquiera para entrar en la Academia de las Ciencias; le han continuado la pension que tenia; Mr. Lheritier, que es el autor de la obra de plantas exóticas, está encargado de su herbario; no se que partido tomaran sobre unas quejas que se han levantado en España, por las que dicen Mr. Dombey se ha obligado á no publicar su viaje y obra botánica hasta el regreso de sus compañeros que todavia estan en el Peru.» (Vid. A. F. GREDILLA, *Biografía de Celestino Mutis*, Junta p.^a Ampl. de Est. e Invest. Cient., Madrid 1911, pág. 120.)

Es del medio científico parisiense de quien se aleja Dombey, verosimilmente disgustado por algo que ni la elección para un puesto de la Academia puede paliar. ¿No será porque otros han dispuesto de la publicación de sus hallazgos y de su herbario sin contar con él? Aquel propósito que parecía firme, ¿cómo ha desaparecido de súbito? Es cierto que más adelante Dombey parece conforme con que L'Heritier publique su obra, pero al llegar a Paris debió encontrarse con una situación que pugnaba con sus p.ósitos. En el mejor de los casos, si todo no era un simple efecto de la poderosa influencia de L'Heritier, alguien debía juzgar allí que el papel de botánico explorador era uno y el de publicista otro; hemos de congratularnos de que en Madrid presidiera un criterio más amplio.

sobre el artículo de la *Gaceta* «qui avait soulevé un orage parmi les diplomates» (157).

En todo caso, la posible intervención de Ortega como comentarista en la *Gaceta* y la justa repercusión de sus observaciones en el embajador de Francia y en su ministro, son muy posteriores a la huida de París y a las cotidianas maldiciones contra él y Gálvez; por otro lado, al producirse la natural inculpación ha bastado una sencilla aclaración dombeyana para que nadie le impute nada.

¿No sería más lógico dirigir las quejas contra algunos de sus amigos, a cuyo celo indiscreto, y acaso interesado, podría achacarse (de no ser a él mismo) la comunicación aparecida en el *Journal* y el más indiscreto anuncio de la inmediata continuación de la publicación de sus trabajos, encomendada formalmente a L'Heritier, no sabemos hasta qué punto con la anuencia de Dombey? Dombey pensaba, en efecto, como hemos mostrado y repetido, buscar ayuda para su trabajo, pero no cederlo a otro. Como quiera que sea, hemos de buscar, y la cronología de los hechos así necesariamente lo exige, el motivo del malhumor, del éxodo, del susto si se quiere, de Dombey, en esta conducta de sus amigos, o de sus admiradores, o de los gestores de estos asuntos científicos en París, a los que, sin duda, les interesaba más que no se perdiera su gloria que conservarle la salud y la tranquilidad, en el más piadoso de los casos. Salud y tranquilidad, como hemos visto, al menos en el terreno moral, perturbadas por causas nimias, que delatan, sin duda determinado o agravado por enfermedades ajenas al asunto mismo, de ser como se nos pintan, un verdadero estado de manía persecutoria, puesto que una persecución efectiva, a pesar de la ligereza (y el egoísmo) de algunos de los que se movían en torno suyo, amigos y admiradores quizá poco discretos, no se vió por ninguna parte.

L'Heritier, en tanto, fuertemente respaldado, como ya veremos, hacía poco caso de los compromisos y de los hipotéticos perjuicios que su intervención pudiera acarrear a Dombey, y seguía

(157) MICHAL, cit. por Hamy, pág. LXXXVIII. Ignoro la patria de Michal, pero parece una exageración muy marsellesa calificar este incidente de tormenta diplomática.

con toda decisión los trabajos para la publicación de una obra que parecía ser mucho más suya que del comisionado al Perú (158).

VII.—LAS RELACIONES DE DOMBEY CON SUS COMPAÑEROS DE VIAJE
Y CON GÓMEZ ORTEGA

Hemos dicho al juzgar del estado mental de Dombey «según se nos pinta», porque, a pesar de haber ido señalando en estas líneas los rasgos que dibujan su carácter desigual, según él mismo demasiado vivo, apasionado, versátil e inconsecuente en su humor y en sus juicios, creemos que sus contemporáneos aún recargan las tintas, con esa tendencia tan marcada en la época, que legítimamente podemos llamar prerromántica, a hacer frases literarias.

Las expresiones de Dombey mismo, que no suele, como vimos, frenar mucho la pluma, son frecuentemente más sensatas; a su protector y amigo Thouin, al que tantas agrias confidencias ha hecho, se limita a escribir que el día de su partida de París, L'Heritier le pidió una copia de su compromiso con España, pero él no quiso remitírsela por evitarse posibles complicaciones: «Creo que es prudente ceder a las circunstancias y vivir tranquilos.» Esto se escribe en el mes de septiembre de 1786, después de la culminación del incidente reseñado, y único ocurrido, y no revela una gran excitación de ánimo, a menos que no se atreva a expresarse ante su amigo con la misma confianza usada en misivas anteriores (159).

Sus cartas a Ruiz y a Pavón o las referencias que a ellos hace son igualmente tranquilas y amistosas. Hemos aludido en ocasiones a diferencias con el primero o con los dibujantes, que pa-

(158) Aparte de todas las entregas hechas, Dombey parece haberse reservado un herbario particular, y L'Heritier gestionado comprarlo. En carta dada en Lyon a 8 de mayo de 1786, el primero dice a Thouin: «Veréis más pronto o más tarde a Duchesne, entre cuyas manos he dejado mi herbario; debe consultarme para saber si ha de darlo a M. Lemonnier. Os pido le digáis que se lo he prometido a Lemonnier y no puedo retractarme honrosamente.» «M. L'Heritier, que había prometido comprármelo, podría entrar en comunicación con M. Lemonnier, que creo no se la rehusará.» *Corresp.*, páginas 199-200.

(159) Carta de Lyon y 12 de septiembre de 1786. *Corr*

recen en algún caso haber tenido motivos de fondo y haber culminado en una forma no clara en el incidente de Santiago. Sin embargo, por cima de todas éstas y otras diferencia ha debido persistir cierto espíritu de camaradería. Es la necesidad de convivir la que produce rozamientos y querellas aun entre los propios hermanos, dice el propio Dombey en alguna carta; por ello, sin duda, él y Ruiz han procurado mutuamente permanecer, en muchas ocasiones, separados, trabajando cada uno por su parte; Pavón, compañero de dos temperamentos tan difíciles como Ruiz y Dombey, no ha recibido nunca ningún reproche de ellos, ni de nadie, debía ser de una paciencia y una capacidad de comprensión extremadas.

Pero aun entre los dos temperamentos menos fáciles de armonizar, creemos había llegado a trabarse una cierta relación amistosa que ha sobrevivido a la separación y se exterioriza en la correspondencia mantenida, aunque ésta sea poco numerosa, y en frases deslizadas aquí y allá en circunstancias que nada les obligaba a escribirlas, de no corresponder a un sentimiento sincero. Ruiz y Pavón cuentan entre las circunstancias dolorosas por las que han pasado en su viaje (en el prólogo del *Prodromus*) «la separación de nuestro compañero», refiriéndose a Dombey. Dombey, aunque con la versatilidad inherente a su estado de ánimo, hace manifestaciones elogiosas respecto a los suyos, a las que nadie le obligaba, de no ser sentidas.

No sólo admite al conocerlos que se trata de cuatro jóvenes de talento (160), sino que mucho más adelante se expresa respecto a Ruiz en estos términos: «El señor profesor D.^o Hypólito Ruiz, mi compañero de viaje, ha respondido perfectamente a las previsiones de la corte, y ha aprovechado muy bien las lecciones de su maestro M. Ortega. Dudo que cualquier otro hubiese desempeñado tan dignamente tan importante misión» (161).

En las cartas cruzadas entre él y Ruiz se dan, con muestras de afecto que no tenemos motivo para reputar insinceras, mutuas explicaciones que coinciden en lo mismo: «Suplico y eso de veras

(160) Carta de A. L. de Jussieu, de Madrid y 25 de abril de 1777. *Corresp.*, pág. 225.

(161) Carta a Thouin, de Concepción y 24 de diciembre de 1782.

—escribe Dombey a Ruiz— que Vmd. y mis Compañeros me perdonen mis faltas, mi genio vivo, pero que no es ni malo ni rencoroso, nunca tuvo la menor voluntad de enfadar a Vmd. siempre yo me acordare de Vmd. con el a mistad que devo» (162), a la que contesta Ruiz con no menos extremos «Así mismo créame que no tengo motivo para perdonarle ninguna ofensa, pues nunca la he recibido de mi querido amigo Mr. Dombey, a quien no he sabido estimar como sus amables prendas merecen; pero no es culpa de mi fino afecto, sino de mi corto talento, y pues el de mi amigo Dombey es tan claro, le suplico me envíe a menudo continuados rasgos de sus luces para poder caminar sin tropiezo y minorar la pena que me ha causado su ausencia» (163).

La carta mencionada de Dombey es la misma en que solicita le envíe Ruiz noticias de sus nuevos trabajos y descubrimientos, y en particular de plantas y de descripciones, ofreciéndole por su parte el envío de libros nuevos de botánica que vayan apareciendo. Ruiz, en la suya, responde a la propuesta en estos términos: «Estimo como debo la oferta que me hace de la colección de los nuevos libros botánicos; y advierto a Vmd. que no necesita mi cariño nada de esto para saber destinarle un exemplar de cada Planta, con sus descripción, así que llegue a Madrid y se abran los caxones.» Las circunstancias posteriores impidieron que este intercambio se realizara. Dombey releva a Ruiz de su oferta en una carta posterior, que acusa recibo de otras suyas, así como de Pavón y del dibujante Gálvez: «Doi a Vmd. muchas gracias para el género nuevo *Dombeya* que quiso su amistad dedicarme», y añade: «Amigo, no toma [tome] Vmd. ninguna pena en mandarme plantas ni descripciones, yo he decado el todo [lo he dejado todo] entregando la media parte de mi collección al Rey de España y la otra media al Rey de Francia, todos los demás papeles yo los quemé y regalé mis curiosidades sin conservar nada; de este modo, desnudo como quando veni en el mundo, no tengo miedo de perder nada sino l'amistad de Vmd. y de mis compañe-

(162) Carta a Ruiz, de Cádiz y 13 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 281.

(163) Carta de Ruiz, fechada en Huánuco a 12 de noviembre del mismo año, publicada por González Hidalgo, y reproducida en *Corresp.*, pág. 282.

ros que Dios que [guarde] dilatados años» (164). Antes, y en la misma, dice espera ver premiado a Ruiz como se merece. «Sabe Vmd. que ninguna Corte premia como la de España.» Para el conocedor de anteriores manifestaciones de Dombey, ésta pudiera sonar a ironía; creemos, sin embargo, que en ella asoma, simplemente el resquemor contra la de su país por el que se creyó siempre por ella postergado con asignaciones inferiores a las de sus compañeros, y al regreso a su patria no halló todas las satisfacciones que se prometía.

Todas estas manifestaciones son normales y no corresponden a aquellos violentos accesos que se le atribuyen; una sólo es visiblemente desproporcionada: la quema de sus manuscritos. Se supone debida la realización de este acto desesperado al incidente antes reseñado de la aparición del comentario transcrito en la *Gaceta de Madrid* y la amonestación de Vergennes, pero ello no lo explica dentro de una conducta normal, pues Dombey quedó fácilmente descargado de toda inculpación sin que, como habemos apuntado antes, tal amonestación significara persecución alguna, ni nadie volviera a molestarle con este motivo.

Advirtamos, por otro lado, que los papeles destruidos poco tenían que ver con el asunto ventilado, la publicación de lo que se consideró siempre en España objeto principal de la Expedición, a saber: sus trabajos botánicos, pues todas las demás actividades desenvueltas en torno a ella eran consideradas accesorias y, desde luego, en nada preocupaban a Gómez Ortega, convertido por la fantasía de Dombey en temible promotor, al otro lado de los Pirineos, de persecuciones que no aparecen por ninguna parte. He aquí la patética descripción hecha por Hamy de lo quemado: «la descripción geográfica prometida al Rey; quemados los estudios médicos sobre el *bicho*, la *uta*, la peste en Chile, la *coca*; quemadas las notas de arqueología india; quemadas las observaciones barométricas destinadas a Lalande [¿cómo no le habían sido ya entregadas en París?], las memorias sobre las canteras, las minas, etc., etc. No ha quedado de todo este trabajo de nueve largos años sino los diarios de botánica de los que se había separado

(164) Carta a Ruiz, de Lyon y 9 de octubre de 1786. *Corres.*, pág. 304.

en Cádiz y que ellos solos, con sus cartas, atestiguan su inmensa labor!!» (165).

En este raptó de malhumor, de melancolía, de desesperación o de lo que fuere, incomprensiblemente tardío (las cartas de Vergennes y de Calonne son del mes de agosto, y en la de 22 de este mes del segundo de los personajes citados, y en la de 15 de septiembre del primero, Dombey aparece descargado de toda responsabilidad, ¿qué circunstancia o qué estado de ánimo justificado pudo, entonces, determinar este auto de fe, celebrado en octubre?), como se ve nada ha sido destruído de lo que se supone pudiera preocupar o interesar a Gómez Ortega; estos papeles, los únicos a que se concedía importancia científica, se hallaban en París.

Pero que la mente de Dombey continuaba almacenando fantasmas se ve en otros lugares: cuando dos meses después recibe un envío de sus antiguos compañeros con muestras del nuevo género que le habían dedicado con sus dibujos y alguna otra novedad de interés (las referentes a la goma elástica del Perú) se expresa así en carta a Thouin: «Os pido no decir a nadie, sobre todo al abate Cavanilles, la complacencia de mis compañeros de viaje. Aunque ellos sean sacrificados, como yo lo he sido, sin embargo su suerte será peor si se supiera que me han enviado dibujos y plantas. Me escriben que están cansados y se proponen regresar a España, pero los pobres infortunados ignoran que el ministro de Indias teme su presencia en Madrid; por esta razón no accederá a su demanda» (166).

Son estos fantasmas los que ha personificado primero en Ortega; después, en Gálvez, que supone movido por éste. ¿Cuáles han sido los motivos? El rencor contra Ortega estalla pronto, y la causa nos parece bien perceptible: Dombey alimentaba la idea de ser el jefe de la expedición al Perú; su edad y su mayor experiencia podían justificarlo de algún modo; era, sin embargo, lógico que, tratándose de una expedición española y a países españoles, su director fuese un español. Dombey achacó este resultado a Ortega y no se lo perdonó nunca. Para Hamy, este motivo de rencor va más lejos, pues, según supone, Dombey albergaba el

(165) HAMY, *Op. cit.*, pág. XCI. (Entre corchetes, añadido.)

(166) Carta de Lyon y 15 de diciembre de 1786. *Corresp.*, pág. 206.

proyecto de ir sin otra compañía al Perú, y se achacaba a Gómez Ortega el haber propuesto la idea de la expedición conjunta; en los documentos coleccionados por el propio Hamy no aparece tal cosa, pues ya en la carta donde Clugny expone a Vergennes el asunto del viaje se dice acerca de Dombey: «Il doit a cet effet se rendre a Espagne d'où il s'embarquera avec les Botanistes Espagnols que la Cour de Madrid doit associer à ce voiage» (167), y la de Magallón a Condorcet comunica que el ministro de Indias promete «qu'il trouvera tout prêts les passeports nécessaires et les Espagnols qui devront l'accompagner dans son voyage...» (168).

Sea como fuere, ya desde el principio, y aun reconociendo que Gómez Ortega y Dávila le han acogido muy bien y que el primero le promete obtendrá pasaje gratis para él, «cette clause est très essentielle», comenta, su orgullo le hace añadir: «Je vous avoüe que sans l'ardeur que j'ai de voir les Cordillères, je serois tres mortifié de être obligé de demander à chaque instant des grâces à des étrangers» (169). Más adelante reconoce, sin embargo, que Ortega «es un hombre de gran mérito», pero no parece estar satisfecho con su amistad, «aunque él me abraza diariamente, yo le doy las gracias sin embargo todos los días por sus buenas intenciones conmigo, por que el bien de mi viaje lo exige. Sin esta emulación, condenable en personas que siguen el mismo camino, M. Ortega sería un hombre muy estimable. Su aplicación y la consideración que goza en este país, y que merece por sus trabajos, le deberían bastar. Sería mejor para su gloria que abandonase los recovecos de maquiavelismo que ha aprendido en Bolognia y que degradan a los grandes hombres» (170). Es posible que este retrato tenga algo de justo, pero los tonos y rasgos que se añaden en los posteriores están totalmente fuera de lugar. He aquí el salto (verdad que cuando se halla convaleciente de grave enfermedad, pero nada se dice ni justifica sobre el motivo de estos enconos): «J'ai à me louer généralement de tout le monde en

(167) Carta fechada en Versailles a 24 de agosto de 1776. *Corresp.*, pág. 307.

(168) Carta de Madrid y 16 de septiembre de 1786. *Corresp.*, pág. 309.

(169) Carta a Thouin, de Madrid y 11 de noviembre de 1776. *Corresp.*, página 7.

(170) Al mismo, desde Madrid y a 25 de agosto de 1777. *Corresp.*, pág. 27.

Espagne, principalement de M. le Ministre des Indes D.^a Joseph de Gálvez. M. Ortega est le seul qui se soit mal comporté avec moy. Son âme noire et méchante m'a tendu des embûches diaboliques; et si je n'avois pas été envoyé avec un caractère respectable, il n'y pas de doute qu'il m'ait fait périr indignement» (171). Las contrariedades sufridas en Cádiz aumentan su enojo, que declara convertido en odio; sin embargo, aparte de sostener y exigir el cumplimiento de lo previamente convenido, nada concreto puede echarle en cara sino haberle abierto algunas cartas (172) (¿cómo pudo tener la seguridad, por otra parte, de que era Ortega el autor de esta violación de correspondencia, no muy extraña en aquel siglo y aun en otros siglos?). «Rien ne l'auroit cependant sauvé de mon indignation, si j'avois été auprès de luy», escribe con este motivo. Después de ésta y otras amenazas de violencia personal, más calmado, confiesa en otra misiva: «Mis agravios no son de los que se llevan a los tribunales y la venganza premeditada y reflexiva no es propia de un hombre honrado» (173). Una reflexión más serena le hubiera hecho ver la inanidad real de esos agravios, que en todo caso parecen reducirse a cierta duplicidad que le reprocha: Ortega exige, por un lado, cosas que desagradan a Dombey, y, por otro, le colma de frases y de ofertas cortesanas, incluso de su casa, si pasa por Madrid. Ello sólo significaría duplicidad en el caso de ser cierta una enemistad por parte de Ortega, que por ningún lado aparece probada; en otro caso, es una mera divergencia entre lo que Ortega se cree obligado a cumplir en la esfera oficial y el agasajo que puede ofrecer en la particular. Pero, si habláramos de duplicidad, ¿no tendríamos derecho para inculpar a Dombey de este defecto por la carta que dirige a Ortega agradeciendo la visita de Cuéllar? «Este regalo [la obra de Ortega que con el comisionado le envía] es para mí precioso, por la consideración que tengo para el autor y sus talentos. Espero que bien pronto querréis enriquecerme con otro más considerable que me habéis anunciado.

»La llegada de M. Cuéllar ha sido para mí muy grata, no tar-

(171) Al mismo, desde Lima, a 8 de febrero de 1784. *Corresp.*, pág. 101.

(172) *Corresp.*, pág. 179, n. 1.

(173) Carta a Thouin, de Cádiz y 19 de julio de 1785. *Corresp.*, pág. 195.

daremos en poner manos a la obra [se refiere, como es fácil de comprender, a la partición], y el fin de este trabajo me dará tanta mayor satisfacción, en cuanto avanzará el momento que debe procurarme el honor de veros y daros las gracias» (174). Convengamos en que este estilo no está justificado ni por aquella temible adquisición hecha por él, según nos cuenta, en el curso de su viaje: «Je crains d'avoir acquis cet art perfide que l'on appelle à la cour... *politique*» (175). Sin necesidad de una actitud más dura o declarada, que la prudencia en caso necesario pudiera rehusar, si no el silencio correspondiente a la tirantez de sus relaciones, una expresión en términos más fríos y menos obsequiosos hubiera sido más adecuada en ésta y otras ocasiones; sea ello como fuere, aun admitiendo que las circunstancias hubieran cambiado «*mon caractère vif et de bonne foy*» (176), sus testimonios y declaraciones no pueden admitirse en ningún caso como exentos de todo reparo, ni se puede hacer, si se pretendiera, la distinción que alguien quizá quisiera en lo futuro hacer entre sus cartas esotéricas y exotéricas. Insisto en que con nada de esto pretendo denigrar a Dombey, sino hacer una crítica exacta del valor de sus afirmaciones y descargar de las culpas acumuladas a aquéllos que no tienen por qué ser acusados. Por lo demás, pongo sus partidas en la cuenta de la enfermedad, en el hondo abismo de las flaquezas humanas y quisiera, sobre todo, cargarlas a su época, si con ello pudiera descargar de males semejantes a otras muchas épocas.

El mismo debió ver cómo los fantasmas acumulados en su suspicacia se desvanecían: Pavón le hace envíos posteriores de cierta importancia, le anuncia la remisión de una caja con semillas y extracto de quina; para su franqueo hace falta, como él dice, el permiso de Gálvez; éste es, sin embargo, concedido, y unos meses después la caja está en la diligencia de Rouën; verdad es que en el intermedio Gálvez ha muerto, pero sería ingenuo pensar es

(174) Hamy intercala esta carta en una nota de la pág. 181 de su *Correspondence*, con este comentario, cuyo espíritu ni alabo ni comparto: «Quoique violemment excité contre Ortega, Dombey savait se maîtriser vis-à-vis ce personnage...»

(175) Carta a Thouin, de Cádiz y 1 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 116.

(176) *Ibidem*.

ésta la causa del permiso, ni en que Pavón iba a asumir la iniciativa de la remesa si hubiera temido disgustarle; tampoco Ortega ha interferido nada. El tiempo se encargó, igualmente, de ir destruyendo sus otras fantasías, el motivo y el desarrollo de la supuesta maquinación de Ortega en la mente de Dombey era el siguiente: «Tandis qu'on m'amuse ici à ne rien publiér jusqu'à l'arrivée de MM. les professeurs Espagnols qui sont restés au Perou par ordre du Roi et que l'on peut y retenir toujours, arrivera le vaisseau le *San Pedro de Alcántara* qui porte ces manuscrits (on l'attend tous les'jours) et *Ortega publiera, voilà le noeud de l'affaire*» (178). Supuesto absurdo, que los hechos se encargarían de desmentir; antes de conocerlo he señalado la parte tomada por Ortega en la elaboración del *Prodromus*, hasta ahora, creo, desconocida para todos (179), y el absoluto desinterés de esta cooperación, que no llega siquiera a ser mencionada en el prólogo de la obra. Los prejuicios de Dombey sobre supuestas combinaciones maquiavélicas, quedaron en este caso desmentidos en absoluto; el mismo desprendimiento de Gómez Ortega he señalado con relación a la Expedición Sessé, si bien allí sus componentes, más generosos y menos celosos de una reserva exclusiva de sus hallazgos, le instaron para que publicara algunos de ellos.

(177) Cartas a Thouin, desde Lyon, de 15 de enero y 13 de diciembre de 1787. *Corresp.*, págs. 207-208.

(178) Al mismo, desde Cádiz, a 27 de abril de 1885 (lo subrayado, en el original). *Corresp.*, pág. 169.

(179) *Op. cit.* en la nota núm. 1, pág. 32 y sigs., y especialmente pág. 41.

En aquella ocasión y lugar escribía yo, antes de conocer los alegatos de Dombey y de sus partidarios: «¿Puede, entonces, acusársele de «émulo» y deseoso de «acrecentar su peculio» (se entiende, científico) por el hecho de que publicara, o intentara hacerlo después, sea en colectividad, sea por separado, algunas de las plantas halladas por los botánicos del Perú, cuya comisión había organizado y dependía en cierta forma en su aspecto técnico, durante la exploración, del Jardín Botánico de Madrid, que Ortega regía, y donde al regreso de los expedicionarios se realizaron siembras y observaciones? Ello, evidentemente, no suponía nada irregular ni ninguna pretensión desmedida; si Gómez Ortega incluyó algunas de las plantas halladas en sus *Decades*, nadie puede juzgarle con menos derecho a hacerlo que el que pudieran tener Cavanilles, L'Heritier o A. L. de Jussieu en casos parecidos» (pág. 42).

Es de justicia reconocer que en muchos asuntos de aquellos en que ha intervenido, Ortega no parece haber recogido sino ingrati- tudes (180).

VIII.—LA INTERVENCIÓN DE L'HÉRITIER Y EL COMPORTAMIENTO DE OTROS PERSONAJES

Volvamos ahora a recoger los hilos pertinentes a la marcha del asunto principal donde los habíamos dejado. Dombey se encuentra en Lyon separado de toda intervención en él, apartado del mundo académico parisiense, que apenas ha llegado a gustar, y de la corte francesa, cuyos salones casi no ha pisado, de los cuales acaso le separan no sólo la enfermedad y los fantasmas incubados por ella, sino una misantropía y un afán de soledad de origen más profundo, que a ráfagas han aflorado ya antes del fondo de su alma, sustituyendo a sus alternativas y dominantes ilusiones de honor y de riquezas, de publicaciones y de gloria, cuando aquí y allá anuncia sus deseos de entregar lo recogido y retirarse a un hospital; un desengaño de corte y alabanza de aldea, que le hace escribir a Ruiz, en un español pintoresco, y usando el que probablemente debió llegar a él como un modismo popular, «mi deseo después de haver entregado mis caxones a el Rey es de retirar me a viver en una casa de hospital, renunciando a sueldos y empleos, quiere [quiero] tener mi libertad que se pierde a la corte, enfin, quiere ser libre, y de mi persona, y de mis

(180) Dejo a un lado, por su mal gusto, las reiteradas expresiones de Thouin contra él, que llegan hasta la injuria personal, en frase que el respeto a la memoria de dos sabios botánicos, el ofensor y el ofendido, me impide reproducir aquí, parapetando su frase de humor en un «se dice» (*Corresp.*, página 374), ello no se excusa por ser en una carta privada, pues aquí mismo la experiencia nos muestra cómo ellas pasan a ser públicas: en la misma forma se expresa en su carta a Angiviller, no en el lenguaje discreto de un sabio, sino con el de un eco estridente de las fantasías dombeyanas, llegando hasta escribir, entre otras lindezas: «cet être vil a formé le projet de s'attribuer tout l'honneur des découvertes des botanistes péruviens...» (*Corresp.*, pág. 373). ¿Puede admitirse mayor credulidad y ligereza, en asunto tan grave, aquí no justificadas siquiera, como en el caso de Dombey, por la pasión y la enfermedad?

ratos, sin tener que [ir] a pedir licencia para ir a beber muscatel en Caramanchel» (181).

Sus manuscritos han sido entregados a L'Héritier, que piensa publicarlos; hemos indicado que con ello no sólo se infringen los acuerdos establecidos, sino que se pasa por encima de los propósitos de Dombey, que pensaba hacerlo por sí mismo. En sus descargos a la amonestación de Vergennes, Dombey expone a Calonne que, dos meses después de su partida de París, el conde de Buffon, depositario de su herbario y manuscritos, los había remitido a L'Héritier, «pour les faire dessiner et graver et que cette remeise a été faite sans sa participation pendant qu'il étoit dangereusement malade a Lyon»; para tranquilizar a Vergennes, Calonne promete, en la misma carta donde transmite estas explicaciones dombeyanas, dar orden a Buffon de recoger a L'Héritier herbario y manuscritos y dejarlos en depósito en el Real Gabinete hasta nueva orden. Vergennes, en efecto, así lo comunica a La Vauguyon, para que éste pueda certificar las medidas tomadas en cumplimiento del compromiso con S. M. C. (182).

Ahora veremos cómo aquéllos sabios cumplían las órdenes de sus ministros: una carta de Thouin a Dombey nos declara cómo procedió L'Héritier. Ausente Buffon de París, fué el propio Thouin quien reclamó, en cumplimiento de la orden ministerial, manuscritos y herbario a L'Héritier; éste le contestó «avec beaucoup de sang froid», que los devolvería de buena gana cuando se le devolviera el recibo que él había entregado a Buffon, «cela étoit dans l'ordre». Thouin escribió a Buffon, a la sazón en Montbard, para pedirle el referido documento «sans lequelle je ne pouvois mettre à execution les ordres du Ministre». Buffon le contestó haberlo dejado entre sus papeles, y que las cosas podrían aplazarse hasta su vuelta. En tanto, L'Héritier se ausentó de París con el pretexto de ir a pasar las vacaciones a su señorío de Brutelle, y en realidad «partit pour Londres avec votre herbier». ¡Oh, con

(181) Carta a Ruiz, desde Cádiz, a 13 de marzo de 1785, publicada por González Hidalgo. *Corresp.*, págs. 281-282 (entre corchetes, añadido).

(182) Cartas de Calonne a Vergennes, de París y 22 de agosto de 1786, y de Vergennes a La Vauguyon, de Versailles y 15 de septiembre del mismo año. *Corresp.*, pág. 356.

qué encantadora ingenuidad continúa Thouin la narración de sus gestiones! ¡Y cómo se maravilla, al escribir esta carta en 27 de diciembre de 1787 de la perspicacia de Dombey! : «Vous avez deviné depuis longtemps le mobile de son voyage» (183). ¡Qué prudente la actitud del ilustre Buffon, que al saber por gestión encomendada a Thouin que L'Héritier había partido y que su esposa no tenía «la clef de son cabinet» «serra de nouveau le récépissé de M. L'Héritier et attendit patiemment son retour»! (184).

Thouin, siguiendo esta (¿podemos calificarla de deliciosa humorada?) narración, mostrándonos el celo puesto en el cumplimiento de las órdenes de su ministro (¡qué lecciones, sin necesidad de ir a Bolonia, hubiera podido aprender Ortega!) nos informa de que se enteraron de la estancia de L'Héritier en Londres por sus dibujantes, y estaban todos «dans la bonne croyance» de que el apasionamiento por la botánica que le retenía fuera de casa se constreñía a las estufas de Kew y de Chelsea «mais lui s'occupoit serieusement de la votre, il alloit tous les jours travailler sur l'herbier de M. Banks pour déterminer vos plantes et certifier la synonymie des espèces nommées par Linné. Il faisoit dessiner par un peintre anglois tous les genres nouveaux et rédigeoit leurs descriptions. Enfin il a fini à peu de chose près ce grand travail et est revenu avec l'ouvrage en état d'être gravé et publié, ce qu'il ne fera cependant pas sans vous avoir consulté et sans votre assentiment» (185).

La muerte de Vergennes y de Gálvez, la ausencia de Calonne y del embajador de España, y el tiempo transcurrido —continúa en la misma carta— han relegado este asunto y nadie habla de él; Buffon parece haberlo olvidado y, probablemente, L'Héritier no hallará dificultades para la publicación de vuestro trabajo y et

(183) En efecto, Dombey había escrito a Thouin en estos términos: «El viaje de M. L'Héritier a Londres me inquieta; yo sospecho que habrá llevado un ejemplar de mis plantas a Inglaterra» (carta de Lyon y 16 de octubre de 1786), y en otra posterior (de 15 de diciembre de 1786) le dice que si hubiera publicado algunas de sus plantas le habría hecho un mal servicio. *Corresp.*, respectivamente, págs. 204 y 206.

(184) Carta de Thouin a Dombey, de 27 de diciembre de 1787. *Corresp.*, página 379.

(185) *Ibidem.* *Corresp.*, pág. 380.

suyo. Sólo ante esta situación y por uno de los habituales giros de su espíritu, Dombey, antes aterrado hasta lo increíble por las complicaciones que teme arroje sobre su cabeza la actuación de L'Héritier, se declara «charmé de ce qu'il a exécuté», toda vez que Ver-gennes y Gálvez han muerto, pues, de otro modo, según él, «à la publication de l'ouvrage de M. L'Héritier on auroit sonné le tocsin sur moi, et soyez assuré que j'aurois été obligé de m'expatrier pour éviter le courroux de M. de Galvès» (186).

Y, sin embargo, repetimos, está bien claro no corrió por esta parte peligro alguno, y los Thouin y los L'Héritier pudieron obrar a su sabor, sin que nadie les fuera a la mano. El único error en este asunto, como anticipamos, fué exigir un compromiso inútil, que de hecho no había de ser respetado y sólo serviría de pretexto para inacabables, aunque poco fundadas, quejas, aún no extinguidas a pesar del tiempo, y todo promovido en los que lo demandaron para evitar un riesgo que los hechos también mostraron era inexistente, pues a pesar del viaje clandestino de L'Héritier a Londres, digno, según Thouin, de «la reconnaissance de tous les botanistes» y de la obra acabada que el optimismo del propio Thouin ha visto a su regreso, el resultado real de todos estos trabajos ha sido, aunque declararlo en este punto sea anticipar las cosas, según el juicio del propio Hamy: «Mince resultant pour le grand effort qu'il avait nécessité; voyage en Angleterre, travail incessant dans les herbiers de Banks, visites répétées aux serres de Kew et de Chelsea, etc., etc.» (187).

Y eso que no sólo el freno del temor a la infracción, o, mejor dicho, a sus consecuencias, que nunca fué muy grande, como se desprende de lo actuado, había desaparecido con la muerte de los dos ministros que más en serio tomaron este asunto, sino que con el regreso de Ruiz y Pavón en 1788 quedaba abierto el camino legal para la publicación de la obra dombeyana: preparado todo, completados los estudios proyectados con viajes y consultas a las mejores colecciones extranjeras (sin contar con los magníficos recursos disponibles en París, con sus copiosos herbarios y sus sa-

(186) Carta a Thouin, de Lyon y 3 de enero de 1788. *Corresp.*, pág. 211.

(187) HAMY, *Op. cit.*, pág. XCVIII.

bios botánicos, entre los que figuraban nombres como el del propio A. L. de Jussieu, inscribibles entre los maestros de todas las épocas), contando no sólo con el esfuerzo personal, sino con la riqueza de L'Héritier, poseedor de una gran fortuna, que no vacilaba en poner incondicionalmente al servicio de esta causa, la ventaja inicial en el tiempo que para su publicación llevaban sobre nuestros botánicos era extraordinaria, mucho más si contamos con el que éstos tardaron en tener sus producciones prestas para la publicación y en vencer otras dificultades inherentes a la misma.

A pesar de todo, la obra de Dombey y L'Héritier no llegó a desenvolverse y plasmarse en la forma precisa para su publicación, y la de nuestros botánicos lo consiguió, aunque fuera parcialmente, en términos de una magnitud que, si por sí misma es muy importante, aumenta hasta lo gigantesco cuando la comparamos con lo que los demás no pudieron hacer.

Porque, a partir de 1788, hemos de insistir en que ningún obstáculo se oponía a L'Héritier, que antes había saltado sobre ellos, ni a que Dombey, tranquilizado, hubiera sido debidamente llamado a poner mano en su obra, ya sin ninguna traba para esa labor. No podemos admitir que su estado de salud durante los seis años de estancia en Lyon le incapacitaran para todo trabajo; Hamy, que sugiere este sombrío cuadro, nos dice cómo las últimas cartas de Dombey a Thouin nos dan cuenta «de la amelioration graduelle de son état moral» (188), con los envíos de Ruiz y Pavón: «L'histoire naturelle qu'il avait prise en horreur lui est de nouveau sympathique. Le genre *Dombeya* l'intéresse; il cause de gomme, de caoutchouc, et s'il ne garde rien des curiosités que l'ami Pavon lui adresse, du moins il en rédige une sorte de commentaire» (189). Hamy parece no darse cuenta de que la carta en que se muestra este interés es de 15 de diciembre de 1786, el mismo año de su retiro, y que una mejoría tan avanzada es difícilmente compatible con el negro cuadro pintado antes acerca de sus seis años de postración moral y enfermedad. Como el de Don Quijote —y bien sabe Dios que no hacemos esta comparación en sentido

(188) Id., pág. XCI.

(189) Ibidem. Véase la carta citada, dirigida a Thouin, en *Correspond.*, página 205.

peyorativo—, su espíritu debía estar sano en lo no tocante a sus obsesiones. La constancia durante este interregno de los seis años de un viaje a París, en 1788, resulta otro enigma que Hamy pasa por alto: «no visitó sino a muy pocas personas». Desaparecidos los obstáculos, hubiera sido natural ocuparse de lo que tanto le preocupaba antes y reanudar sus relaciones con el distinguido círculo de botánicos, a los que tan ligado parecía antes de su éxodo a Lyon; esta actitud nos afirma más en nuestra sospecha acerca de un enturbiamiento en la cordialidad de sus relaciones, al menos con algún sector de este círculo.

Después, según los biógrafos dombeyanos, son las circunstancias creadas por la revolución las que impiden la publicación de la obra, por el ambiente nada favorable que crean, en primer lugar; en segundo, por apartar a L'Héritier, consagrado a otras funciones, activas y que suponen poder, de aquellas otras que con tanto calor había tomado unos años antes. No podemos aceptar esta tesis sin muchas reservas; reconocemos, desde luego, lo desfavorable de la situación; habemos señalado otra semejante en nuestra patria que impidió la continuación de la obra de Ruiz y de Pavón, precisamente creada por la invasión napoleónica; pero como testimonio de la labor interrumpida quedaron aquí dos tomos inéditos y muchos materiales más en diferentes estados de elaboración, preparados para los restantes de la Flora; cualquiera que se tome la pena de comparar este caso con el de Dombey y L'Héritier, aunque sólo sea a través del testimonio de Hamy (el párrafo en otro lugar antecitado es ya, de por sí, suficientemente expresivo), podrá observar que entre ambos no existe paralelo; de Dombey no quedan sino los apuntes primarios que aportó de América; de L'Héritier, a pesar de la escapatoria a Londres y de los otros trabajos con tanta prisa acometidos, no queda nada. Intentaremos aclarar, hasta donde por ahora conocemos, los restantes puntos tocantes a esta cuestión.

IX.—LA LABOR CIENTÍFICA DE DOMBEY

Los repetidamente aludidos biógrafos o historiadores franceses que han intervenido en este caso, se obstinan en presentar a

Dombey como un consumado maestro de la botánica, desde el momento en que aparece en escena, y en denigrar sistemáticamente a nuestros botánicos. Nosotros no pretenderemos imitarles, porque no es nuestra costumbre negar a nadie su justo mérito, y en cuanto al de Ruiz y Pavón, está universalmente reconocido y no necesita lo exaltemos.

Pero eso es una cosa, y otra mi intento de dibujar un cuadro en que aparezcan los hechos y las figuras en su sitio; no he de restar a Dombey su prestigio científico y, al recordar recientemente las actividades de la Expedición, he invocado con honor su nombre (190); no he de regatear mi aplauso al esfuerzo puesto en su tarea, ni el reconocimiento de las penalidades que, en grado a veces heroico, hubo, como los otros expedicionarios, de afrontar durante ella, y hasta donde pueda, y según los testimonios que llegaren a mis manos, trataré de deslindar, objetivamente, su labor de la del conjunto, como estoy intentando hacer en otros casos (191); pero no puedo aceptar gárrulos ditirambos, sin base crítica conocida, ni menos prejuicios acuñados en daño de otros.

He aquí la realidad hasta donde podemos reconstruirla, según los datos recogidos: ya habemos dicho algo acerca de la juventud de Dombey y de su bohemia científica, ávida de la naturaleza y de la libertad (quizá de ahí su simpatía y su compenetración con Rousseau), perfectamente respetables, y aun admirables si se quiere, pero que en poca cosa se parecen a la actividad disciplinada del hombre de ciencia; para Deleuze, es «incosecuente» (seguimos sin reprochárselo, pero lo anotamos); para Hamy, Jussieu buscaba para él «l'emploi d'une activité demeurée jusqu'alors un peu sterile» (192), pero no en un trabajo de cátedra o de gabinete, o de ayudante en alguna de las funciones propias del centro de la botánica francesa, sino primero con motivo de un proyecto de viaje de Bougainville y, después, en la empresa, concebida por Turgot, de enviar un comisionado para el estudio de las producciones de Madagascar o de Pondichéry, y de sus posibles aplica-

(190) *Op. cit.* en la n. 1, pág. 6.

(191) Creo haber sido, por ejemplo, el primero en dedicar un recuerdo expreso y por separado al botánico, de origen francés, Luis Née.

(192) *Op. cit.*, pág. XVI.

ciones económicas. Como estas empresas últimas, ligadas a los intereses coloniales franceses, se convirtieron en la agregación a la expedición de una nación extranjera, a territorios donde Francia no tenía intereses directos, es otro punto un tanto oscuro. Oficiosamente se dice que «Il s'agit notamment d'un voyage de très long cours pour aller chercher des productions qu'on voudroit naturaliser dans nos climats» (193), pero se sigue sin expresar el porqué de la predilección por el Perú.

El «Brevet» real (194) se limita a decir que Dombey, médico por la Universidad de Montpellier, «se ha dedicado siempre con éxito a la Historia Natural. Y que para aumentar y perfeccionar sus conocimientos en una ciencia tan útil, sería conveniente que viajara por el Perú en la América Española»; añáde que, no teniendo recursos propios para hacer este costoso viaje, Su Majestad le asigna para ello 3.000 libras anuales (como se ve, esto era, pura y simplemente, lo que hoy llamaríamos una pensión para un viaje de ampliación de estudios) (195). Lo único ostensible es el interés directo que A. L. de Jussieu tenía en el viaje y la parte que tomó en él para rescatar ciertos manuscritos del viaje de su tío José, extraviados en el Perú, aparte del científico que para él ofreciera.

La figura de Dombey es, pues, hasta entonces, la de un viajero y colector que ha hecho recorridos por el Pirineo, el Jura, los Alpes, y regalado ejemplares y herbarios, pero cuya actividad no

(193) *Ibidem* y *Corresp.*, pág. 3.

(194) Reproducido en la misma obra, lám. XVII.

(195) El nombramiento hecho a favor de Dombey por Carlos III es mucho más explícito y le convierte, en realidad, en un enviado suyo, aunque sea a propuesta y sufragado por la Corte francesa: «He resuelto pase al Reyno del Perú un Médico naturalista, y Botánico Francés para que en calidad de acompañado [acompañante] de los dos Españoles de la misma profesión que con el mismo destino haga las observaciones correspondientes a su facultad; y habiendome pedido la Corte de Francia comisione para este importante objeto a Don Joseph Dombey, y atendiendo a sus buenas circunstancias, e informado de su notoria práctica he venido en nombrarle para esta comision... que servirá bajo las Instrucciones que se le darán firmadas por mi Ministro de Estado y del Desp.^o univl. de las Indias...» Documento fechado en Aranjuez, a 8 de abril de 1777, y dado a conocer por el P. Barreiro en su Apéndice a la *Relación del Viaje*, de Ruiz.

ha fructificado en ninguna dirección determinada, ni se ha dado a conocer por sus publicaciones.

Vuelto a París (vencida la detención de Fort-Levêque), se pone a estudiar el herbario de Commerson, y al decidirse su comisión a Lima «son attention se porta tout entière sur les plantes de Joseph de Jussieu que le vieux Bernard lui confiait» (196), bajo la dirección de Thouin. Al mismo tiempo aprende español y «un poco de dibujo».

Estos estudios no pudieron ser muy largos ni muy detenidos, puesto que la carta de Fort-Levêque está datada en 26 de septiembre de 1775, y en 5 de noviembre del año siguiente ya se encuentra Dombey en Madrid, ni debieron de enseñarle demasiadas cosas, cuando poco después de desembarcar en América se expresa de este modo: «Tout est nouveau ici pour moy: je ne ferai pas comme quelques voyageurs ont fait qui n'envoyoient que ce qu'ils connoissoient ou pouvoient déterminer; je vous enverrai tout, en vous avouant mon ignorance» (197).

En Madrid no sólo conoce a sus futuros compañeros, como hemos visto «cuatro jóvenes de talento», sino que acude a las lecciones de Ortega para perfeccionarse en el castellano: «Le nombre de ses disciples et peu nombreux; c'est dommage parce que ce professeur est rempli de mérite. Lorsque le nouveau jardin auquel on travaille au Prado sera fini, la proximité du lieu luy attirera peut-être plus d'écoliers. Je suis très assidu à ses leçons et n'en manquerai aucune pour m'instruire et me parfaire dans la langue espagnole qu'il parle très purement» (198).

No hemos de negar a Dombey, después de las líneas anteriores, una cierta superioridad inicial sobre sus compañeros; les supera en más de diez años de edad, y en una mayor experiencia botánica; las *Instrucciones* lo reconocen expresamente, pero de ello al magisterio absoluto y a la preeminencia que sus panegiristas quieren asignarle media una diferencia considerable. Por de pronto, él y los demás se van a encontrar en presencia de un mundo donde casi todo es nuevo. Ahora bien, una expedición que llega a un

(196) HAMY, *Op. cit.*, pág. XVI.

(197) Carta a Thouin, de Lima y 19 de abril de 1777. *Corresp.*, pág. 38.

(198) Al mismo, desde Madrid y 6 de junio de 1777. *Corresp.*, pág. 20.

país civilizado, aunque todo él o, por lo menos, comarcas muy extensas, no hayan sido objeto expreso de estudio con los métodos vigentes en un momento dado, encuentra no sólo un dilatado saber popular, sino que a éste acompañan siempre noticias más o menos científicas de elementos facultativos (en este caso médicos y farmacéuticos), que constituyen por si solas una primera orientación y van expresados, cuando menos, en la distinción de las cosas con nombres vernáculos o populares. El padre Feuillée, en sus noticias de estas comarcas americanas había ido poco más lejos, mejor dicho, se había limitado a recoger una pequeña parte de ese saber semivernáculo y popular, y semielaborado por los pobladores españoles; los expedicionarios recién llegados se encuentran, a su vez, con ese primer cúmulo de datos que los nombres y las diferencias vulgares implican, y ello orienta, en gran parte, en las primeras observaciones, a registrar su novedad, su identidad o su semejanza.

De ahí el número cuantioso de hallazgos a que se alude en las primeras cartas de Dombey, pero sería ilusorio pensar que esos hallazgos eran fruto de su única actividad, en tanto sus compañeros permanecían pasivos e inoperantes; como en casos análogos he defendido ya, y en tanto no tengamos datos positivos en cada punto concreto para una atribución personal, hay que pensar en ellos en una colectiva, aún más si, como en esta empresa acontece, las instrucciones previenen estrictamente el intercambio de noticias entre los comisionados. Tales instrucciones daban reglas, por otro lado, para establecer la prioridad y garantizar la autenticidad de los descubrimientos; desgraciadamente, los cuadernos de los expedicionarios españoles no se conservan, y de Dombey, a juzgar por las referencias, sólo subsiste una parte, y no habiéndolos visto personalmente ignoro si estarán autenticados y respaldados en la forma que en aquéllas se prescribió para estos efectos. Podrá, probablemente, suplirse esta insuficiencia de noticias por el estudio de los pliegos del herbario (ilustrados, en su caso, por notas) y por todos los demás elementos de juicio susceptibles de ser puestos a contribución; pero sin perjuicio de este estudio casuístico, podemos tener una amplia visión muy aproximada de las cosas con lo ya dicho y con lo que iremos añadiendo.

Los que he designado como *Apuntes primarios para la Flora*,

mejor o peor conservados, pueden sustituir en cierta medida a estos diarios, por lo menos para saber lo que abarcan las recopilaciones de Ruiz entre los años 1778 y 1783, en su primera serie, y 1783 a 1788, en la segunda, y desglosarlas entre sí, y de las adquisiciones posteriores y aunque no estrictamente con el fin aquí tratado, hemos sido los primeros en dar alguna noticia acerca de su contenido (199), que podrá allí consultar aquél a quien interese; menos afortunado del lado francés sólo conozco de Dombey la noticia de Hamy, de que se conservan de él en el laboratorio de botánica del Museo y en el *Institut* «un journal botanique en trois volumes, une copie au net de partie de ce journal, et un cahier de certificats» (200) y la afirmación de Deleuze de que, comparando estas páginas manuscritas con la *Flora Peruviana*, «des auteurs espagnols ont souvent copié les descriptions du botaniste fran-

(199) *Op. cit.* en la n. 1, págs 9 y sigs., los más importantes entre ellos constituyen las recopilaciones aludidas, distribuidas en dos series de dos tomos cada una, correspondientes a las fechas dichas, y a los que para distinguirlos de los otros trabajos de la expedición, he designado abreviadamente como *Flora Ruisiana* Ms.

Queda la duda acerca de cuándo y dónde pudieron ser redactados, Colmeiro opinaba que en América, a nosotros nos parece muy probable ello para los dos primeros y menos probable para los dos últimos.

¿Puede pensarse que los dos primeros son aquéllos de que habla Ruiz en su carta a Gálvez, de Lima y 10 de abril de 1784? Ruiz se expresa en tal documento en esta forma: «Para que los dirija a V. E. tengo entregados al Sr. Visitador general dos Tomos, folio, en que se contienen las descripciones, y notas que por mi parte se hallan concluidas, corregidas y trasuntadas...»

Sigue este juicio personal, que sin más pruebas podrá no admitirse, pero tampoco puede rechazarse: «Esta respecto a la de Mr. Dombey va muy aventajada, no sólo porque la acompañan los diseños, sino porque aquélla es menos numerosa, y aunque insertas de las mías muchas en sus descripciones, yo he adelantado por mi parte mayor incubación.» Añade que los dibujos «con que puede exornarse» son 800 y aun algunos más. (Apéndices a la *Relación del Viaje*. Ed. Barreiro, pág. 430.)

La principal duda para la verosímil identificación estriba en que no sabemos, aunque la afirmación es muy probable, si tal obra, con los dibujos y demás materiales del envío correspondiente, era transportada por el navío *S. Pedro de Alcántara*, y, si en tal caso, se perdió en el naufragio de este navío o se salvó por azar. De no ser ella misma es posible se trate de una copia más o menos exacta, o de una reconstrucción posterior, hecha por Ruiz, de lo perdido.

(200) HAMY, *Op. cit.*, pág. 304, núm. 1.

çais», demasiado inconcreta para admitirla sin más prueba (201). Podríamos contestarle fácilmente que dos descripciones de una misma cosa pueden coincidir objetivamente, sin que ello implique, sin más, que una haya sido copiada de otra; y si quisiéramos contestar vaguedades con vaguedades y presunciones con presunciones, que dado el intercambio de noticias entre los miembros de la expedición, tanto podrían haber copiado Ruiz y Pavón de Dombey, como Dombey haber copiado de Ruiz y Pavón (202).

Naturalmente que los dombeyófilos objetarán con el pretendido magisterio de su defendido, pero nos será muy fácil señalar las limitaciones de esta supuesta superioridad más adelante. Que honrada y científicamente (y es de alabar esta conducta) los viajeros han discutido sus hallazgos en algunos casos, siendo el acierto ya de uno, ya de otro u otros de los contradictores, es cosa de que tenemos pruebas en los escritos de Ruiz dados a conocer por nosotros (203).

Que algunos de ellos corresponderían primeramente a Dombey, no lo he dudado nunca, pero a través del propio Dombey, y ocasionalmente, tenemos muestra de alguno de los hechos por sus compañeros, que por diferentes motivos le quisieron dedicar y fueron designados con otro nombre (*Duhamelia*, *Chuncoa*). De aquí a pensar que todos los hallazgos primeros han de corresponder a Dombey, sin más pruebas (creo que nadie discutirá la exclusividad para nuestros botánicos de todo lo hecho con posterioridad al regreso de Dombey), media un abismo. Los panegiristas de Dombey, que han juzgado a la ligera sobre este asunto, es posible que hayan resbalado en alguna ocasión sobre expresiones equívocas de Dombey mismo, el cual (cuestión, sin duda, de temperamento y carácter) usa con exceso de la primera persona del singular. Señalemos un ejemplo: «J'ai fait dessiner et enluminer

(201) Cito según la autoridad de Hamy, pág. CI.

(202) Creo que el sentido preciso que ha de darse a la afirmación de Ruiz transcrita en la núm. 199 de que muchas de sus descripciones han sido incluidas por Dombey entre las suyas, no implica que le acuse de plagio sin más pruebas, sino simplemente que las ha transcrito de los originales que Ruiz le ha comunicado en fecha anterior, y que éste después ha elaborado con mayor perfección. Naturalmente creo que en otros casos la relación ha podido ser la recíproca.

(203) *Op. cit.* en la n. 1, págs. 17 y 19.

pendant huit mois 300 plantes parmi lesquelles une moitié me paroissent genres ou espèces nouvelles» (204). Es fácil ver en este lugar cómo, con una licencia meramente literaria sin duda, se atribuye a sí mismo toda la labor de la Expedición en su primera etapa, y especialmente la de los dibujantes, que no dependían de él; es fácil suponer que su expresión personal tiene solo la representación impersonal de una obra colectiva.

No siempre se expresa en esta forma; sin embargo, en otro lugar dice: «Tarma nous a fourni ving-trois genres nouveaux» (205). Tales novedades han de ser tomadas con discreción, porque, como es lógico, los errores de apreciación han sido mucho mayores al evaluar los primeros hallazgos; era natural que el estudio de una flora prácticamente nueva indujera al principio a numerosos errores, tanto más explicables si se tiene en cuenta que estas primeras determinaciones a que se refiere la correspondencia de Dombey se hacían, en la mayor parte de las ocasiones, en plena campaña y con limitados medios y tiempo para el estudio. Por eso, los manuscritos de Ruiz correspondientes a los apuntes primarios ofrecen numerosas tachaduras y enmiendas posteriores, añadidas a la par que el conocimiento de las cosas se perfeccionaba.

Cierto número de estos géneros, considerados al principio nuevos, resultaron después ya conocidos o refundibles con otros; en otros casos se trataba de meros errores o confusiones de los que el propio Dombey, en el curso de su correspondencia, señala alguna: «La plante que j'avois dediée à M.^e Dugage est un poivre» (206); he tenido ocasión de señalar en otro lugar que Dombey tomó por un *Laurus* la planta que después sirvió a nuestros botánicos para erigir el género *Æsthoxicon* (207), y Ruiz consigna en sus manuscritos haber corregido el género primeramente dedicado por Dombey al marqués de Sonora como *Galvesia* (208).

(204) Carta a Thouin, de Lima y 11 de diciembre de 1778. *Corresp.*, pág. 43.

(205) Al mismo, desde Lima, a 20 de abril de 1780. *Corresp.*, pág. 59.

(206) Carta a A. L. de Jussieu, desde Lima, a 20 de abril de 1780. *Corresp.*, página 257.

(207) E. ALVAREZ LÓPEZ, *Comentarios sobre Laurus, de Ruiz y Pavón, con notas de Dombey acerca de algunas de sus especies*. An. del I. Bot. A. J. Cavanilles, de Madrid, t. XIII, 1954, pág. 78.

(208) *Op. cit.* en la n. 1, pág. 17.

Todos estos errores y muchos más que puedan existir en los apuntes o cuadernos procedentes de los trabajos de campo o de las notas compañeras de las plantas de herbario son perfectamente explicables y no restan ningún mérito a la personalidad científica de Dombey; los invocamos únicamente para poner las cosas en su sitio y destruir esa leyenda que los autores franceses han querido crear acerca de su superioridad (que, en todo caso, hubiera sido sólo inicial y transitoria), a cambio de la cual, y sin más, pretenden atribuirle el papel principal en los trabajos de la Expedición.

Estas imperfecciones, y al mismo tiempo los datos suficientes para evaluar lo que durante la primera parte de la expedición, esto es, con asistencia de Dombey, se ha hecho, están reconocidas como inherentes en gran parte a las mismas circunstancias de trabajo en la propia correspondencia del botánico francés, para cualquiera que se tome la molestia de examinarla: «J'ai soin de mon cheval, de una cuisine, de mon lit. Au lieu d'être seul, j'auroit besoin d'avoir deux ou trois esclaves. Ce soulagement me permettroit d'écrire et je n'en ai pas le tems» (209). El reconocimiento de que las novedades halladas son, o pueden ser, en cierta medida provisionales, está expreso en otra frase: «Je crois que l'ouvrage, qui resultera de notre voyage et que le roy d'Espagne donnera au public (puisque'il va être le possesseur des desseins), je crois, dis-je, que cet ouvrage ne sera jamais bien exact, si auparavant nous ne confrontons les plantes cueillies au Pérou, avec celles renfermées dans les herbiers des sçavants de l'Europe» (210).

En otros casos, los errores deslizados no son imputables a los expedicionarios, sino a las fuentes de donde han partido para su estudio, pero ello no impide que tales inferencias desfiguren las cifras correspondientes a la supervaloración que atribuyen a sus primeros hallazgos; he aquí algunas muestras (y, a la vez, la acertada reserva de A. L. de Jussieu) acerca de la buena determina-

(209) Carta a A. L. de Jussieu, desde Lima, a 20 de abril de 1779. *Corresp.*, página 253.

Como hemos visto, Dombey mejoró, o instituyó después, su servicio doméstico.

(210) *Ibidem. Corresp.*, pág. 254.

ción de parte de los hallazgos iniciales, confirmando nuestro punto de vista: «Vous vous doutez bien, Monsieur et cher professeur, que nous devons faire des fautes en déterminant les plantes. Celle que nous avons dédié a Ortega, sous le nom de *Casimira*, est un *Begonia* que Linnaeus avoit placé dans la *polygamia*. Il est vray que Murray dans son *Systema vegetabilium* avois corrigé cette faute.» Una planta supuesta nueva que creyó pertenecía a la *Oc-tandria* la rectificó, después de mejor conocida, como *Cordia sebestena*, «la *Capraria biflora*, didinamia en Linneo, la hemos constantemente hallado pentandra en más de quinientas plantas que hemos examinado cuidadosamente» (211).

Estos son los elementos con los cuales, y las condiciones en qué, han podido ser elaborados los originales dombeyanos antes consignados, según la relación de Hamy que copiamos; sabemos, por otra parte, que a su regreso a París no volvieron a su poder, ni tuvo tiempo de compulsarlos y mejorarlos ni, por las circunstancias que fuere, tornó a poner mano en su obra botánica.

Una parte de esos apuntes, o de anotaciones equivalentes a ellos, pasó con las plantas de su herbario y de ellos he estudiado los referentes a los *Laurus*, en los que las diferencias entre estos fragmentos correspondientes a un número relativamente corto de especies y las descripciones acabadas de Ruiz y Pavón son notorias; los mismos resultados he advertido en otros pliegos del mismo herbario tomados al azar, aunque en este segundo caso no pretendo imponerlos a nadie, sino indicarlos como una presunción mía.

En el breve esquema de las campañas de los expedicionarios trazado anteriormente vimos, por otra parte, que si Dombey y Pavón han trabajado juntos con gran frecuencia (excepto en aquellos casos en que uno u otro desempeñaba comisiones especiales), Ruiz con uno de los dibujantes, y aun a veces con los dos, exploraba y estudiaba por su lado, siendo ventajosa esta división que permitía estudiar a la vez áreas algo distintas, ¿cómo se van a achacar a Dombey los hallazgos efectuados por este grupo separado y entre los que figuran, por ejemplo, los primeros estudios

(211) Ibidem. *Corresp.*, págs. 253-254.

científicos sobre las quinas peruanas, precisa e indudablemente de Ruiz, y hechos en una comarca por donde Dombey y Pavón habrían pasado antes sin descubrirlas? En muchos casos los descubrimientos eran originales para ambos grupos de observadores, aunque hechos por separado, como se comprobaba al confrontarlos, como aparece en los resultados del viaje a Cheuchin (212), o bien son atribuibles exclusivamente, como acontece a los hechos por el de Ruiz en la interesante zona de Cúchero, después de la retirada de Pavón y Dombey, o, al contrario, en Chile, durante el tiempo que Ruiz estuvo gravemente enfermo (fué durante este tiempo cuando Dombey hizo su viaje a la mina de mercurio de Coquimbo).

Son todos estos hechos los que han de tenerse presentes por cualquiera que desee evaluar los trabajos de campo y la paternidad de las adquisiciones hechas durante las campañas de la primera época de la expedición; creo que nadie puede albergar dudas en cuanto a la segunda, en que Dombey había regresado a Europa, pero lo que parecen ignorar totalmente los que hablan acerca de este tema para exaltar ilimitadamente la cooperación dombejana, es la existencia de un tercero, y muy dilatado y fecundo período, en el cual, en tanto Ruiz y Pavón trabajaban en Madrid, el grupo presidido por Tafalla continuaba, bajo la dirección y en relación con aquéllos, su obra en América, suministrándoles los materiales y datos necesarios, dibujos o ejemplares completos, por ejemplo, para llenar las lagunas advertidas al revisar y estudiar los ya copiados, visitando de nuevo comarcas donde se habían hecho herborizaciones anteriores, extendiendo las exploraciones a nuevos lugares y tropezando con nuevos e interesantes hallazgos; la importancia de esta labor puede comprobarla cualquiera examinando los archivos del Jardín Botánico de Madrid, y es especialmente nutrida en los legajos destinados a los tomos, más o menos

(212) «En sus inmediaciones acopió Dombey varias plantas nuevas, de las cuales recogimos nosotros algunas, al mismo tiempo que Dombey en Cheuchin, de la provincia de Tarma, donde las describimos y dimos a dibujar» (pág. 45 del *Viaje* de Ruiz, en la ed. de Jaramillo-Arango).

elaborados, que habían de constituir el Suplemento de la Flora (213)

Creo que la comparación hecha a través de todos los datos y consideraciones enumerados puede dar una idea de lo que frente a todo esto pueden significar los ejemplares y las notas (pocas de ellas pueden llamarse descripciones, según lo que he visto hasta ahora) procedentes de la partición (214); las notas muy breves, y los materiales no muy numerosos. Ruiz hace ya hincapié sobre este mismo punto, que no resulta fácilmente comprensible si la partición del herbario dombeyano se hizo con el cuidado que pudiera esperarse de la presencia de Cuéllar, aunque, desde luego, supongo exagerada la cifra del párrafo de las *Memoires secrets* (cito según la autoridad de Hamy), según cuya publicación: «Son herbiér, composé de deux ou trois mil plantes en renferme plus des deux tiers absolument ignorées» (215). Ya se ve que la evaluación está hecha muy a *grosso modo*, a través de esa oscilación entré dos o tres mil plantas, pero la cifra me parece muy exagerada aun en su límite más bajo; el número de dibujos dado por Dombey (correspondiente, sin duda, a las especies halladas consideradas nuevas o de verdadero interés) como índice de las actividades de la primera época de la expedición viene a ser de un millar (aun sin contar con las posibles repeticiones): «Notre séjour au Chili complétera le nombre de 1.000 dessins» (216).

Que los materiales aportados por Dombey eran insuficientes e incompletos para la publicación de una flora, está patente en sus

(213) Véase el *Inventario* de los ms. de la Flora del Peru y Chile inserto en mi trabajo, reiteradamente citado, págs. 105 y sigs.

(214) De las 27 especies nuevas del género *Laurus* dadas a conocer por Ruiz y Pavón, sólo hay en el Jardín Botánico de Madrid pliegos correspondientes a *L. reticulata* y *L. triplinervis* que con certeza puedan reputarse como de la colección de Dombey, más otros de *L. cuneifolia* y *L. triplinervis* que, por mi parte, admito también como suyos; todos ellos llevan sólo notas muy breves, perfectamente diferentes de las completas descripciones dadas para estas especies por nuestros autores (puede verse la transcripción de las mismas en nuestro trabajo citado en la n. 207).

(215) HAMY, *Op. cit.*, pág. LXXXVII.

(216) Carta a Thouin, desde Concepción, a 24 de octubre de 1782. *Corresp.*, página 92. La misma cifra apunta en otra dirigida a A. L. de Jussieu (vid. página 261).

declaraciones mismas y en todas las disposiciones y actividades de cuantos para promoverla intervinieron en este asunto. Faltaba, en primer lugar, un fondo iconográfico, y cuando se trató de obviar este inconveniente la empresa no resultó fácil; ello no puede extrañarnos, si tenemos en cuenta las dificultades que para completar el suyo hubieron de vencer Ruiz y Pavón, a pesar de los cuantiosos elementos que durante las campañas habían acumulado.

Dombey ha aludido a esta situación en varias ocasiones; ha dicho que el rey de España publicaría la *Flora*, por ser el poseedor de los dibujos, y en otros lugares ha lamentado que la Corte de Francia no haya puesto dibujantes a su disposición: «j'ai bien de chagrin de ce que le Gourvenement françois ne m'ayt pas donné de dessinateurs» (217). Y en otra ocasión: «Mais quels regrets de n'avoir pas eu de dessinateurs? Je les avois demandé du Pérou, et je m'offrois de rester quelques annés davantage» (218). Por cierto que ello da idea de la veracidad y buena información del anónimo L. G., al que nos habemos referido en otro lugar (219), capaz de afirmar sobre Dombey que «sus dibujos y colecciones de vegetales, retenidos por los españoles, han servido para la publicación de la célebre Flora del Perú y Chile...». ¡Unos dibujos que no existieron nunca! ¡Que Dombey lamenta no haber podido enviar siquiera de los géneros dedicados por él a sus amigos! Es una bella manera de escribir la Historia...

En cuanto a sus propios manuscritos Dombey sabía bien que eran, como sin duda habían de ser, en las condiciones en que en la mayor parte de los casos, por lo menos, fueron elaborados, insuficientes e incompletos: «Sin duda se han deslizado muchas faltas en nuestras descripciones. Hacen falta al menos algunos años para familiarizarse con la botánica de dos leguas de estos bosques que son casi impenetrables y en los cuales la mayoría de los árboles son dioicos» (220), y más adelante: «mis manuscritos están

(217) Carta al conde de Angeviller, de Lima y 20 de diciembre de 1778. *Corresp.*, pág. 247.

(218) Carta a Thouin, de Cádiz y 15 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 139.

(219) Vid. n. 3.

(220) Carta a Thouin, desde Concepción, a 26 de mayo de 1782. *Corresp.*, página 89

llenos de faltas ; algunas las he advertido, pero no las he corregido, deberá consultárseme. Comprenderéis que carente de una gran experiencia, falta de libros, de buenos instrumentos, he debido incurrir en grandes errores. Por eso yo escribía hace algunos años que deseaba pagar a una persona hábil que me ayudara ; yo podría poner a esta persona en camino y abreviarle el trabajo» (221). En otra carta, escrita en Cádiz, insiste en la misma necesidad: «Aidé de personnes intelligentes j'espère donner un joli flora et régaler à mes amis et aux sçavants les genres nouveaux dont nous sommes enrichis» (222).

Mas, como habemos visto, al llegar a París no parece haber recibido esa ayuda, o, por mejor decir, la ha recibido en grado probablemente superior a sus deseos, siendo sustituido en la dirección y la ejecución de la obra proyectada. O bien él mismo ha renunciado a acometer esa obra, cuya magnitud podemos comprender si consideramos lo hecho por Ruiz y Pavón, sea por no encontrar medios convenientes a su disposición, sea por su estado de salud y por un nuevo acceso de melancolía depresiva. Ya que no ha de olvidarse, tampoco, que al lado de aquellos proyectos acariciados en su correspondencia encontramos otras veces la idea de dar por conclusa su misión con su viaje, y reconocer que sus fuerzas le impedirán otra cosa que retirarse tras él (223).

Respecto a la labor de L'Héritier para obviar tales dificultades, parece no haber sido muy considerable, a pesar de sus grandes proyectos. En pleno vigor el compromiso de Dombey de no publicar los hallazgos hechos hasta el regreso de los españoles, tiene la amabilidad (en castellano diríamos, más exactamente, la desfacha-

(221) Al mismo, desde Cádiz, a 24 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 157.

(222) Al mismo, desde Cádiz, a 15 de marzo de 1785. *Corresp.*, pág. 139.

(223) «Aparte de mis ojos y mis oídos tengo una enfermedad nada agradable, el escorbuto. Pierdo mucha sangre por las encías. Mis fuerzas han disminuido y con ellas todos los deseos de fortuna y de ambición se han desvanecido, no deseo sino ir a morir tranquilamente al hospital si allí se me quiere recibir de buen grado.» Carta a A. L. de Jussieu, de Santiago y 20 de agosto de 1783. *Corresp.*, pág. 267.

Adviértase que ésta se escribe en un período en que no aparece haya sufrido ninguna contrariedad especial capaz de aumentar su depresión, fuera de su mal estado de salud.

tez) de anunciar a Ruiz y Pavón la publicación de su obra, anunciándose a ellos como un nuevo «compañero de vuestros trabajos», les comunica que titularán él y Dombey la obra «Sous votre bon plaisir: Flore du Pérou et du Chili», de la que él solo será el editor, las plantas conocidas serán sólo nombradas, las nuevas descritas por completo y grabadas. «Ello es una empresa de grandes vuelos, porque suponiendo mil plantas nuevas, lo que aún ignoro, serian precisos más de diez años para hacerlas grabar, pues no es posible grabar más de cien por año.»

«Espero, Señores, querréis contribuir gustosos a dar a esta obra toda la exactitud posible. Si os dignáis participarnos vuestros descubrimientos futuros durante el curso de la empresa, esta flora sería aún más completa.»

Anuncia a nuestros botánicos el envío de dos cuadernos de la que lleva publicada, y en la que ha creído un deber dedicar a Dombey un género muy sobresaliente y muy bello, y les ofrece a su vez dedicarles otros (de los que ellos mismos habían descubierto): «Je vous prie même de choisir la plante que vous deciderez qui portera le nom de chacun de vous. Toute préférence vous et due sur votre propre bien.» Y, de paso, revela una de las grandes dificultades advertidas ya en sus primeros tanteos para la preparación de la obra: «M. Dombey n'a rapporté presqu' aucun fruit du Pérou et cela nous mettra souvent en défaut pour les descriptions et figures. Si vous pouvez y suppléer, cela nous obligeroit infiniment» (224)

En otra carta posterior les anuncia el envío del tercer cuaderno: «Vous y trouverez quelques plantes du Pérou qui sont le fruit de vos travaux communs avec M. Dombey. Puissiez vous, Messieurs être satisfaits de la manière dont elles sont executées tant pour la description que pour la gravure.» Hablando en nombre propio y de Dombey (que es muy dudoso hubiera autorizado tal gestión, pues la carta ha sido escrita en el período culminante de la retirada del botánico francés a Lyon, y del temor de que las

(224) Carta de L'Héritier a Ruiz y Pavón, de Paris y 9 de marzo de 1786. *Corresp.*, pág. 382.

Nótese que ese tanteo aproximado, por incierto que aún sea, no calcula sino alrededor de unas mil plantas nuevas.

actividades del emprendedor L'Héritier le comprometieran), les dice que en cuanto «aux plantes de l'herbier que m'a remis M. Dombey» cuando tengan un cierto número grabadas, se proponen abrir una suscripción y les remitirá los oportunos prospectos para repartirlos en el Perú, donde es lógico se encuentre el mayor número de suscriptores para la *Flora* (225).

Es fácil comprender a través de las declaraciones de L'Héritier, que tienen, por lo menos, el mérito de la franqueza, las dificultades con que tropezaba una obra cuya publicación le parecía a Thouin tan sencilla e inmediata.

Está, pues, completamente claro que los manuscritos de Dombey y los materiales aportados por el mismo para la publicación de la *Flora* eran insuficientes e incompletos, que faltaban en absoluto los dibujos, que en estas condiciones era imposible acometer la publicación inmediata de la obra, aun saltando por cima de los compromisos establecidos y con el espectacular viaje a Londres, y a pesar de los cuantiosos ofrecimientos pecuniarios y apremiantes instancias a Redouté para que dedicara toda su atención a los dibujos para esta empresa e iniciara y dirigiera la labor de los grabadores.

Ni prohibición, ni persecución, ni obstáculos de ninguna clase; la *Flora* no podía darse al público porque no estaba madura y, aun sin el concurso de las luctuosas circunstancias posteriores en que se halló sumido el país vecino, hubiera tardado muchos años en poder iniciarse, y no sabemos cuántos en concluirse; todo ello en el caso de encontrar manera eficaz de suplir los elementos que para ella faltaban.

Ruiz y Pavón, entretanto, secundados por los dos dibujantes, hasta la muerte de Brunete, y después por Isidro Gálvez solo, auxiliados por Tafalla y Pulgar, continuaban con nuevas exploraciones y trabajos, completando aquéllo que les faltaba, procurando reponer lo perdido en envíos anteriores, sumando a ello la recolección de muchos hallazgos nuevos y extendiendo su exploración a nuevas regiones. Vueltos a España en 1788 prosiguen su

(225) A los mismos, desde París, a 28 de abril de 1786. *Corresp.*, pág. 388. Estas cartas incluídas por Hamy en su colección fueron primero dadas a conocer por González Hidalgo.

labor con las siembras y resiembras de semillas recogidas, la ordenación de los herbarios, la revisión y complemento de las descripciones, el perfeccionamiento de los dibujos hechos y la ejecución de los que faltaban, la tarea de los grabadores y, en resumen, todo lo preciso para acometer sus publicaciones, sobre cuyo detalle nos remitimos a nuestro reiteradamente citado trabajo. Sólo con todos estos esfuerzos lo que en el primer bagaje aportado por nuestros viajeros (exactamente como en el caso de Dombey), era boceto, se pudo ir convirtiendo en obra elaborada y dispuesta para la publicación en la forma en que hoy es conocida de todos.

El período en que los tres viajeros permanecieron en el Perú y Chile está comprendido entre los años 1778 y 1784; el de la continuación de la tarea, por Ruiz y Pavón con sus dibujantes y discípulos, duró de 1784 a 1788; la prosecución por Tafalla y sus compañeros de la empresa acometida abarca hasta la muerte de aquél, y en tanto Ruiz y Pavón trabajan incansablemente, secundados por Isidro Gálvez, con la ayuda más o menos transitoria de otros dibujantes, en la coronación de la obra. El primer período, y si se quiere el segundo, representan una primera labor de exploración y desbroce de alto mérito, de grandes esfuerzos y sacrificios, pero es obra de viajeros y exploradores botánicos, que, como en todas las expediciones similares, acarrear los materiales que ellos mismos, o, más frecuentemente, otros habrán de revisar o completar y someter a forma definitiva, antes de ser llevados a los libros. Es en la primera parte de esta empresa, y sólo en su primer período, cuando trabajan más o menos juntos Dombey, Ruiz y Pavón; en ella cada uno de los tres adquiere, sólo por este motivo, méritos y títulos a una gloria inolvidable. Pero, ¿se van a confundir estos hechos iniciales con la labor total y posterior de Ruiz y Pavón y con los trabajos de sus colaboradores en el Perú durante el resto de su vida?

Por lo que valga, compárense las muestras que hemos dado en lo referente al género *Laurus* (sensu amplio), y véase allí lo correspondiente a las primeras aportaciones y la parte que en ellas ha tomado Dombey, con las adquisiciones ulteriores, y la diferencia entre los breves apuntes que, como es lógico, podían trazar en la mayor parte de los casos unos exploradores en campaña, y las descripciones extensas incluídas en la obra de Ruiz y Pavón, des-

pués de detenidos estudios, comparaciones y noticias allegadas sobre las dudas, a través de revisiones hechas en el lugar nativo por los miembros de la Expedición mantenidos para estos fines en el país vernáculo de las plantas descritas.

Queda sólo en pie, después de todo esto, la imputación de que Dombey debiera haber sido más frecuentemente citado en la obra de nuestros botánicos. Ello es posible, pero han de tenerse en cuenta numerosas circunstancias calificativas que pueden, por lo menos en parte, justificar la omisión. Se ha de tener presente, en primer término, que en más de un lugar aparece haberse brindado un puesto a Dombey en la obra común; él mismo refiere que Ortega le ofreció una pensión del rey de España, habiéndola rehusado por no adquirir obligaciones; aparece después el proyecto de que su nombre figurara en la publicación de una obra conjunta (226). Ruiz expresa claramente esto y los motivos por los cuales no se ha hecho: «A ñro [nuestro] arribo del Perú a España tuvimos la noticia de que los Manuscritos y Herbarios de nro. amable compañero Mr. Dombey habían pasado á manos de Vm. para su publicación, sin embargo de lo pactado con Mr. Dombey para no pasar a ello hasta ñro regreso. Después se han trastornado y desquiciado de tal modo las cosas que quedó interrumpida la correspondencia de Dombey con nosotros hasta su muerte; por lo que emprendimos solos la publicación de nra. *Flora Peruviana y Chilense...*» (227). Con la actitud de Dombey, o de sus amigos, la unión entre los posibles colaboradores había quedado truncada.

Más fuera de lugar está todavía el reproche del anónimo L. G. respecto a la *Quinología* de Ruiz, según el cual, Ruiz ha omitido el nombre de Dombey en este importante hallazgo; ha omitido el nombre de Dombey, como ha omitido el de Pavón, simplemente por tratarse de un descubrimiento suyo, personal: Pavón, que celosamente reclama contra su compañero por alguna omisión

(226) Dombey refiere cómo la promesa que se le pidió fué «*ne point publier son ouvrage jusqu'à ce que MM. les professeurs espagnols qui son restés au Pérou, fussent arrivés, pour le publier conjointement*». Carta a Thouin, de Cádiz y 24 de abril de 1785. *Corresp.*, pág. 157.

(227) Carta de Ruiz a L'Héritier, de Madrid y 5 de noviembre de 1798. *Corresp.*, pág. 384 (forma parte de las publicadas por González Hidalgo).

ocasional, así lo reconoce, sin objetar nada, en este caso. Los que hablan de omisiones acaso harían bien en fijarse en otra: es Ortega, precisamente, quien se queja a Thouin de que al darse cuenta en la *Gazette de France* de la comunicación de A. L. de Jussieu a la Soc. Roy. de Médecine de París, con la noticia del hallazgo de dos especies de «*Quinquina de Santa Fé*», ella aparezca «sans qu'il soit fait mention de l'Auteur de la decouverte [se trata precisamente del descubrimiento de Ruiz, al que la *Gazette* y Jussieu dan toda su importancia, pero sin nombrarle] ni de moy qui l'ai constatée par l'examen botanique et l'analyse chimique que j'en ait fait par ordre du Roy, avant d'envoyer des échantillons des branches, fleuries avec ses fruits et quelques livres d'écorce à M. Vicq d'Azir pour la ditte Société» (228).

Por otro lado, ha sido Thouin mismo el que, expresándose despectivamente, ha dicho a Dombey en una de sus cartas que no le convenía unir su nombre al de los jóvenes españoles: «il ne vous convient pas d'associer à l'honneur de vous découvertes de jeunes élèves en histoire naturelle» (229). He aquí, bien claro, de qué lado vino la separación y la intransigencia, y la explicación de por qué el nombre de Dombey no haya sido más íntimamente asociado a la obra de los españoles; fueron él y los suyos los que quisieron separarse de ellos, después de todo, ¿para qué reunirlo al de «jóvenes alumnos en historia natural»?

La acusación inconcreta e indeterminada de que publicaron descubrimientos de Dombey en nada corrige estos yerros dombeyófilos, ni los disculpa; queda abierto a la investigación histórica el papel que Dombey pudiera desempeñar en la expedición, y con lo que vamos apuntando creemos contribuir objetivamente a reconstruirlo; desde luego, es notorio que ni tomó parte directa en la redacción de la *Flora*, ni en los trabajos realizados por allegar sus materiales con posterioridad a 1784; hemos visto el alcance que de un modo aproximado ha podido tener en años anteriores su intervención y no omitiremos, por nuestra parte, las muestras que

(228) Carta de Gómez Ortega a Thouin, de Madrid y mayo de 1779. *Corresp.*, pág. 331.

(229) Carta de Thouin o Dombey, de París y 15 de julio de 1785. *Corresp.*, página 378.

vayamos hallando de su labor. Pero aunque algunas de las plantas encontradas por él hubieran sido dadas a conocer por otros, no sería justo emplear los dicterios y calificativos aplicados a estos supuestos hechos; en el siglo XVIII se publican los descubrimientos y se difunden las novedades, sin que se piense atentar con ello a la propiedad intelectual ajena en forma semejante a como la entenderíamos hoy. ¿Acaso parte de las plantas descubiertas por nuestros botánicos no han sido dadas a conocer por otros, sin esperar a que lo hicieran ellos, ni a su regreso siquiera? (230). Ni el más ilustre maestro de la botánica francesa de la época, A. L. de Jussieu, ha dejado de hacerlo; un género descubierto por Ruiz y Pavón y dedicado a su compañero como *Dombeya*, ha sido dado a conocer por aquél como *Chuncoa*, y figura hoy entre los suyos, la *Araucaria* ha sido hallada por Pavón, los géneros *Sauruja* Wild. y *Laurelia* A. L. Juss., han sido descubiertos también por nuestros dos botánicos y hoy atribuidos a otros por meras cuestiones de sinonimia, sin que por nada de ello haya tenido nadie el mal gusto de hablar de «larcins»; lo que procede en todos estos casos es que el investigador conocedor de ellos señale en cada uno la paternidad del descubrimiento y las pruebas en que se funda. Aun con esto, la cuestión puede no quedar del todo zanjada; hoy está claro, por ejemplo, que el g. *Zinnia* fué descubierto, y primeramente descrito por la Expedición Sessé, lo está también, por propia declaración, que Willdenow recibió las semillas de sus plantas, incluso con su nombre; ello no es obstáculo, sin embargo, para que reconozcamos que su descripción es más completa que la original, y no podríamos despojarle de esta parte de mérito. Sin embargo, en todos estos casos el apellido de tales autores va unido a descubrimientos no originariamente suyos, que es lo incriminado a Ruiz y Pavón sobre algunas plantas de Dombey sin concretar, que se-

(230) Aparte de lo ya dicho acerca de la omisión del nombre de nuestro Ruiz en la historia de las quinias y de la mención de la Expedición en la referencia dada en el *Journal général de France* respecto a la labor de Dombey, puede señalarse otro ejemplo de la misma clase en *Stirpes Novae* de L'Héritier, puede verse allí en su fascículo primero, con motivo de la descripción de *Spilanthus albus*, un párrafo donde se habla de los trabajos de Dombey como si se tratara de una empresa individual y particular suya, sin referirse a la Expedición, ni decir nada de sus otros miembros.

pamos, en parte alguna cuáles son. Consuélese los denigradores (en tanto buscan y muestran con pruebas qué hallazgos especiales corresponden a Dombey, como sería lo procedente) con la idea, que hoy se va abriendo camino entre los sabios taxonomistas modernos, de que unir a una planta el nombre de un descriptor no es tanto un honor, como una responsabilidad.

Réstanos aún añadir un argumento de gran importancia en confirmación (aun siendo ésta innecesaria después de lo ya dicho) acerca del valor y el mérito de la obra de Ruiz y Pavón: la actitud al conocer su publicación de los científicos franceses contemporáneos, y especialmente de A. L. de Jussieu. En la carta a L'Héritier, ya citada en otro lugar, se expresa Ruiz, hablando de las dificultades que ha tenido que vencer para continuar publicando su obra, de este modo: «y tal vez contribuirían no poco [a orillarlas] los elogios que ese Directorio hizo al tiempo de dar las gracias por los ejemplares que nro. Gefe le remitió del Prodrómo» (231). El conocimiento de aquellas publicaciones fué lo que reavivó el interés de Daubenton y los profesores administradores del *Muséum* en torno a los escritos y herbarios de Dombey, con solicitud a la par de un ejemplar de la obra para el *Muséum* (éste fué entregado en 1801 por nuestro embajador, Azara) (232). L'Héritier, la persona mejor informada del estado de los trabajos y hallazgos de Dombey, nada ha podido objetar o decir, que sepamos, contra la obra de Ruiz y Pavón, aunque su aparición es de suponer le contrariara más que a nadie, y de que su carácter no era nada blando, ni encogido y sin armas para la polémica. Pero el

(231) Carta de Madrid y 5 de noviembre de 1785. *Corresp.*, pág. 384.

(232) Si bien es cierto que esta *Assemblée* de Profesores insiste en el error de hablar de «descripciones y dibujos de géneros nuevos de plantas recogidos en el Perú por el infortunado Dombey», mala información manifiesta, pues, hemos visto como los dibujos, desde luego, no existían, nadie habla en este documento de plagio, hurto, ni ninguna de las ridículas expresiones que otros han deslizado después, a pesar de que los momentos hubieran podido justificar la pasión, se reconoce, en cambio, acerca de esta obra que el Museo «doit essentiellement le posséder dans sa Bibliothèque», y téngase en cuenta se trataba solamente, por entonces del Prodrómo, pues la fecha del repetido documento es de 14 de julio de 1797 (Comunicación de Daubenton, como presidente, a L'Héritier. *Corresp.*, página 389). La entrega de Azara (tres volúmenes) abarca, sin duda, *Prodromus* y los dos tomos de la *Flora*.

testimonio más vivo y patente lo hallamos en la actitud de A. L. de Jussieu en sus *Observationes in Ruizii et Pavoni Floram Peruvianam...*; allí se plantean diversas cuestiones y se señalan importantes problemas taxonómicos, a muchos de los cuales ha contestado Ruiz con un acierto que la posteridad ha respaldado y que le confirma como botánico emérito, pero en ningún momento ha insinuado el ilustre maestro francés dudas o suspicacias acerca de la originalidad y la paternidad de la obra rui-pavoniana, ni de haberlas albergado hubiera mantenido el diálogo con sus autores en el tono elevado en que allí se pronuncia, a pesar de haber él sido el promotor de la empresa de Dombey y haberle protegido con todo su entusiasmo (233).

Después de todo lo dicho, fáltanos sólo unas breves palabras para concluir este trabajo. Dombey no parece haberse vuelto a ocupar de su nonnata *Flora* peruana; contento o resignado, dejó el asunto en manos de L'Héritier, que no lo pudo llevar, como habemos visto, mucho más lejos. Atravesó aquél más o menos pasivamente la tormenta que sacudió a Francia durante la Revolución, a lo que parece, y su salud no debía ser ya tan mala cuando solicitó ser designado para una nueva comisión oficial en los Estados Unidos de América, nombrado para «présenter aux États-Unis l'étalon des nouvelles mesures» (hemos de cavilar si sería realmente ésta su misión y por qué motivos se pensó para ella en un médico y en un botánico). Aquí nos encontramos, de nuevo, a Dombey siguiendo su verdadera vocación: no es el hombre de laboratorio o gabinete, es el viajero que va «en même temps d'acheter aux États Unis des grains pour le France et on lui remettait une série de question relatives à des objets de science, de commerce et de géographie» (234). Creo que es ese impulso de recorrer los caminos del mundo lo que le decide a la empresa, con el afán, acaso, de volver por ellos a encontrarse a sí mismo... Desgraciadamente el barco que le lleva se ve obligado a recalar en las Antillas francesas: pasa allí por unas cuantas peripecias, expulsado de la colo-

(233) Véanse las *Observationes* de A. L. de Jussieu y *Responso* de Ruiz en el tomo III de la *Flora Peruviana et Chilensis* y un breve comentario nuestro en el trab. cit. en la n. 1, págs. 70 y sigs.

(234) HAMY, *Op. cit.*, pág. XCIII.

nia retorna al barco americano que le transportaba, para caer en manos de corsarios y acabar sus días infelices en una prisión. Se cumple así un destino trágico, si bien según el autor del *Eloge*, no lo hubiera encontrado mejor en su patria: «Mais si ses derniers momens nous paraissent affreux, ils le sont bien moins sans doute que le sort qui l'attendait à Lyon où il eût péri comme tant de victimes infortunées. Deux de ses amis, La Tourette et Rozier y ont trouvé leur tombeau; le premier succomba au chagrin, le second fut écrasé d'un éclat de bombe. Dombey que ses vertus auroient rendu suspect aux autorités de ce tems, eût éprouvé un sort encore plus affreux, réservé a tout homme qui joignait la franchise à la probité» (235).

L'Héritier ha seguido durante estos tiempos, y después de ellos, una carrera más política que científica: manda un batallón de la guardia nacional, desempeña después cargos importantes en el Ministerio de Justicia.. Su aparente pasividad en el asunto de la Flora enoja a los botánicos franceses. Daubenton, director del *Museum*, como se dijo, por acuerdo de los miembros de su *Assemblée*, cuyo celo se ha reavivado al recibir el *Prodromus* de Ruiz y Pavón, le reclama reintegre el herbario y manuscritos dombeyanos que Buffon le había entregado «con la condición expresa de remitir con prontitud el catálogo a este Intendente [a Buffon, que lo era entonces del Jardín], de hacer dibujar las especies o géneros más interesantes, de poner en orden las descripciones a ellos relativas, de publicar sin demora primero los géneros y en seguida las especies y restituir prontamente, y a la primera petición, dicho herbario al *Museum* para que el público pueda disfrutar de él» (236). L'Heritier no responde a esta comunicación y se le re-

(235) MOUTON-FONTANILLE, *Eloge de Joseph Dombey*. Cito según la autoridad de Hamy, pág. XCV.

(236) Comunicación cit. en la n. 232. En la misma se añade «que desde hace once años el público está privado de gozar de esta colección sin ninguna ventaja o compensación, puesto que ocupaciones ajenas del ciudadano L'Héritier no le han permitido satisfacer las condiciones convenidas» y que «en el momento actual los botánicos y aficionados a la historia natural se hallan en el caso de querer comprobar sobre las plantas, libro en mano, las descripciones hechas por los autores españoles, así como por Molina, otro español que ha dado una obra sobre las plantas de Chile» (pág. 390).

mite una nueva misiva, esta vez firmada por Jussieu y Lacépède (237); continúa el apremiado en la misma actitud de silencio y, «d'après une délibération expresse», la administración del *Muséum* le remite una tercera carta; añadiendo: «nous croyons d'autant plus devoir vous presser sur ce point que nous sommes instruits que diverses circonstances vous empêchent depuis longtemps de suivre le travail que vous avez entrepris sur cet herbier» (238).

L'Héritier les contesta entonces, según su expresión, «d'une manière cathégorique», que «Ce ne sera qu'après la publication de l'ouvrage que j'ai promis au monde savant et pour lequel j'ai fait tant de sacrifices; sinon le jour de mon décès» (239). Es la segunda de estas alternativas la que va a devolver sus colecciones al Museo; L'Héritier muere trágicamente, acuchillado a sablazos por enemigo o enemigos desconocidos, el 16 de abril de 1800, a pocos pasos de su residencia (240).

(237) *Corresp.*, pág. 390.

(238) Comunicación de 1 de diciembre de 1797. *Corresp.*, pág. 392.

(239) Carta del mismo mes y año. *Corresp.*, pág. 392.

(240) HAMY transcribe este comentario dentro de sus biógrafos: «Les motifs et les auteurs, de ce crime sont restés couverts d'un voile impenetrable. «L'Héritier, naturellement bon, était d'un caractère difficile et impatient, il eu des discussions très vives avec Cavanilles sur l'antériorité de la découverte de quelques plantes et il ne parait pas que le droit fût de son côté.» He aquí como Hamy comenta a su vez: «Cela ne veut pas dire assurément (quoique la phrase prête à l'équivoque) que Cavanilles fût pour quoi que ce soit dans l'attentat du 16 avril. Si Dombey avait encore vécu, il n'eût pas manqué d'y voir la main d'Ortega!! Mais en admettant que ce dernier fût capable d'aller jusqu'au crime pour satisfaire ses haines patriotiques, à quoi pouvait bien servir en 1800 la disparition de L'Héritier, distancé de si loin dans sa publication péruvienne par les botanistes madrilènes!» (p. cit., pág. XCIX).

No nos parecen estos descargos ni explicaciones necesarios, ni siquiera del mejor gusto; supongamos que un cronista d'era la noticia de un suceso parecido en estos términos: «el Sr. X. de carácter violento y difícil, comandante de un batallón durante la revolución francesa y que ha ostentado en tiempos de pasión altos cargos en el Ministerio de Justicia, ha sido muerto a sablazos; no creemos que en ello tenga que ver el abate Z. que hace diez años tuvo con él una discusión científica, ni el Sr. Y, que como aquél mora a dos mil kilómetros de distancia de la víctima y no tiene relación ninguna con ella», nos parece que cualquiera reputaría, por lo menos, esta aclaración de impertinencia, de no emplazar al autor los aludidos en ella ante los tribunales.

¿Hasta dónde llegó la obra de L'Héritier en su desarrollo? Según el propio Hamy, en la parte iconográfica Redouté y Sowerby, a quienes se había encomendado, llegaron a dibujar media docena de láminas, «Et c'est tout!», conservadas en la biblioteca de De Candolle en Ginebra, y de las diagnósis botánicas del propio L'Héritier allí guardadas «il n'y en a que 31 qui soient indiqués comme ayant été redigés d'après les échantillons de l'herbier de Joseph Dombey». El propio Hamy añade este comentario expresivo: «Mince résultat pour le grand effort qu'il avait nécessité; voyage en Angleterre, travail incessant dans les herbiers de Banks, visites répétées aux serres de Kew et de Chelsea, etc., etc.» (241).

Sólo este contraste da idea del verdadero volumen de la obra de Ruiz y Pavón. Obra que es inconcebible que la pasión de unos cuantos pretenda desfigurarse con insidias, en lugar de examinarla, en todo caso, con la crítica serena que es habitual en los hombres de ciencia (242).

Es la misma gratuidad con que el anónimo L. G. hablaba de la tentativa de asesinato contra Dombey, sin que en ninguna parte de la correspondencia de éste aparezca pasaje conocido que justifique tal aseveración, cosa que no hubiera dejado de denunciar en su correspondencia secreta a Thouin o al embajador de su país. Lo más que dice, en uno de sus ataques de nervios es «se me insulta y se acabará por asesinarme» y de ello no ha de hacerse más caso que cuando, por su parte, amenaza de muerte a Gálvez, a Escobedo o a Ortega; es incomprendible que historiadores respetables como Hamy o científicos como Davy de Virville se dejen arrastrar de este modo por la novela.

Si siguiéramos su ejemplo, podríamos pensar que el autor de la muerte de L'Héritier fué algún maniaco, que en vista de su propia declaración, pensó que éste era el único camino para que las colecciones dombeyanas y sus manuscritos tornaran al Museo... Afortunadamente creemos ridículo dar este tono trágico a pleitos científicos en torno a figuras que tenían tantos motivos para suscitar —a pesar de toda su rectitud (en el caso de L'Héritier, Cuvier le elogia)— enemistades y querellas.

(241) *Op. cit.*, pág. XCIX.

(242) Es incomprendible que Hamy, cuyos méritos no regateo y al que reitero una vez más el agradecimiento que le debemos por la colección de documentos que ha reunido, haya incurrido en juicios que si inadmisibles en un historiador. Lo son más aún en un Profesor del Museo de Historia Natural de París, helos aquí: para él los botánicos españoles no han publicado sino «una obra muerta». *La Flora Peruana et Chilensis* es un simple catálogo de géneros y de especies, clasificados según el sistema linneano, sin ninguna visión de conjunto, sin ninguna consi-

Nada mejor para concluir que recordar las palabras de Mr. R. Heim, naturalista francés de la mayor autoridad, dedicadas en la *Histoire de la Botanique en France*, citada por nosotros al principio de este trabajo, a condenar el «chauvinisme exacerbé qui caractérise notre siècle et dont trop de scientifiques ou d'artistes ne sont plus capables de se libérer»; a nosotros, plenamente de acuerdo con el ilustre Presidente del VIII Congreso Internacional de Botánica en los principios de objetividad y justicia que han de presidir la elaboración de cualquier obra histórica, y siempre respetuosos con ellos en nuestros trabajos, sólo nos cabe lamentar que tan sabias orientaciones no hayan sido seguidas en aquella en cuyo *Préface* figuran, al menos en lo referente a la labor, inolvidable y gloriosa, de Hipólito Ruiz y José Pavón.

RESUMEN

Quizá con el deseo de exaltar la figura de su compatriota José Dombey, ciertos escritores franceses —alguno de ellos escudado en el anónimo— han proferido en algunas ocasiones juicios infundados y lamentables acerca de la personalidad y la obra de Hipólito Ruiz y José Pavón. Es de sentir que esta actitud injusta y errónea se haya repetido en ocasión tan grave como la del Congreso Internacional de Botánica de París en 1954, con motivo de los juicios insertos en la *Histoire de la Botanique en France*, con la que fueron obsequiados los asistentes.

deración general» (Op. cit., pág. C.). Creo que los botánicos se quedarán atónitos al enterarse de que, por extensión natural, todas las floras resultan obras muertas. Añade que Dombey «hubiera podido ensanchar considerablemente la obra de la misión. Era médico por lo menos tanto como botánico. La anatomía y la zoología no le eran extrañas, tenía nociones de química y de mineralogía. Con estos recursos tan abundantes y tan variados habría ciertamente producido una obra que le habría sobrevivido largamente». (Idem, pág. CIII.) Estos juicios se comentan solos, a dos botánicos, autores indiscutibles de una gran obra, se les echa en cara no haber realizado lo que habría hecho otro (que nada definitivo pudo hacer) no sólo en botánica, sino en zoología, anatomía, mineralogía y química; tomen nota los que en lo sucesivo enjuicien la obra de las grandes expediciones fitográficas y asimismo los autores de floras.

Nada tendríamos que oponer a una crítica justa y fundada, ni a una investigación dirigida a aclarar los méritos y la labor del botánico francés, pero lejos de esto se ha adoptado una actitud apasionada y llena de prejuicios, con el único afán aparente de lesionar la fama y el prestigio, bien ganados, de los autores de la *Flora Peruviana et Chilensis*.

Nadie nos aventaja en el deseo de aclarar la verdad y otorgar a cada uno la parte que legítimamente le corresponda en cualquier empresa científica, pero por ello mismo estamos obligados a restablecerla allí donde, por pasión o por ignorancia de la cuestión, se la deforma.

Por ello, en el trabajo precedente señalamos la forma en que se desenvolvió la labor de la expedición durante su primera época (entre mayo de 1778 y abril de 1784), que fué en la que participó en ella Dombey. Mostramos cómo en su primera parte los exploradores hubieron de recoger un cierto número de conocimientos existentes ya en el país y darles forma científica, incorporándolos a la botánica de su tiempo, a la par que comenzaban sus nuevos hallazgos. Señalamos luego de qué manera se fué desenvolviendo la obra de la Expedición, generalmente en dos equipos separados: en uno Ruiz, con los dos dibujantes, Brunete y Gálvez, o con uno solo de ellos, y en otro, Pavón con Dombey. Hacemos notar aquellos períodos en que Ruiz trabajó solo, por impedir diversos motivos la labor de Dombey, o hallarse éste dedicado a comisiones y actividades de otra naturaleza.

Subrayamos cómo durante la segunda época (entre 1784 y 1788) Ruiz y Pavón, que en la anterior habían frecuentemente duplicado su esfuerzo en misiones separadas, siguieron su tarea sin otra ayuda que la de los discípulos formados por ellos mismos.

Recordamos cómo, en una tercera época, en tanto ellos regresaban a España, el grupo dirigido por Tafalla prolongaba permanentemente los trabajos acometidos en tierras americanas, manteniendo con sus maestros constante relación y contacto.

Rememoramos de qué manera en la partición de las colecciones traídas por Dombey a su regreso a Cádiz, no hubo despojo ni expoliación ninguna, sino simplemente cumplimiento de lo establecido antes de la partida de la expedición y consignado en las *Ins-*

trucciones que la regían. Es cierto que si las colecciones embarcadas en el navío *San Pedro de Alcántara* no se hubieran perdido, acaso se hubiera descargado generosamente a Dombey de su obligación, como lo es también la cortesía con que la Corte de Francia, al conocer aquella pérdida, quiso convertir en oferta gustosa y voluntaria aquello que era obligación jurídica.

Apuntamos igualmente que el compromiso que vedaba a Dombey la publicación de sus manuscritos antes del retorno de los expedicionarios españoles, fué admitido de *facto* y de *jure* como una consecuencia del contenido de las propias instrucciones por los ministros franceses que intervinieron en el asunto, especialmente el de Negocios Exteriores, conde de Vergennes, y el embajador de Francia en Madrid, duque de La Vauguyon.

A pesar de él, existen pruebas de que el grupo de sabios promotores de las gestiones para la publicación de los materiales dombeyanos no pensó en cumplirlo, y, por otro lado, sin que sepamos porqué, acaso por creer que la labor de Dombey quedaba terminada con su papel como explorador, los pusieron en manos de L'Héritier, hombre rico e influyente, a pesar del propósito que su colector y redactor tenía de darlos a conocer por sí mismo a su llegada a Francia. En virtud de ello, L'Héritier pasó a Inglaterra, con pretextos especiosos, para dedicarse a completar la obra proyectada y darla a la imprenta.

Es evidente que si tal acto no se llegó a ejecutar, no fué ni por respeto al compromiso, ni por presiones que lo impidieran, sino simplemente porque la obra no estaba madura y acabada para la publicación antes de que los acontecimientos interiores de Francia llevaran la actividad de L'Héritier por otros caminos.

Por ninguna parte aparecen las supuestas persecuciones a Dombey, que sólo una credulidad infantil o una mala fe manifiestas pueden suponer, sin bases objetivas para probarlas; por el contrario, vueltos los demás expedicionarios a España, quedaba abierto el camino legal para que aquél y los suyos hubieran iniciado, a lo menos, una obra que ya nada les vedaba dar a conocer.

Es fácil comprender que tal cosa no pudo hacerse por falta de datos y colecciones suficientes para ello, o por no haberlos elaborado hasta alcanzar la forma y madurez exigidas para una publicación científica.

Vueltos a España, Ruiz y Pavón se entregaron precisamente de lleno a tal tarea, y a partir de 1788 la perfeccionaron y la dieron forma acabada, revisando y completando descripciones y comparaciones, dirigiendo la obra de los dibujantes, cultivando y observando las siembras de los materiales recogidos en el Jardín de Madrid, comisionando al grupo presidido por Tafalla en el Perú para completar los fallos encontrados en la labor de gabinete y aclarar los puntos dudosos, a la par que aumentaban, con los nuevos materiales recogidos por este grupo de investigadores, el número de formas conocidas, para incorporarlo a sus publicaciones. Esta labor incansable permitió sus fecundas y fructíferas publicaciones hasta que la invasión napoleónica destruyó la paz en España. Aún después de aquellos luctuosos acontecimientos tuvo Pavón el ánimo suficiente para redactar la *Nueva Quinología*, como resumen de su labor y de la de sus compañeros en este dominio, conocida gracias a la magnífica edición de Howard.